

Anónimo

Hechos de Tomás



E LEJANDRIA

A decorative golden illustration of a winged figure, possibly an angel or a personification of the Holy Spirit, with outstretched wings and a halo, positioned above the title.

Anónimo

Hechos de Tomás



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

HECHOS DE TOMÁS

ANÓNIMO

PUBLICADO: APROX 225 D. C.
FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG/](https://archive.org/)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Acto I

DE CUANDO FUE A LA INDIA CON EL MERCADER ABANES

En aquel tiempo estábamos todos los apóstoles en Jerusalén: Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Jacobo, hijo de Alfeo, y Simón el cananeo; y Judas, hermano de Jacobo: y repartimos las regiones del mundo, para que cada uno de nosotros fuese a la región que le tocase en suerte y a la nación adonde el Señor le enviase.

Según la suerte, pues, la India tocó a Judas Tomás, que es también el gemelo: mas él no quería ir, diciendo que por la flaqueza de la carne no podía viajar, y: «Soy hombre hebreo; ¿cómo podré ir entre los indios y predicar la verdad?» Y mientras así razonaba y hablaba, el Salvador se le apareció de noche y le dijo: No temas, Tomás; ve tú a la India y predica allí la palabra, porque mi gracia está contigo. Mas él no quiso obedecer, diciendo: Adondequiera que quieras enviarme, envíame, pero a otro lugar, porque a los indios no iré.

2 Y mientras así hablaba y pensaba, sucedió que había allí cierto mercader venido de la India, cuyo nombre era Abanes, enviado por el rey Gundaforo, y con mandato de este de comprar un carpintero y llevárselo.

Y el Señor, viéndole caminar por la plaza del mercado al mediodía, le dijo: ¿Quieres comprar un carpintero? Y él le dijo: Sí. Y el Señor le dijo: Tengo un siervo que es carpintero, y deseo venderlo. Y diciendo esto le mostró a Tomás de lejos, y convino con él en tres libras de plata sin acuñar, y escribió una escritura de venta que decía: Yo, Jesús, hijo de José el carpintero, reconozco que he vendido a mi siervo, llamado Judas, a ti, Abanes, mercader de Gundaforo, rey de los indios. Y cuando la escritura estuvo terminada, el Salvador tomó a Judas Tomás y lo llevó a Abanes el mercader; y cuando Abanes lo vio, le dijo: ¿Es este tu amo? Y el apóstol dijo: Sí, él es mi Señor. Y él dijo: Te he comprado de él. Y el apóstol calló.

3 Y al día siguiente el apóstol se levantó temprano, y habiendo orado y suplicado al Señor, dijo: Iré adonde tú quieras, Señor Jesús: hágase tu voluntad. Y se marchó a donde estaba Abanes el mercader, sin llevar consigo nada, salvo únicamente su precio. Porque el Señor se lo había dado, diciendo: Sea también tu precio contigo, junto con mi gracia, dondequiera que vayas.

Y el apóstol halló a Abanes llevando su equipaje a bordo del barco; así que él también comenzó a llevarlo consigo a bordo. Y cuando estuvieron embarcados en la nave y sentados, Abanes preguntó al apóstol, diciendo: ¿Qué oficio conoces? Y él dijo: En madera sé hacer arados y yugos y barrenas (aguijadas, sir.), y barcas y remos para barcas y mástiles y poleas; y en piedra, columnas y templos y tribunales para reyes. Y Abanes el mercader le dijo: Sí, de tal artesano tenemos necesidad. Comenzaron entonces a navegar de regreso; y tuvieron viento favorable, y navegaron prósperamente hasta que llegaron a Andrópolis, ciudad real.

4 Y dejaron la nave y entraron en la ciudad, y he aquí que había ruido de flautas y de órganos de agua, y sonaban trompetas en torno a ellos; y el apóstol preguntó, diciendo: ¿Qué fiesta es esta que hay en esta ciudad? Y los que allí estaban le dijeron: También a ti te han traído los dioses para que te alegres en esta ciudad. Porque el rey tiene una hija única, y hoy la da en matrimonio a un esposo: este regocijo, pues, y esta reunión de la boda de hoy es la fiesta que

has visto. Y el rey ha enviado heraldos a proclamar por todas partes que todos vengan a la boda, ricos y pobres, siervos y libres, forasteros y ciudadanos: y si alguno rehúsa y no viene a la boda, responderá de ello ante el rey. Y Abanes, oyendo esto, dijo al apóstol: Vayamos también nosotros, no sea que ofendamos al rey, sobre todo siendo forasteros. Y él dijo: Vayamos.

Y después que se hubieron alojado en la posada y descansado un breve espacio, fueron a la boda; y el apóstol, viéndolos a todos sentados (reclinados), se recostó también él en medio, y todos le miraban como a un forastero y venido de tierra extraña: mas Abanes el mercader, siendo su amo, se recostó en otro lugar.

5 Y mientras comían y bebían, el apóstol no probó nada; así que los que estaban junto a él le dijeron: ¿Por qué has venido aquí, sin comer ni beber? Mas él les respondió, diciendo: He venido aquí por algo mayor que la comida o la bebida, y para cumplir la voluntad del rey. Porque los heraldos proclaman el mensaje del rey, y quien no escuche a los heraldos quedará sujeto al juicio del rey.

Así que, cuando hubieron comido y bebido, y les trajeron guirnaldas y ungüentos, cada cual tomó del ungüento, y uno se ungió el rostro, y otro la barba, y otro otras partes del cuerpo; mas el apóstol se ungió la coronilla de la cabeza y se untó un poco en las narices, y se lo dejó caer en los oídos, y se tocó con él los dientes, y ungió cuidadosamente la región del corazón: y tomó la guirnalda que le trajeron, tejida de mirto y otras flores, y se la puso en la cabeza, y tomó una rama de cálamo y la tuvo en la mano.

Y la muchacha de la flauta, con la flauta en la mano, iba entre todos ellos tocando; mas cuando llegó al lugar donde estaba el apóstol, se detuvo sobre él y tocó junto a su cabeza por largo espacio: y esta muchacha de la flauta era de raza hebrea.

6 Y mientras el apóstol seguía mirando al suelo, uno de los coperos extendió la mano y le dio una bofetada; y el apóstol alzó los ojos y miró al que le había golpeado, y dijo: Mi Dios te perdonará esta iniquidad en la vida venidera, mas en este mundo mostrarás

sus maravillas, y aun ahora veré esta mano que me ha herido arrastrada por los perros. Y habiendo dicho esto, comenzó a cantar y a decir este canto:

La doncella es hija de la luz, en quien consiste y mora el altivo esplendor de los reyes, y su vista es deleitosa, resplandece con hermosura y alegría. Sus vestiduras son como las flores de la primavera, y de ellas se eleva un hálito de fragancia; y en la corona de su cabeza está asentado el rey, que con su alimento inmortal (ambrosía) nutre a los que están fundados sobre él; y en su cabeza está puesta la verdad, y con sus pies muestra el gozo. Y su boca se abre, y le sienta bien: treinta y dos son los que le cantan alabanzas. Su lengua es como la cortina de la puerta, que ondea de un lado a otro para los que entran: su cuello está dispuesto a manera de gradas que el primer hacedor labró, y sus dos manos significan y muestran, proclamando la danza de las edades felices, y sus dedos señalan las puertas de la ciudad. Su cámara está resplandeciente de luz, y exhala el olor del bálsamo y de toda especia, y despide dulce olor de mirra y hoja índica, y dentro hay mirtos esparcidos por el suelo, y <guirnalda> de toda suerte de flores olorosas, y los †postes de la puerta (?)† están adornados con †caña†. 7 Y en torno a ella la guardan sus paraninfos, cuyo número es de siete, a quienes ella misma ha escogido. Y sus damas de honor son siete, y danzan delante de ella. Y doce en número son los que le sirven delante y le están sujetos, los cuales tienen su mira y su mirada puestas en el esposo, para que por la vista de él sean alumbrados; y estarán con ella para siempre en aquel gozo eterno, y estarán en aquella boda a la que se congregan los príncipes, y asistirán a aquel banquete de que son dignos los eternos, y se vestirán de ropaje real y se cubrirán de vestiduras resplandecientes; y en gozo y exultación estarán ambos, y glorificarán al Padre de todo, cuya altiva luz han recibido, y son alumbrados por la vista de su señor; cuyo alimento inmortal han recibido, que no tiene menoscabo (excrementum, sir.), y han bebido del vino que no les da sed ni deseo. Y han glorificado y alabado, con el espíritu viviente, al Padre de la verdad y a la madre de la sabiduría.

8 Y cuando hubo cantado y terminado este canto, todos los que allí estaban presentes le miraban fijamente; y él guardó silencio; y vieron que su semblante había cambiado, mas lo que había dicho no lo entendieron, porque él era hebreo y lo que habló fue dicho en lengua hebrea. Mas la muchacha de la flauta sola lo oyó todo, porque era de raza hebrea; y se apartó de él y tocó para los demás, pero la mayor parte del tiempo le miraba y le observaba fijamente, porque le amaba bien, como a hombre de su propia nación; además, era hermoso de ver por encima de todos los que allí estaban. Y cuando la muchacha de la flauta hubo tocado para todos y terminó, se sentó frente a él, mirándole y observándole con atención. Mas él a nadie miraba, ni de nadie hacía caso, sino que solo mantenía los ojos puestos en el suelo, esperando el momento en que pudiera partir de allí.

Mas el copero que le había abofeteado bajó al pozo a sacar agua; y sucedió que había allí un león, y lo mató y lo dejó tendido en aquel lugar, habiéndole despedazado los miembros, y al punto los perros se apoderaron de sus miembros, y entre ellos un perro negro, llevando en la boca su mano derecha, la trajo al lugar del banquete.

9 Y todos, al verlo, se asombraron e indagaron cuál de ellos era el que faltaba. Y cuando se hizo manifiesto que era la mano del copero que había herido al apóstol, la muchacha de la flauta rompió su flauta y la arrojó, y fue y se sentó a los pies del apóstol, diciendo: Este es un dios o un apóstol de Dios, porque le oí decir en lengua hebrea: «Ahora veré la mano que me hirió arrastrada por los perros», lo cual vosotros también habéis visto ahora; porque como él dijo, así ha acontecido. Y algunos le creyeron, y otros no.

Mas cuando el rey lo supo, vino y dijo al apóstol: Levántate y ven conmigo, y ora por mi hija: porque es mi unigénita, y hoy la doy en matrimonio. Mas el apóstol no quería ir con él, porque el Señor aún no se le había revelado en aquel lugar. Mas el rey lo llevó contra su voluntad hasta la cámara nupcial, para que orase por ellos.

10 Y el apóstol se puso en pie, y comenzó a orar y a hablar así: Señor mío y Dios mío, que viajas con tus siervos, que guías y

corriges a los que creen en ti, refugio y descanso de los oprimidos, esperanza de los pobres y redentor de los cautivos, médico de las almas que yacen enfermas y salvador de toda la creación, que das vida al mundo y fortaleces las almas; tú conoces las cosas venideras, y por medio de nosotros las cumples: tú, Señor, eres el que revela los misterios ocultos y manifiesta las palabras secretas: tú, Señor, eres el plantador del árbol bueno, y de tus manos son engendradas todas las buenas obras: tú, Señor, eres el que está en todas las cosas y pasa a través de todas, y estás puesto en todas tus obras y manifestado en el obrar de todas ellas. Jesucristo, Hijo de la compasión y salvador perfecto, Cristo, Hijo del Dios viviente, poder intrépido que has derribado al enemigo, y la voz que fue oída de los gobernantes, e hiciste temblar todos sus poderes, el embajador que fuiste enviado desde lo alto y descendiste hasta el infierno mismo, que abriste las puertas y sacaste de allí a los que por muchas edades estaban encerrados en el tesoro de las tinieblas, y les mostraste el camino que conduce hacia lo alto: te ruego, Señor Jesús, y te ofrezco súplica por estos jóvenes, que hagas por ellos las cosas que les ayuden y les sean convenientes y provechosas. Y puso sus manos sobre ellos y dijo: El Señor sea con vosotros, y los dejó en aquel lugar y se marchó.

11 Y el rey pidió a los paraninfos que salieran de la cámara nupcial; y cuando todos hubieron salido y las puertas quedaron cerradas, el esposo alzó la cortina de la cámara nupcial para traer a la esposa hacia sí. Y vio al Señor Jesús con la apariencia de Judas Tomás, hablando con la esposa —el mismo que hacía poco los había bendecido y salido de entre ellos, el apóstol—; y le dijo: ¿No saliste a la vista de todos? ¿Cómo, pues, te hallas aquí? Mas el Señor le dijo: No soy Judas, llamado también Tomás, sino que soy su hermano. Y el Señor se sentó sobre el lecho, y les mandó que también ellos se sentaran en sillas, y comenzó a decirles:

12 Recordad, hijos míos, lo que mi hermano os habló y lo que os expuso delante: y sabed esto, que si os abstenéis de este comercio inmundado, os haréis templos santos, puros, libres de impulsos y de dolores, visibles e invisibles, y no adquiriréis los cuidados de la vida

ni de los hijos, cuyo fin es la destrucción: y si en verdad tenéis muchos hijos, por causa de ellos os haréis avaros y codiciosos, despojando a los huérfanos y oprimiendo a las viudas, y haciendo esto os sujetaréis a graves castigos. Porque la mayor parte de los hijos se vuelven inútiles, oprimidos por los demonios, unos abiertamente y otros de forma invisible, pues se vuelven ya lunáticos, ya medio tullidos, ya ciegos, ya sordos, ya mudos, ya paralíticos, ya insensatos; y si son sanos, de nuevo serán vanos, haciendo actos inútiles o abominables; porque serán sorprendidos en adulterio o en homicidio o en hurto o en fornicación, y por todo esto seréis afligidos.

Mas si os dejáis persuadir y guardáis vuestras almas castas delante de Dios, os vendrán hijos vivos a los que estas manchas no tocarán, y estaréis sin cuidado, llevando una vida tranquila, sin pena ni ansiedad, aguardando recibir aquel matrimonio incorruptible y verdadero, y seréis en él paraninfos que entran en aquella cámara nupcial llena de inmortalidad y de luz.

13 Y cuando los jóvenes oyeron estas cosas, creyeron en el Señor y se entregaron a él, y se abstuvieron del deseo inmundo, y así permanecieron, pasando la noche en aquel lugar. Y el Señor se apartó de su presencia, diciendo así: La gracia del Señor sea con vosotros.

Y cuando llegó la mañana, el rey vino a su encuentro, y dispuso una mesa y la hizo traer delante del esposo y de la esposa. Y los halló sentados el uno frente al otro, y halló el rostro de la esposa sin velo, y el esposo estaba muy gozoso.

Y la madre vino a la esposa y dijo: ¿Por qué te sientas así, hija, sin avergonzarte, como si hubieses vivido con tu esposo largo tiempo? Y su padre dijo: ¿Es por tu gran amor hacia tu esposo que ni siquiera te velas?

14 Y la esposa respondió y dijo: En verdad, padre, estoy en gran amor, y ruego a mi Señor que el amor que he percibido esta noche permanezca conmigo, y pediré aquel esposo del que hoy he tenido

noticia: y por eso ya no me velaré más, porque el espejo (velo) de la vergüenza ha sido apartado de mí; y por eso ya no estoy avergonzada ni turbada, porque el hecho de vergüenza y confusión se ha alejado lejos de mí; y que no esté confundida, es porque mi asombro no ha permanecido conmigo; y que esté en alegría y gozo, es porque el día de mi gozo no ha sido turbado; y que haya tenido en nada a este esposo y a este matrimonio que pasa ante mis ojos, es porque estoy unida en otro matrimonio; y que no haya tenido trato con un esposo temporal, cuyo fin es con lascivia y amargura de alma, es porque estoy unida a un esposo verdadero.

15 Y mientras la esposa decía aún más que esto, el esposo respondió y dijo: Te doy gracias, oh Señor, que has sido proclamado por el forastero, y hallado en nosotros; que me has apartado lejos de la corrupción y sembrado vida en mí; que me has librado de esta enfermedad difícil de sanar y curar y que dura para siempre, y has implantado en mí sobria salud; que te me has mostrado a ti mismo y me has revelado todo mi estado en que me hallo; que me has redimido de la caída y me has llevado a lo que es mejor, y me has librado de las cosas temporales y hecho digno de las que son inmortales y eternas; que te has hecho humilde hasta llegar a mí y a mi pequeñez, para presentarme a tu grandeza y unirme a ti mismo; que no me has negado tus propias entrañas a mí, que estaba a punto de perecer, sino que me has mostrado cómo buscarme a mí mismo y saber quién era, y quién y de qué manera soy ahora, para que vuelva a ser lo que era: a quien no conocía, mas tú mismo me buscaste: de quien no tenía noticia, mas tú mismo me has tomado para ti: a quien he percibido, y ahora no puedo olvidarlo: cuyo amor arde dentro de mí, y no puedo expresarlo como conviene, sino que lo que puedo decir de él es poco y escaso, y no proporcionado debidamente a su gloria: mas él no me culpa por presumir de decirle aun lo que no sé: porque es a causa de su amor que digo aun esto tanto.

16 Y cuando el rey oyó estas cosas de labios del esposo y de la esposa, rasgó sus vestidos y dijo a los que estaban junto a él: Salid aprisa y recorred toda la ciudad, y tomad y traedme a aquel hombre

hechicero que por desgracia vino a esta ciudad; porque con mis propias manos lo traje a esta casa, y le mandé orar sobre esta mi desdichada hija; y quien lo halle y me lo traiga, le daré cuanto me pida. Fueron, pues, y anduvieron buscándolo, y no lo hallaron; porque había zarpado. Fueron también a la posada donde se había hospedado, y hallaron allí a la muchacha de la flauta llorando y afligida porque no la había llevado consigo. Y cuando le contaron lo que había sucedido con los jóvenes, se alegró en gran manera al oírlo, y dejó su tristeza y dijo: Ahora también yo he hallado aquí descanso. Y se levantó y fue hacia ellos, y estuvo con ellos largo tiempo, hasta que hubieron instruido también al rey. Y muchos de los hermanos se congregaron también allí hasta que oyeron la noticia del apóstol, que había llegado a las ciudades de la India y enseñaba allí: y partieron y se unieron a él.

Acto II

DE SU LLEGADA AL REY GUNDAFORO

17 Y cuando el apóstol hubo llegado a las ciudades de la India con Abanes el mercader, Abanes fue a saludar al rey Gundaforo, y le informó del carpintero que había traído consigo. Y el rey se alegró, y mandó que lo hicieran entrar a su presencia. Así que, cuando hubo entrado, el rey le dijo: ¿Qué oficio conoces? El apóstol le dijo: El oficio de carpintería y de construcción. El rey le dijo: ¿Qué artesanía, pues, conoces en madera, y cuál en piedra? El apóstol dijo: En madera: arados, yugos, aguijadas, poleas, y barcas y remos y mástiles; y en piedra: columnas, templos y tribunales para reyes. Y el rey dijo: ¿Puedes edificarme un palacio? Y él respondió: Sí, puedo tanto edificarlo como amueblarlo; porque para esto he venido, para edificar y hacer la obra de un carpintero.

18 Y el rey lo tomó y salió por las puertas de la ciudad, y comenzó a hablar con él por el camino acerca de la construcción del tribunal, y de los cimientos, cómo debían ser

colocados, hasta que llegaron al lugar donde él quería que estuviese el edificio; y dijo: Aquí quiero que esté el edificio. Y el apóstol dijo: Sí, porque este lugar es adecuado para el edificio. Mas el lugar era boscoso y había allí mucha agua. Entonces el rey dijo: Comienza a edificar. Mas él dijo: No puedo comenzar a edificar ahora, en esta estación. Y el rey dijo: ¿Cuándo podrás comenzar? Y

él dijo: Comenzaré en el mes de Dío y terminaré en Xántico. Mas el rey se maravilló y dijo: Todo edificio se edifica en verano, ¿y puedes tú, en pleno invierno, edificar y disponer un palacio? Y el apóstol dijo: Así ha de ser, y de otro modo no es posible. Y el rey dijo: Si, pues, esto te parece bien, dibújame un plano, de cómo será la obra, porque he de volver aquí después de largo tiempo. Y el apóstol tomó una caña y dibujó, midiendo el lugar; y puso las puertas hacia el oriente, para que mirasen a la luz, y las ventanas hacia el occidente, para las brisas, y dispuso que el horno estuviese hacia el sur, y el acueducto para el servicio hacia el norte. Y el rey lo vio y dijo al apóstol: En verdad eres un artesano, y te conviene ser siervo de reyes. Y le dejó mucho dinero y se apartó de él.

19 Y de tiempo en tiempo le enviaba dinero y provisión, y víveres para él y para el resto de los obreros. Mas Tomás, recibéndolo todo, lo repartía, recorriendo las ciudades y las aldeas de alrededor, distribuyendo y dando limosna a los pobres y afligidos, y aliviándolos, diciendo: El rey sabe obtener recompensa digna de reyes, mas en este tiempo es menester que los pobres tengan alivio.

Después de esto el rey envió un embajador al apóstol, y le escribió así: Hazme saber lo que has hecho, o qué he de enviarte, o de qué tienes necesidad. Y el apóstol le envió a decir: El palacio (pretorio) está edificado, y solo falta el tejado. Y el rey, oyendo esto, le envió de nuevo oro y plata (lit. sin acuñar), y le escribió: Que se teche el palacio, si ya está hecho. Y el apóstol dijo al Señor: Te doy gracias, Señor, en todas las cosas, porque moriste por breve espacio para que yo viviese para siempre en ti, y porque me vendiste para que por mí libertases a muchos. Y no cesaba de enseñar y de aliviar a los afligidos, diciendo: Esto os ha repartido el Señor, y él da a cada uno su alimento: porque él es el nutridor de los huérfanos y el mayordomo de las viudas, y para todos los afligidos es alivio y descanso.

20 Y cuando el rey llegó a la ciudad, preguntó a sus amigos acerca del palacio que Judas, llamado Tomás, le estaba edificando. Y le dijeron: Ni ha edificado palacio alguno, ni ha hecho ninguna otra

cosa de lo que prometió cumplir, sino que anda por las ciudades y comarcas, y cuanto tiene lo da a los pobres, y enseña acerca de un Dios nuevo, y sana a los enfermos, y expulsa demonios, y hace otras muchas obras maravillosas; y le tenemos por hechicero. Y sin embargo, sus compasiones y sus curaciones, que hace de balde, y además su sencillez y su bondad y su fe, declaran que es un hombre justo, o un apóstol del Dios nuevo que predica; porque ayuna continuamente y ora, y come solo pan, con sal, y su bebida es agua, y viste una sola vestidura, igual en tiempo bueno que en invierno, y de nadie recibe nada, y lo que tiene lo da a otros. Y cuando el rey oyó esto, se restregó el rostro con las manos, y sacudió la cabeza por largo espacio.

21 Y mandó llamar al mercader que lo había traído, y al apóstol, y le dijo: ¿Me has edificado el palacio? Y él dijo: Sí. Y el rey dijo: ¿Cuándo, pues, iremos a verlo? Mas él le respondió y dijo: No puedes verlo ahora, mas cuando partas de esta vida, entonces lo verás. Y el rey se enfureció en gran manera, y mandó que tanto al mercader como a Judas, llamado Tomás, se les pusiera en cadenas y se les echara en la cárcel, hasta que averiguase y supiera a quién había sido dado el dinero del rey, y así destruirlos a él y al mercader.

Y el apóstol fue a la cárcel gozoso, y dijo al mercader: No temas nada, solo cree en el Dios que yo predico, y en verdad serás librado de este mundo, mas del mundo venidero recibirás vida. Y el rey pensó con qué muerte los destruiría. Y cuando hubo determinado desollarlos vivos y quemarlos con fuego, aquella misma noche Gad, el hermano del rey, cayó enfermo, y a causa de su desazón y del engaño que el rey había sufrido estaba grandemente oprimido; y mandó llamar al rey y le dijo: Oh rey, hermano mío, te encomiendo mi casa y mis hijos; porque estoy desazonado a causa del agravio que te ha sobrevenido, y he aquí que muero; y si no tomas venganza sobre la cabeza de ese hechicero, no darás descanso a mi alma en el infierno. Y el rey dijo a su hermano: Toda esta noche he pensado cómo he de darle muerte, y esto me ha parecido bien: desollarlo y quemarlo con fuego, a él y al mercader que lo trajo (sir.

Entonces el hermano del rey le dijo: Y si hay algo más que sea peor que esto, hazlo con él; y yo te encomiendo mi casa y mis hijos).

22 Y mientras hablaban entre sí, el alma de su hermano Gad partió. Y el rey lloró amargamente por Gad, porque lo amaba mucho, y mandó que fuese sepultado con vestidura real y preciosa (sir. sepulcro). Y después de esto, unos ángeles tomaron el alma de Gad, hermano del rey, y la llevaron arriba al cielo, mostrándole los lugares y moradas que allí había, y le preguntaron: ¿En qué lugar quisieras morar? Y cuando se acercaban al edificio de Tomás el apóstol, que había edificado para el rey, Gad lo vio y dijo a los ángeles: Os ruego, señores míos, que me dejéis morar en una de las estancias más bajas de estas. Y ellos le dijeron: No puedes morar en este edificio. Y él dijo: ¿Por qué? Y ellos le dijeron: Este es el palacio que aquel cristiano edificó para tu hermano. Y él dijo: Os ruego, señores míos, que me dejéis ir a mi hermano, para que le compre este palacio; porque mi hermano no sabe de qué clase es, y me lo venderá.

23 Entonces los ángeles dejaron ir el alma de Gad. Y mientras le ponían las vestiduras de sepultura, su alma entró de nuevo en él, y dijo a los que estaban a su alrededor: Llamadme a mi hermano, que quiero pedirle una petición. Al punto, pues, se lo dijeron al rey: Tu hermano ha revivido. Y el rey corrió con gran compañía y llegó junto a su hermano, y entró y se quedó junto a su lecho como quien está pasmado, sin poder hablarle. Y su hermano dijo: Sé y estoy persuadido, hermano mío, de que si alguien te hubiese pedido la mitad de tu reino, se lo habrías dado por mi causa; por eso te ruego que me concedas un favor que te pido, que me vendas aquello que te pido. Y el rey respondió y dijo: ¿Y qué es lo que me pides que te venda? Y él dijo: Confírmame con juramento que me lo concederás. Y el rey le juró: Cualquiera de mis posesiones que pidas, te la daré. Y él le dijo: ¿Me vendes aquel palacio que tienes en los cielos? Y el rey dijo: ¿De dónde había yo de tener un palacio en los cielos? Y él dijo: Aquel mismo que aquel cristiano edificó para ti, que ahora está en la cárcel, al cual el mercader te trajo, habiéndolo comprado de cierto Jesús: me refiero a aquel siervo hebreo a quien deseabas

castigar por haber padecido engaño de su mano: por lo cual me afligí y morí, y ahora he revivido.

24 Entonces el rey, considerando el asunto, lo entendió de aquellos bienes eternos que habían de venirle y que le concernían, y dijo: Ese palacio no puedo vendértelo, mas ruego entrar en él y morar en él, y ser tenido por digno de sus habitantes; mas si tú en verdad deseas comprar tal palacio, he aquí que ese hombre vive y te edificará uno mejor que aquel. Y al punto envió y sacó de la cárcel al apóstol y al mercader que estaba encerrado con él, diciendo: Te suplico, como quien suplica al ministro de Dios, que ores por mí y ruegues a aquel de quien eres ministro que me perdone y pase por alto lo que te he hecho o pensé hacerte, y que llegue a ser digno habitante de aquella morada por la que no me esforcé en nada, sino que tú la has edificado para mí, trabajando solo, obrando en ti la gracia de tu Dios, y que yo también llegue a ser siervo y sirva a este Dios que tú predicas. Y también su hermano se postró delante del apóstol y dijo: Te ruego y te suplico ante tu Dios que llegue a ser digno de su ministerio y servicio, y que me toque en suerte ser digno de las cosas que me fueron mostradas por sus ángeles.

25 Y el apóstol, lleno de gozo, dijo: Te alabo, oh Señor Jesús, porque has revelado tu verdad en estos hombres; porque tú solo eres el Dios de verdad, y ningún otro, y tú eres el que conoce todas las cosas que son desconocidas para la mayoría; tú, Señor, eres el que en todas las cosas muestras compasión y perdonas a los hombres. Porque los hombres, a causa del error que hay en ellos, te han pasado por alto, mas tú no los has pasado por alto a ellos. Y ahora, a mi súplica y petición, recibe al rey y a su hermano, y únelos a tu rebaño, limpiándolos con tu lavamiento y ungiéndolos con tu óleo del error que los rodea: y guárdalos también de los lobos, llevándolos a tus praderas. Y dales de beber de tu fuente inmortal, que ni se enturbia ni se seca; porque te suplican y te ruegan, y desean llegar a ser tus siervos y ministros, y por esto están dispuestos aun a ser perseguidos por tus enemigos, y por tu causa ser odiados por ellos, y ser escarnecidos y morir, así como tú por nuestra causa padeciste todas estas cosas, para preservarnos, tú

que eres Señor y en verdad el buen pastor. Y concédeles tener confianza solo en ti, y el socorro que viene de ti, y la esperanza de su salvación que aguardan solo de ti; y que sean fundados en tus misterios, y reciban el bien perfecto de tus gracias y dones, y florezcan en tu ministerio, y lleguen a la perfección en tu Padre.

26 Estando, pues, enteramente dispuestos hacia el apóstol, tanto el rey Gundaforo como Gad su hermano lo seguían y no se apartaban de él en absoluto, y también ellos aliviaban a los que tenían necesidad, dando a todos y confortando a todos. Y le suplicaron que también ellos recibiesen en adelante el sello de la palabra, diciéndole: Viendo que nuestras almas están libres y ansiosas hacia Dios, danos tú el sello; porque te hemos oído decir que el Dios que predicas conoce a sus propias ovejas por su sello. Y el apóstol les dijo: Yo también me alegro y os ruego que recibáis este sello, y que participéis conmigo de esta eucaristía y bendición del Señor, y que seáis perfeccionados en ella. Porque este es el Señor y Dios de todo, a saber, Jesucristo, a quien predico, y él es el padre de la verdad, en quien os he enseñado a creer. Y les mandó traer aceite, para que recibiesen el sello por el aceite. Trajeron, pues, el aceite, y encendieron muchas lámparas, porque era de noche (sir. a quien predico: y el rey ordenó que se cerrasen los baños por siete días, y que nadie se bañase en ellos: y cuando se cumplieron los siete días, al octavo día entraron los tres en el baño de noche, para que Judas los bautizase. Y se encendieron muchas lámparas en el baño).

27 Y el apóstol se levantó y los selló. Y el Señor se les reveló mediante una voz, diciendo: Paz sea con vosotros, hermanos. Y solo oyeron su voz, mas su apariencia no la vieron, porque aún no habían recibido el sello añadido del sello (sir. no habían sido bautizados). Y el apóstol tomó el aceite y lo derramó sobre sus cabezas, y los ungió y los crismó, y comenzó a decir (sir. Y Judas subió y se puso de pie en el borde de la cisterna, y derramó aceite sobre sus cabezas, y dijo):

Ven, tú, santo nombre de Cristo que está por encima de todo nombre.

Ven, tú, poder del Altísimo, y compasión perfecta.

Ven, don (carisma) del Altísimo.

Ven, madre compasiva.

Ven, comunión del varón.

Ven, tú que revelas los misterios ocultos.

Ven, madre de las siete casas, para que tu reposo esté en la casa octava.

Ven, anciano de los cinco miembros —mente, pensamiento, reflexión, consideración, razón—; comunícate con estos jóvenes.

Ven, Espíritu Santo, y limpia sus riñones y su corazón, y dales el sello añadido, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y cuando fueron sellados, se les apareció un joven que sostenía una antorcha encendida, de modo que sus lámparas se oscurecieron ante la llegada de aquella luz. Y él salió y no fue visto más por ellos. Y el apóstol dijo al Señor: Tu luz, oh Señor, no puede ser contenida por nosotros, y no somos capaces de soportarla, porque es demasiado grande para nuestra vista.

Y cuando llegó el alba y se hizo de mañana, partió el pan e hizo a los tres partícipes de la eucaristía de Cristo. Y se alegraron y se regocijaron.

Y muchos otros también, creyendo, se les añadieron, y llegaron al refugio del Salvador.

28 Y el apóstol no cesaba de predicar y decirles: Vosotros, hombres y mujeres, niños y niñas, jóvenes y doncellas, fuertes y ancianos, sean siervos o libres, absteneos de la fornicación y de la codicia y del servicio del vientre: porque bajo estas tres cabezas se origina toda iniquidad. Porque la fornicación ciega la mente y oscurece los ojos del alma, y es impedimento para la vida (conducta) del cuerpo, volviendo débil a todo el hombre y arrojando

a todo el cuerpo en enfermedad. Y la codicia pone al alma en temor y vergüenza; estando dentro del cuerpo, se apodera de los bienes ajenos, y vive con temor de que, si restituye a sus dueños los bienes de otros, quede avergonzada. Y el servicio del vientre arroja al alma en pensamientos, cuidados y desazones, pensando no sea que llegue a padecer necesidad, y tenga falta de aquellas cosas que están lejos de él. Si, pues, os libráis de estas cosas, os haréis libres de cuidado, de pesar y de temor, y permanecerá con vosotros lo que dijo el Salvador: No os afanéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio afán. Recordad también aquella palabra de aquel de quien hablé: Mirad los cuervos, y ved las aves del cielo, que ni siembran ni siegan ni recogen en graneros, y Dios les provee; ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? Mas esperad su venida y tened en él vuestra esperanza, y creed en su nombre. Porque él es el juez de vivos y muertos, y da a cada uno según sus necesidades, y en su venida y su postrera aparición nadie tendrá palabra de excusa cuando haya de ser juzgado por él, como si no hubiese oído. Porque sus heraldos proclaman en las cuatro regiones (climas) del mundo. Arrepentíos, pues, y creed la promesa, y recibid el yugo de la mansedumbre y la carga ligera, para que viváis y no muráis. Estas cosas obtened, estas guardad. ¡Salid de las tinieblas, para que la luz os reciba! Venid a aquel que es verdaderamente bueno, para que recibáis de él la gracia e imprimáis su señal en vuestras almas.

29 Y habiendo dicho esto, algunos de los que estaban presentes dijeron: Tiempo es de que el acreedor reciba la deuda. Y él les dijo: Aquel que es señor de la deuda desea siempre recibir más; mas démosle lo que se le debe. Y los bendijo, y tomó pan y aceite y hierbas y sal, y bendijo y les dio; mas él mismo continuó su ayuno, porque se acercaba el día del Señor (sir. Y él mismo comió, porque amanecía el domingo).

Y cuando cayó la noche y dormía, el Señor vino y se puso de pie a su cabecera, diciendo: Tomás, levántate temprano, y habiéndolos bendecido a todos, después de la oración y del ministerio, ve por el camino oriental dos millas, y allí te mostraré mi gloria: porque por tu

ida se acogerán muchos a mí, y sacarás a la luz la naturaleza y el poder del enemigo. Y se levantó del sueño y dijo a los hermanos que estaban con él: Hijos, el Señor quiere realizar hoy algo por mi medio, mas oremos, y roguémosle que no tengamos impedimento hacia él, sino que, como en todo tiempo, también ahora se haga por nosotros según su deseo y voluntad. Y habiendo dicho esto, puso sus manos sobre ellos y los bendijo, y partió el pan de la eucaristía y se lo dio, diciendo: Esta eucaristía os será para compasión y misericordia, y no para juicio y retribución. Y ellos dijeron: Amén.

Nota del profesor F. C. Burkitt, D.D.

En los Hechos de Tomás, 27, el apóstol, estando a punto de bautizar a Gundaforo, rey de la India, junto con su hermano Gad, invoca el santo nombre de Cristo, y entre otras invocaciones dice (según el mejor texto griego):

«Ven, oh anciano de los cinco miembros, mente, idea, reflexión, consideración, razonamiento; comunícate con estos jóvenes.»

¿Cuál es la distinción esencial entre estas cinco palabras para «mente», y qué se entiende por el «anciano» (πρεσβύτερος)? Acudimos al siríaco, como lengua original en que se compuso nuestro relato, aunque nuestro texto actual, que aquí se apoya en dos manuscritos, ha sido a veces expurgado en la dirección de una fraseología más convencional, proceso que el griego a menudo ha eludido. Hallamos aquí en el siríaco (Wright, p. 193, l. 13; E. Tr., p. 166, penúltima línea):

«Ven, Mensajero de la reconciliación, y comunícate con las mentes de estos jóvenes.»

La palabra para «Ven» es femenina, mientras que «Mensajero» (Izgadda) es masculina. Esto se debe a que toda la plegaria es una invocación del Espíritu Santo, que en el siríaco antiguo se trata invariablemente como femenino. La palabra para Mensajero es la que se usa en la cosmogonía maniquea para un Espíritu celestial enviado desde la Luz Divina: este Espíritu se presentaba como andrógino, de modo que el uso aquí de la palabra con el verbo

femenino no resulta inapropiado. Esto nos lleva además a buscar otros indicios de fraseología maniquea en el pasaje. Pero ante todo nos sugiere que πρεσβύτερος en nuestro pasaje es una corrupción de, o se usa por, πρεσβευτής, «un embajador».

En cuanto a las cinco palabras para «mente», son claramente los equivalentes de hauna, mad'a, re'yana, mahshabhtha, tar'itha, llamadas por Teodoro bar Khoni las Cinco Shekinás, o Moradas, o Manifestaciones, del Padre de la Grandeza, título con que los maniqueos designaban a la Fuente última de la Luz. Hay una buena discusión de estas cinco palabras por M. A. Kugener en las Recherches sur le Manichéisme de F. Cumont, i, p. 10, nota 3. En español podemos decir:

hauna, significa «cordura»,

mad'a, „ «razón»,

re'yana, „ «mente»,

mahshabhtha, „ «imaginación»,

tar'itha, „ «intención».

Los términos griegos, empleados aquí y también en las Acta Archelai, § 9, son en mi opinión meros equivalentes de los términos siríacos.

Acto III

DE LA SERPIENTE

30 Y el apóstol salió para ir adonde el Señor le había mandado; y cuando estaba cerca de la segunda milla (piedra miliar) y se había apartado un poco del camino, vio el cuerpo de un joven hermoso tendido, y dijo: Señor, ¿es para esto

(la prueba), ¿la tentación? Hágase, pues, tu voluntad como tú deseas. Y comenzó a orar y a decir: Señor, juez de vivos y muertos, de los vivos que están aquí presentes y de los muertos que aquí yacen, y señor y padre de todas las cosas; y padre no solo de las almas que están en los cuerpos, sino de las que han salido de ellos; pues también de las almas que están en las inmundicias (o cuerpos) tú eres señor y juez: ven a esta hora en que te invoco y muestra tu gloria sobre este que aquí yace. Y se volvió hacia los que le seguían y dijo: Esto no ha acontecido sin causa, sino que el enemigo lo ha obrado y lo ha traído para asaltarnos (?) por medio de ello; y ved que no se ha servido de otra especie, ni ha obrado por medio de ninguna otra criatura, salvo la que le está sujeta.

31 Y cuando hubo dicho esto, salió de un agujero una gran serpiente (sir. negra) (dragón), golpeando con la cabeza y agitando la cola contra el suelo, y con voz fuerte dijo al apóstol: Te diré delante de ti la causa por la que maté a este hombre, ya que has venido aquí precisamente para reprender mis obras. Y el apóstol

dijo: Sí, dilo. Y la serpiente: Hay en esta aldea, frente a nosotros, una mujer hermosa; y cuando pasó junto a mí (o junto a mi morada) la vi y me enamoré de ella, y la seguí y la vigilé; y hallé a este joven besándola, y él tuvo trato carnal con ella e hizo con ella otros actos vergonzosos: y para mí fue fácil declarártelo, porque sé que tú eres el hermano gemelo de Cristo y que siempre aniquilas nuestra naturaleza (sir. fácil me es decirlo, pero a ti no me atrevo a manifestártelo, porque sé que la corriente del océano del Mesías destruirá nuestra naturaleza): mas porque no quise espantarla, no lo maté en aquel momento, sino que le esperé hasta que pasó al atardecer, y le herí y le maté, sobre todo porque se atrevió a hacer esto en el día del Señor.

Y el apóstol le preguntó, diciendo: Dime de qué simiente y de qué linaje eres. 32 Y él le dijo: Soy reptil de naturaleza reptil, e hijo nocivo de padre nocivo: de aquel que hirió y golpeó a los cuatro hermanos que estaban erguidos (om. sir.: pueden entenderse los elementos o los cuatro puntos cardinales): soy hijo de aquel que se sienta en un trono sobre toda la tierra, que recobra lo suyo de los que toman prestado: soy hijo de aquel que ciñe la esfera: y soy pariente de aquel que está fuera del océano, cuya cola está puesta en su propia boca: soy aquel que entró por la barrera (el cercado) en el paraíso y habló con Eva las cosas que mi padre me mandó decirle: soy aquel que encendió e inflamó a Caín para matar a su propio hermano, y por mi causa crecieron en la tierra espinos y abrojos: soy aquel que derribó a los ángeles de lo alto y los ató en concupiscencias tras las mujeres, para que de ellos nacieran hijos de la tierra y yo pudiera obrar en ellos mi voluntad: soy aquel que endureció el corazón de Faraón para que matase a los hijos de Israel y los esclavizase con el yugo de la crueldad: soy aquel que hizo errar a la multitud en el desierto cuando hicieron el becerro: soy aquel que inflamó a Herodes y encendió a Caifás a la falsa acusación de una mentira delante de Pilato; pues esto me era propio: soy aquel que instigó a Judas y le sobornó para entregar a Cristo: soy aquel que habita y posee el abismo del infierno (Tártaro); mas el Hijo de Dios me ha agraviado, contra mi voluntad, y ha tomado (escogido)

de mí a los que eran suyos: soy pariente de aquel que ha de venir de oriente, a quien también se da poder para hacer cuanto quiera sobre la tierra.

33 Y cuando aquella serpiente hubo dicho estas cosas en oídos de todo el pueblo, el apóstol alzó su voz en lo alto y dijo: Cesa ya, oh la más desvergonzada, y sé confundida y muere del todo, porque ha llegado el fin de tu destrucción; y no te atrevas a contar lo que has hecho a los que se te han hecho sujetos. Y te conjuro en el nombre de aquel Jesús que hasta ahora contiene con vosotros por los hombres que son suyos, a que chupes el veneno que has puesto en este hombre, y lo extraigas y se lo quites. Mas la serpiente dijo: Aún no ha llegado el fin de nuestro tiempo, como tú has dicho. ¿Por qué me obligas a retirar lo que he puesto en este hombre, y a morir antes de mi tiempo? Porque cuando mi propio padre extraiga y chupe lo que ha arrojado en la creación, entonces llegará su fin. Y el apóstol le dijo: Muestra, pues, ahora la naturaleza de tu padre. Y la serpiente se acercó y puso su boca sobre la herida del joven, y chupó de ella la hiel. Y poco a poco el color del joven, que era como púrpura, se tornó blanco, mas la serpiente se hinchó. Y cuando la serpiente hubo absorbido en sí toda la hiel, el joven se levantó de un salto y se puso en pie, y corrió y cayó a los pies del apóstol: mas la serpiente, hinchada, reventó y murió, y su veneno y su hiel se derramaron; y en el lugar donde se derramó su veneno se abrió un gran abismo, y aquella serpiente fue tragada en él. Y el apóstol dijo al rey y a su hermano: Tomad obreros y rellened ese lugar, y echad cimientos y edificad casas sobre ellos, para que sea morada de forasteros.

34 Mas el joven dijo al apóstol con muchas lágrimas: ¿En qué he pecado contra ti? Porque tú eres un hombre que tiene dos formas, y dondequiera que quieres, allí te hallas, y de nadie eres retenido, según veo. Pues vi a aquel varón que estaba junto a ti y te decía: Muchas maravillas tengo que mostrar por medio de ti, y grandes obras tengo que llevar a cabo por ti, por las cuales recibirás recompensa; y harás vivir a muchos, y estarán en reposo en la luz eterna como hijos de Dios. Haz tú, pues, decía, hablándote de mí,

revivir a este joven que ha sido herido por el enemigo, y sé en todo tiempo su guardián. Bien, pues, has venido aquí, y bien partirás de nuevo hacia él, y sin embargo él nunca te dejará en ningún momento. Pero yo he quedado libre de cuidado y de reproche: y él me ha alumbrado y librado del cuidado de la noche, y estoy en reposo de la fatiga del día: y estoy libre de aquel que me incitaba a obrar así, pecando contra el que me enseñaba lo contrario: y he perdido a aquel que es pariente de la noche, que me obligaba a pecar por sus propias obras, y he hallado a aquel que es de la luz, y que es mi pariente. He perdido a aquel que oscurece y ciega a los suyos para que no sepan lo que hacen y, avergonzados de sus propias obras, se aparten de él, y sus obras lleguen a su fin; y he hallado a aquel cuyas obras son luz y sus hechos verdad, las cuales si un hombre hace, no se arrepiente de ellas. Y he dejado a aquel con quien mora la mentira, y ante quien va la tiniebla como un velo, y tras el cual sigue la vergüenza, desvergonzada en su indolencia; y he hallado a aquel que me muestra cosas hermosas para que las tome, esto es, al hijo de la verdad, pariente de la concordia, que dispersa la niebla y alumbrá su propia creación, y sana sus heridas y derriba a sus enemigos. Mas te suplico, oh hombre de Dios, que me hagas verle de nuevo, y ver a aquel que ahora se me ha ocultado, para que también pueda oír su voz, cuya maravilla no soy capaz de expresar, porque no pertenece a la naturaleza de este órgano corporal.

[Antes de este discurso, el sir. (Wright) inserta uno de igual extensión, principalmente acerca del libre albedrío del hombre y su caída. Pero el palimpsesto del siglo V editado por la señora Lewis concuerda con el griego.]

35 Y el apóstol le respondió, diciendo: Si te apartas de estas cosas de que has recibido conocimiento, como has dicho, y si sabes quién es el que ha obrado esto en ti, y aprendes y te haces oyente de aquel a quien ahora buscas con ferviente amor; le verás y estarás con él para siempre, y en su reposo reposarás, y estarás en su gozo. Pero si te muestras tibio hacia él y vuelves de nuevo a tus antiguas obras, y dejas aquella hermosura y aquel rostro luminoso que ahora

te fue mostrado, y olvidas el resplandor de su luz que ahora deseas, no solo quedarás privado de esta vida, sino también de la que ha de venir, y partirás hacia aquel de quien dijiste que le habías perdido, y ya no verás más a aquel de quien dijiste que le habías hallado.

36. Y cuando el apóstol hubo dicho esto, entró en la ciudad llevando de la mano a aquel joven, y diciéndole: Estas cosas que has visto, hijo mío, son pocas entre las muchas que Dios tiene; pues él no nos da buenas nuevas acerca de estas cosas que se ven, sino que nos promete cosas mayores que estas; mas mientras estamos en el cuerpo no somos capaces de hablar ni mostrar aquellas que él ha de dar a nuestras almas. Si decimos que él nos da luz, esto es lo que se ve, y lo tenemos: y si hablamos de la riqueza, que existe y aparece en el mundo, la nombramos (hablamos de algo que está en el mundo, sir.), y no la necesitamos, porque está dicho: Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos: y si hablamos del vestido con que se cubren los que en esta vida son dados al lujo, se nombra (mencionamos algo que visten los nobles, sir.), y está dicho: Los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes. Y si de banquetes costosos, acerca de estos hemos recibido mandamiento de guardarnos, de no ser agobiados por el desenfreno y la embriaguez y los cuidados de esta vida —hablando de cosas que existen—, y está dicho: No os afanéis por vuestra vida (alma), qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis, porque más es el alma que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. Y del reposo, si hablamos de este reposo temporal, también para este está señalado juicio. Mas nosotros hablamos del mundo que está arriba, de Dios y de los ángeles, de los vigilantes y de los santos, del alimento inmortal (ambrosíaco) y de la bebida de la vida verdadera, del vestido que dura y no envejece, de las cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han entrado en el corazón del hombre pecador, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman. De estas cosas conversamos, y de estas traemos buenas nuevas. Cree tú, pues, también en él, para que vivas, y pon en él tu confianza, y no morirás. Porque él no se deja persuadir con dones, para que se los ofrezcas, ni tiene necesidad de sacrificios, para que le sacrifiques.

Mas mira tú hacia él, y él no te pasará por alto; y vuélvete a él, y él no te abandonará. Porque su hermosura y su belleza te harán desear amarle del todo: y en verdad, él no te permite apartarte.

37 Y cuando el apóstol hubo dicho estas cosas a aquel joven, se juntó a ellos una gran multitud. Y el apóstol miró y los vio alzarse en alto para verle, y subían a lugares elevados; y el apóstol les dijo: Vosotros, hombres que habéis venido a la asamblea de Cristo, y queréis creer en Jesús, tomad de esto ejemplo, y ved que si no os alzáis, no podéis verme a mí, que soy pequeño, ni sois capaces de distinguirme, siendo yo semejante a vosotros. Si, pues, no podéis verme a mí, que soy semejante a vosotros, a menos que os levantéis un poco de la tierra, ¿cómo podréis ver a aquel que mora en la altura y ahora se halla en la profundidad, a menos que primero os levantéis de vuestra antigua conducta, y de vuestras obras sin provecho, y de vuestros deseos que no permanecen, y de la riqueza que aquí se deja, y de la posesión de la tierra que envejece, y del vestido que se corrompe, y de la hermosura que envejece y se desvanece, y más aún de todo el cuerpo en que todas estas cosas están guardadas, y que envejece y se torna polvo, volviendo a su propia naturaleza? Porque es el cuerpo el que mantiene todas estas cosas. Mas creed antes en nuestro Señor Jesucristo, a quien predicamos, para que vuestra esperanza esté en él y en él tengáis vida por los siglos sin fin, para que él se haga vuestro compañero de camino en esta tierra de error, y os sea puerto seguro en este mar tempestuoso. Y él os será fuente que mana en esta tierra sedienta, y cámara llena de alimento en este lugar de los que tienen hambre, y descanso para vuestras almas, sí, y médico para vuestros cuerpos.

38 Entonces la multitud de los que allí se habían congregado, al oír estas cosas, lloró, y dijo al apóstol: Oh hombre de Dios, el Dios que tú predicas, no osamos decir que somos suyos, porque las obras que hemos hecho le son ajenas y no le son gratas; pero si él tiene compasión de nosotros y se apiada y nos salva, pasando por alto nuestras antiguas obras, y nos libra de los males que cometimos estando en error, y no nos los imputa ni hace memoria de nuestros antiguos pecados, seremos sus siervos y cumpliremos su voluntad

hasta el fin. Y el apóstol les respondió y dijo: Él no os los cuenta, ni toma en cuenta los pecados que cometisteis estando en error, sino que pasa por alto vuestras transgresiones, que hicisteis en ignorancia.

Acto IV

DEL POLLINO

39 Y mientras el apóstol aún estaba en el camino y hablaba con la multitud, vino un pollino de asna y se puso delante de él (el sir. añade: Y dijo Judas: No sin disposición de Dios ha venido aquí este pollino. Mas a ti te digo, oh pollino, que por la gracia de nuestro Señor te será dado hablar delante de estas multitudes que aquí están; y di tú lo que quieras, para que crean en el Dios de verdad que predicamos. Y la boca del pollino se abrió, y habló por el poder de nuestro Señor y le dijo) y abrió su boca y dijo: Tú, gemelo de Cristo, apóstol del Altísimo e iniciado en la palabra oculta de Cristo, que recibes sus secretos oráculos, colaborador del Hijo de Dios, que siendo libre te has hecho siervo, y siendo vendido has traído a muchos a la libertad. Tú, pariente del gran linaje que ha condenado al enemigo y redimido lo suyo, que te has hecho ocasión de vida para muchos en la tierra de los indios; pues has venido (contra tu voluntad, sir.) a hombres que estaban en error, y por tu aparición y tus palabras divinas se vuelven ahora al Dios de verdad que te envió: monta y siéntate sobre mí y reposa hasta que entres en la ciudad. Y el apóstol respondió y dijo: ¡Oh Jesucristo (Hijo), que comprendes la perfecta misericordia! ¡Oh tranquilidad y sosiego de que ahora se habla (que hablas, sir.) entre las bestias brutas! ¡Oh reposo oculto, que te manifiestas por tu obrar, Salvador nuestro y nutridor, que nos guardas y reposas en cuerpos ajenos! ¡Oh Salvador

de nuestras almas! Fuente dulce e inagotable; manantial seguro y claro y jamás contaminado; defensor y ayudador en la lucha de tus propios siervos, que apartas y ahuyentas de nosotros al enemigo, que combates por nosotros en muchas batallas y nos haces vencedores en todas; nuestro verdadero e invicto campeón (atleta); nuestro santo y victorioso capitán: glorioso, que das a los tuyos un gozo que jamás pasa, y un alivio en que no hay aflicción; buen pastor que te entregas por tus propias ovejas, y has vencido al lobo y redimido a tus propios corderos y los has llevado a buen pasto: te glorificamos y alabamos a ti y a tu Padre invisible y a tu Espíritu Santo [y a] la madre de toda la creación.

40 Y cuando el apóstol hubo dicho estas cosas, toda la multitud que allí estaba le miraba, esperando oír qué respondería al pollino. Y el apóstol permaneció largo tiempo como pasmado, y alzó los ojos al cielo y dijo al pollino: ¿De quién eres, y a quién perteneces? Pues maravillosas son las cosas que se muestran por tu boca, asombrosas y tales que están ocultas a los más. Y el pollino respondió y dijo: Soy de aquella estirpe que sirvió a Balaam, y también tu señor y maestro se sentó sobre uno que me pertenecía por linaje. Y yo también he sido enviado ahora a darte descanso sentándote sobre mí: y para que yo reciba (sir. para que estas cosas se confirmen en) la fe, y se me añada aquella porción que ahora he de recibir por el servicio con que te sirvo; y cuando te haya servido, me será quitada. Y el apóstol le dijo: Poderoso es quien te concedió este don, para hacer que se cumpla hasta el fin en ti y en los que te pertenecen por linaje: pues en cuanto a este misterio, yo soy débil e impotente. Y no quiso sentarse sobre él. Mas el pollino le rogó y suplicó que fuese bendecido por él sirviéndole. Entonces el apóstol montó sobre él y se sentó; y ellos le seguían, unos yendo delante y otros detrás, y todos corrían, deseando ver el fin, y cómo despediría al pollino.

41 Mas cuando se acercó a las puertas de la ciudad, descabalgó de él, diciendo: Vete, y sé guardado a salvo donde estabas. Y al instante el pollino cayó a tierra a los pies del apóstol y murió. Y todos los que estaban presentes se entristecieron y dijeron al apóstol: Devuélvele la vida y levántale. Mas él les respondió y dijo:

Yo, en verdad, puedo levantarlo en el nombre de Jesucristo: mas esto en todo caso conviene (o: esto no conviene en modo alguno). Porque aquel que le dio el habla para que hablase, capaz era de hacer que no muriese; y no lo levanto, no por ser incapaz, sino porque esto es lo que le conviene y le es provechoso. Y mandó a los presentes que cavasen una fosa y enterrasen su cuerpo, y ellos hicieron como se les mandó.

Acto V

DEL DEMONIO QUE MORÓ EN LA MUJER

42 Y el apóstol entró en la ciudad, y toda la multitud le siguió. Y pensó ir a los padres del joven a quien había vuelto a la vida cuando fue muerto por la serpiente, pues estos le rogaban encarecidamente que fuese a ellos y entrase en su casa. Mas una mujer hermosísima lanzó de repente un grito muy grande, diciendo: Oh apóstol del Dios nuevo, que has venido a la India, y siervo de aquel Dios santo y único bueno; pues por ti es predicado él, el Salvador de las almas que a él se allegan, y por ti son sanados los cuerpos de los que son atormentados por el enemigo, y tú eres el que te has hecho ocasión de vida para todos los que a él se vuelven: manda que sea traída ante ti, para que te cuente lo que me ha acontecido, y quizá por ti tenga esperanza, y estos que junto a ti están cobren mayor confianza en el Dios que tú predicas. Pues no soy poco atormentada por el adversario desde hace ya cinco años [un manuscrito griego: Y el apóstol le mandó venir a él, y la mujer se puso delante de él y dijo: Yo, oh siervo de aquel que verdaderamente es Dios, soy una mujer: los demás manuscritos dicen, Como una mujer], estaba yo sentada al principio en quietud, y la paz me rodeaba por todas partes, y de nada tenía cuidado, pues no me preocupaba de ninguna otra cosa. 43 Y aconteció un día que, saliendo yo del baño, me salió al encuentro un hombre turbado y agitado, y su voz y su habla me parecieron sumamente débiles y confusas; y se puso delante de mí y

dijo: Yo y tú estaremos en un mismo amor, y tendremos trato juntos como varón con su mujer. Y yo le respondí y le dije: Nunca tuve trato con mi prometido, pues rehusé casarme, ¿y cómo he de entregarme a ti, que quisieras tener trato conmigo de manera adúltera? Y habiendo dicho esto, seguí mi camino, y dije a mi criada que estaba conmigo: ¿Viste a aquel joven y su desvergüenza, con qué osadía me habló, y sin ninguna vergüenza? Mas ella me dijo: Yo vi a un anciano que te hablaba. Y cuando estuve en mi casa y hube cenado, mi alma me sugirió cierta sospecha, sobre todo porque le había visto en dos formas; y teniendo esto en la mente, me dormí. Vino, pues, aquella noche, y se unió a mí en su inmundo comercio. Y cuando amaneció le vi y huí de él, y en la noche siguiente vino de nuevo y abusó de mí; y ahora, tal como me ves, llevo cinco años atormentada por él, y no se ha apartado de mí. Mas sé y estoy persuadida de que tanto los demonios como los espíritus y los destructores te están sujetos y se llenan de temblor ante tus oraciones: ora, pues, por mí, y aparta de mí al demonio que sin cesar me atormenta, para que yo también sea liberada y reunida a la naturaleza que es mía desde el principio, y reciba la gracia que ha sido dada a los míos.

44 Y el apóstol dijo: ¡Oh mal que no puede ser refrenado! ¡Oh desvergüenza del enemigo! ¡Oh envidioso que nunca estás en reposo! ¡Oh horrendo que sojuzgas a los hermosos! ¡Oh tú, el de muchas formas! Como quiere, así aparece, mas su esencia no puede ser cambiada. ¡Oh el astuto y desleal! ¡Oh árbol amargo, cuyos frutos son semejantes a él! ¡Oh demonio que vences a los que le son ajenos! ¡Oh engaño que se sirve del descaro! ¡Oh maldad que se arrastra como serpiente, y que es de su linaje! (El sir. añade erróneamente una cláusula que manda al demonio mostrarse.) Y cuando el apóstol dijo esto, el maligno vino y se puso delante de él, sin que nadie le viese salvo la mujer y el apóstol, y con voz sumamente fuerte dijo, en oídos de todos: 45 ¿Qué tenemos que ver contigo, apóstol del Altísimo? ¿Qué tenemos que ver contigo, siervo de Jesucristo? ¿Qué tenemos que ver contigo, consejero del santo Hijo de Dios? ¿Por qué quieres destruirnos, cuando aún no ha

llegado nuestro tiempo? ¿Por qué quieres quitarnos nuestro poder? Pues hasta esta hora teníamos esperanza y tiempo que nos restaba. ¿Qué tenemos que ver contigo? Tú tienes poder sobre lo tuyo, y nosotros sobre lo nuestro. ¿Por qué quieres obrar tiránicamente contra nosotros, cuando tú mismo enseñas a otros a no obrar tiránicamente? ¿Por qué codicias los bienes ajenos y no te bastas con los tuyos? ¿Por qué te has hecho semejante al Hijo de Dios, que nos ha hecho agravio? Pues te asemejas del todo a él, como si de él hubieras nacido. Porque pensábamos someterle bajo el yugo, como a los demás, mas él se volvió y nos hizo sujetos a él: pues no le conocíamos; pero nos engañó con su forma de toda fealdad y su pobreza y su indigencia: pues al verle tal, pensamos que era un hombre revestido de carne, y no supimos que es él quien da vida a los hombres. Y él nos dio poder sobre los nuestros, para que en este tiempo presente no los dejásemos, sino que anduviésemos en ellos: mas tú quieres obtener más de lo que te es debido y de lo que te fue dado, y afligirnos del todo.

46 Y habiendo dicho esto, el demonio lloró, diciendo: Te dejo, mi hermosísima consorte, a quien hace tiempo hallé y en quien reposé; te abandono, mi fiel hermana, mi amada en quien me complací. No sé qué he de hacer, ni a quién he de llamar para que me oiga y me ayude. Sé lo que haré: partiré a algún lugar donde no se haya oído la fama de este hombre, y quizá te llame, amada mía, con otro nombre (sir. hallaré para ti, mi amada, una sustituta). Y alzó su voz y dijo: Permanece en paz, pues te has acogido a uno mayor que yo, mas yo partiré y buscaré a una como tú, y si no la hallo, volveré de nuevo a ti: porque sé que mientras estés cerca de este hombre tendrás en él refugio, mas cuando él se aparte, serás tal como eras antes de que él apareciese, y le olvidarás, y yo tendré ocasión y confianza: mas ahora temo el nombre de quien te ha salvado. Y habiendo dicho esto, el demonio desapareció de la vista: solo cuando se marchó se vieron allí fuego y humo, y todos los que allí estaban quedaron pasmados.

47 Y el apóstol, al verlo, les dijo: Este demonio no ha mostrado nada que le sea ajeno o extraño, sino su propia naturaleza, en la

cual también será consumido, pues en verdad el fuego le destruirá del todo y su humo será disipado. Y comenzó a decir:

Jesús, misterio oculto que nos ha sido revelado, tú eres el que nos has mostrado muchos misterios; tú que me llamaste aparte de todos mis compañeros y me hablaste tres (una, sir.) palabras con que estoy inflamado, y que no soy capaz de decir a otros. ¡Jesús, hombre que fuiste muerto, sepultado! ¡Jesús, Dios de Dios, Salvador que vivificas a los muertos y sanas a los enfermos! Jesús, que estuviste necesitado como un pobre y salvas como quien no tiene necesidad, que pescaste el pez para el desayuno y la cena, y saciaste a todos con un poco de pan. Jesús, que descansaste de la fatiga del camino como un hombre, y anduviste sobre las olas como un Dios. 48 Jesús altísimo, voz que surge de la perfecta misericordia, Salvador de todos, diestra de la luz, que derribas al maligno en su propia naturaleza, y reúnes toda su naturaleza en un solo lugar; tú, el de muchas formas, unigénito, primogénito de muchos hermanos, Dios del Dios Altísimo, hombre despreciado hasta ahora (sir. y humilde). Jesucristo, que no nos abandonas cuando te invocamos, que te has hecho ocasión de vida para todo el género humano, que por nosotros fuiste juzgado y encerrado en prisión, y sueltas a todos los que están en cadenas, que fuiste llamado engañador y redimes a los tuyos del error: te suplico por estos que aquí están y creen en ti, pues imploran alcanzar tus dones, teniendo buena esperanza en tu ayuda, y teniendo su refugio en tu grandeza; tienen su oído dispuesto para escuchar las palabras que por nosotros son dichas. Venga tu paz y more en ellos, y renuévalos de sus antiguas obras, y despójense del hombre viejo con sus obras, y vístanse del nuevo que ahora les es anunciado por mí.

49 Y puso sobre ellos las manos y los bendijo, diciendo: La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea sobre vosotros para siempre. Y ellos dijeron: Amén. Y la mujer le rogó, diciendo: Oh apóstol del Altísimo, dame el sello, para que aquel enemigo no vuelva más a mí. Entonces la hizo acercarse a él (el sir.: fue a un río que estaba cerca de allí), y puso sobre ella las manos y la selló en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y también muchos otros fueron

sellados con ella. Y el apóstol mandó a su ministro (diácono) que dispusiese una mesa; y este dispuso un escabel que hallaron allí, y extendió sobre él un lienzo de lino y puso encima el pan de bendición; y el apóstol se puso junto a él y dijo: Jesús, que nos has hecho dignos de participar de la eucaristía de tu santo cuerpo y sangre, he aquí que nos atrevemos a acercarnos a tu eucaristía y a invocar tu santo nombre: ven tú y comulga con nosotros (el sir. añade más).

50 Y comenzó a decir: Ven, oh compasión perfecta, ven, oh comunión del varón, ven, tú que conoces los misterios del que es escogido, ven, tú que tienes parte en todos los combates del noble campeón (atleta), ven, silencio que revela las grandes cosas de toda la grandeza, ven, tú que manifiestas las cosas ocultas y haces claras las cosas inefables, paloma santa que lleva las crías gemelas, ven, madre oculta, ven, tú que te manifiestas en tus obras y das gozo y reposo a los que a ti se unen: ven y comulga con nosotros en esta eucaristía que celebramos en tu nombre y en el ágape en que estamos reunidos por tu llamada. (El sir. tiene otras cláusulas y no pocas variantes.) Y habiendo dicho esto, trazó la cruz sobre el pan, y lo partió, y comenzó a repartirlo. Y primero lo dio a la mujer, diciendo: Esto te será para remisión de pecados y de las transgresiones eternas (sir. y para la resurrección eterna). Y después de ella lo dio también a todos los demás que habían recibido el sello (el sir. añade y les dijo: Sea esta eucaristía para vosotros vida y reposo, y no para juicio ni venganza. Y ellos dijeron: Amén. Cf. 29 fin.).

Acto VI

DEL JOVEN QUE MATÓ A LA MUJER

51 Había entonces un joven que había cometido un hecho abominable, y se acercó y recibió con su boca de la eucaristía: mas sus dos manos se secaron, de modo que ya no podía llevarlas a su propia boca. Y los que allí estaban le vieron y contaron al apóstol lo que había acontecido; y el apóstol le llamó y le dijo: Dime, hijo mío, y no te avergüences, ¿qué hiciste, y a qué viniste aquí? Pues la eucaristía del Señor te ha reprendido. Porque este don que pasa entre muchos, más bien sana a los que con fe y amor se acercan a él, pero a ti te ha secado; y lo que ha acontecido no ha sucedido sin alguna causa eficaz. Y el joven, reprendido por la eucaristía del Señor, vino y cayó a los pies del apóstol y le suplicó, diciendo: He cometido un mal hecho, mas pensé hacer algo bueno. Estaba enamorado de una mujer que mora en una posada fuera de la ciudad, y ella también me amaba; y cuando oí hablar de ti y creí que anunciabas a un Dios vivo, vine y recibí de ti el sello con los demás; pues tú decías: Cualquiera que participe en la unión impura, y especialmente en el adulterio, no tendrá vida con el Dios que yo predico. Y como yo la amaba mucho, le rogué y quise persuadirla de que fuese mi compañera en castidad y pura conducta, como tú también enseñas: mas ella no quiso. Y como no consintió, tomé una espada y la maté: porque no pude soportar verla cometer adulterio con otro hombre.

52 Cuando el apóstol oyó esto, dijo: ¡Oh insensata unión, cómo corres a la desvergüenza! ¡Oh lujuria desenfrenada, cómo has incitado a este hombre a hacer esto! ¡Oh obra de la serpiente, cómo te enfureces contra los tuyos! Y el apóstol mandó que le trajesen agua en una jofaina; y cuando el agua fue traída, dijo: Venid, aguas de las aguas vivas, que nos fueron enviadas, las verdaderas de las verdaderas, el reposo que nos fue enviado del reposo, el poder de salvación que procede de aquel poder que vence todas las cosas y las somete a su propia voluntad: venid y morad en estas aguas, para que el don del Espíritu Santo sea perfectamente consumado en ellas. Y dijo al joven: Ve, lava tus manos en estas aguas. Y cuando las hubo lavado, fueron restauradas; y el apóstol le dijo: ¿Crees en nuestro Señor Jesucristo, que es poderoso para hacer todas las cosas? Y él dijo: Aunque soy el menor, con todo creo. Mas cometí este hecho pensando que hacía algo bueno: pues le rogué, como te dije, mas ella no quiso obedecerme, guardándose casta.

53 Y el apóstol le dijo: Ven, vayamos a la posada donde cometiste este hecho. Y el joven fue delante del apóstol por el camino; y cuando llegaron a la posada, la hallaron yacente, muerta. Y el apóstol, al verla, se entristeció, pues era una joven hermosa. Y mandó que fuese traída al centro de la posada: y la pusieron sobre un lecho y la sacaron y la colocaron en medio del patio de la posada. Y el apóstol puso su mano sobre ella y comenzó a decir: Jesús, que siempre te muestras a nosotros —pues esta es tu voluntad, que en todo tiempo te busquemos, y tú mismo nos has dado este poder, de pedir y de recibir, y no solo lo has permitido, sino que nos has enseñado a orar—; que no eres visto por nuestros ojos corporales, mas nunca estás oculto a los ojos de nuestra alma, y en tu aspecto estás escondido, mas en tus obras te manifiestas a nosotros: y en tus muchos hechos te hemos conocido en cuanto nos es posible, y tú mismo nos has dado tus dones sin medida, diciendo: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá: te suplicamos, pues, teniendo el temor (la sospecha) de nuestros pecados; y no te pedimos riquezas, ni oro, ni plata, ni posesiones, ni ninguna otra cosa de las que vienen de la tierra y a la tierra vuelven; mas esto te

pedimos y te suplicamos, que en tu santo nombre levantes a esta mujer que aquí yace, por tu poder, para gloria y fe de los que aquí presentes están.

54 Y dijo al joven (el sir.: Dirige tu mente hacia nuestro Señor, y le marcó con la cruz), habiéndole marcado (sellado): Ve y toma su mano y dile: Yo con mis manos te maté con hierro, y con mis manos, en la fe de Jesús, te levanto. Fue, pues, el joven hacia ella y se puso a su lado, diciendo: He creído en ti, Cristo Jesús. Y miró a Judas Tomás el apóstol y le dijo: Ora por mí, para que mi Señor venga en mi ayuda, a quien yo también invoco. Y puso su mano sobre la mano de ella y dijo: Ven, Señor Jesucristo: concédele a ella vida, y a mí las arras de la fe en ti. Y al instante, cuando le tomó la mano, ella se irguió de un salto y se sentó, mirando a la gran compañía que estaba presente. Y vio también al apóstol de pie frente a ella, y dejando el lecho, saltó y cayó a sus pies y se asió de su vestidura, diciendo: Te suplico, señor mío, ¿dónde está aquel otro que estaba contigo, que no me dejó permanecer en aquel lugar temible y cruel, sino que me entregó a ti, diciendo: Toma tú a esta mujer, para que sea hecha perfecta, y en adelante sea reunida a su lugar?

55 Y el apóstol le dijo: Cuéntanos dónde has estado. Y ella respondió: ¿Deseas oír a aquel que estuvo conmigo y a quien fui entregada? Y comenzó a decir: Un hombre me tomó, odioso de ver, todo negro, y su vestidura sumamente sucia, y me llevó a un lugar donde había muchos pozos (abismos), y de allí salía un gran hedor y un olor odioso. Y me hizo mirar dentro de cada pozo, y vi en el (primer) pozo fuego llameante, y ruedas de fuego que giraban allí, y almas colgadas de aquellas ruedas, y que se estrellaban (rompían) unas contra otras; y había allí un llanto y un aullido grandísimo, y no había quien las librase. Y aquel hombre me dijo: Estas almas son de tu tribu, y cuando se cumple el número de sus días (lit. en los días del número) son (fueron) entregadas a tormento y aflicción, y entonces otras son traídas en su lugar, y así estas a otro lugar. Estas son las que han invertido el comercio del varón y de la mujer. Y miré y vi niños amontonados unos sobre otros y luchando entre sí

mientras yacían sobre ellos. Y él me respondió y dijo: Estos son los hijos de aquellos otros, y por eso están puestos aquí por testimonio contra ellos. (El sir. omite esta cláusula de los niños, y alarga y diluye el discurso precedente.)

56 Y me llevó a otro pozo, y me incliné y miré, y vi cieno y gusanos que brotaban, y almas que allí se revolcaban, y de ellas se oía un gran crujir de dientes. Y aquel hombre me dijo: Estas son las almas de las mujeres que abandonaron a sus maridos y cometieron adulterio con otros, y son traídas a este tormento. Me mostró otro pozo, dentro del cual me incliné y miré, y vi almas colgadas, unas por la lengua, otras por el cabello, otras por las manos, y otras cabeza abajo por los pies, y atormentadas (ahumadas) con humo y azufre; acerca de las cuales aquel hombre que estaba conmigo me respondió: Las almas que están colgadas por la lengua son las calumniadoras, que profirieron palabras mentirosas y vergonzosas, y no se avergonzaron; y las que están colgadas por el cabello son las desvergonzadas, que no tuvieron pudor y anduvieron por el mundo con la cabeza descubierta; y las que están colgadas por las manos, estas son las que tomaron y robaron los bienes ajenos, y jamás dieron nada al necesitado ni socorrieron al afligido, sino que obraron así, deseando tomarlo todo, y no tuvieron ningún cuidado de la justicia ni de la ley; y las que cuelgan cabeza abajo por los pies, estas son las que corrieron ligera y prontamente por malos caminos y sendas desordenadas, no visitando a los enfermos ni acompañando a los que parten de esta vida, y por eso cada alma recibe lo que por ella misma fue hecho. (El sir. omite casi toda la sección.)

57 De nuevo me tomó y me mostró una caverna sumamente oscura, que exhalaba un gran hedor, y muchas almas se asomaban deseando tomar algo de aire, mas sus guardianes no las dejaban asomarse. Y aquel que estaba conmigo dijo: Esta es la prisión de aquellas almas que has visto: pues cuando han cumplido sus tormentos por lo que cada una hizo, entonces otras les suceden: y hay algunas que son consumidas del todo, y (algunas, sir.) que son entregadas a otros tormentos. Y los que guardaban a las almas que

estaban en la caverna oscura dijeron al hombre que me había tomado: Dánosla, para que la traigamos al descanso hasta que llegue el tiempo de que sea entregada al tormento. Mas él les respondió: No os la doy, pues temo a aquel que me la entregó: porque no se me encargó dejarla aquí, sino que la llevo de nuevo conmigo hasta que reciba orden acerca de ella. Y él

me tomó y me llevó a otro lugar donde había hombres atormentados duramente (el sir.: donde había hombres). Y aquel que era semejante a ti me tomó y me entregó a ti, diciéndote así: Toma a esta, porque es una de las ovejas que se han descarriado. Y fui tomada por ti, y ahora estoy delante de ti. Te ruego, pues, y te suplico que no tenga que ir a aquellos lugares de castigo que he visto.

58 Y el apóstol dijo: Habéis oído lo que esta mujer ha relatado: y no son estos tormentos los únicos, sino que hay otros también, peores que estos; y vosotros, si no os volvéis a este Dios que yo predico, y no os apartáis de vuestras obras pasadas y de los hechos que cometisteis sin conocimiento, tendréis vuestro fin en esos tormentos. Creed, pues, en Cristo Jesús, y él os perdonará los pecados que hasta ahora habéis cometido, y os limpiará de todas las concupiscencias de vuestro cuerpo que moran en la tierra, y os sanará de todas vuestras transgresiones, que os siguen y parten con vosotros y se hallan sobre (delante de) vosotros. Despojaos, pues, cada uno de vosotros, del hombre viejo, y vestíos del nuevo, y abandonad vuestro antiguo proceder y conversación; y el que robó, no robe ya más, sino que viva trabajando y labrando; y no fornicar más el adúltero, para que no se entregue a sí mismo al tormento eterno; porque el adulterio es ante Dios sobremanera malo, más que los demás pecados. Y apartad de vosotros la codicia y la mentira y la embriaguez y la maledicencia, y no devolváis mal por mal: porque todas estas cosas son extrañas y ajenas al Dios que por mí es predicado: antes bien, andad en fe y mansedumbre y santidad y esperanza, en las cuales se deleita Dios, para que lleguéis a ser suyos, esperando de él los dones que solo unos pocos reciben.

59 Creyeron, pues, todos los del pueblo y entregaron sus almas obedientemente al Dios vivo y a Cristo Jesús, gozándose en las obras benditas del Altísimo y en su santo servicio. Y trajeron mucho dinero para el servicio de las viudas: porque el apóstol las tenía reunidas en las ciudades, y a todas ellas les enviaba provisión por medio de sus propios ministros (diáconos), tanto vestidos como alimento. Y él mismo no cesaba de predicarles y hablarles, y de mostrarles que este es Jesucristo, a quien las Escrituras anunciaron, que vino y fue crucificado, y resucitó al tercer día de entre los muertos. Y luego les mostraba claramente, comenzando por los profetas, las cosas que se refieren al Cristo, que era necesario que él viniese, y que en él se cumpliesen todas las cosas que de él fueron predichas. Y su fama se extendió por todas las ciudades y comarcas, y todos los que tenían enfermos, o los que eran oprimidos por espíritus inmundos, los traían, y a algunos los ponían en el camino por donde él había de pasar, y él los sanaba a todos por el poder del Señor. Entonces todos los que por él fueron sanados dijeron a una voz: Gloria a ti, Jesús, que nos has concedido a todos por igual la sanidad por medio de tu siervo y apóstol Tomás. Y ahora, estando sanos y gozosos, te suplicamos que seamos de tu rebaño y contados entre tus ovejas; recíbenos, pues, Señor, y no nos imputes nuestras transgresiones ni nuestras faltas pasadas, que cometimos estando en la ignorancia.

60 Y el apóstol dijo: ¡Gloria al unigénito del Padre! ¡Gloria al primogénito de muchos hermanos! ¡Gloria a ti, defensor y ayudador de los que vienen a tu refugio!, que no duermes, y despiertas a los que duermen, que vives y das vida a los que yacen en la muerte. Oh Dios, Jesucristo, Hijo del Dios vivo, redentor y ayudador, refugio y descanso de todos los que se fatigan (trabajan) en tu obra, dador de sanidad a los que por causa de tu nombre llevan la carga y el calor del día: te damos gracias por los dones que nos son dados por ti y concedidos por tu ayuda y por tu dispensación, que a nosotros viene de ti.

61 Perfecciona, pues, estas cosas en nosotros hasta el fin, para que tengamos la osadía que hay en ti: mira por nosotros, porque por

tu causa hemos dejado nuestras casas y nuestros padres, y por tu causa nos hemos hecho extraños de buen grado y con alegría: mira por nosotros, Señor, porque hemos dejado nuestras propias posesiones por tu causa, para ganarte a ti, posesión que no puede sernos arrebatada: mira por nosotros, Señor, porque hemos dejado a los que nos pertenecen por linaje, para ser unidos a tu parentesco: mira por nosotros, Señor, que hemos dejado a nuestros padres y madres y ayos, para contemplar a tu Padre, y saciarnos de su alimento divino: mira por nosotros, Señor, porque por tu causa hemos dejado a nuestros consortes corporales y nuestros frutos terrenales, para ser partícipes de aquella comunión duradera y verdadera, y dar frutos verdaderos, cuya naturaleza es de lo alto, que nadie puede arrebatarnos, con los cuales hemos de permanecer y que han de permanecer con nosotros.

Acto VII

DEL CAPITÁN

62 Mientras el apóstol Tomás proclamaba por toda la India la palabra de Dios, cierto capitán del rey Misdeo (Mazdai, sir.) vino a él y le dijo: He oído de ti que no recibes recompensa de ningún hombre, sino que aun lo que tienes lo das a los que tienen necesidad. Porque si recibieras recompensas, yo te habría enviado una gran suma, y no habría venido yo mismo, pues el rey nada hace sin mí: porque tengo mucha hacienda y soy rico, aun uno de los hombres ricos de la India. Y nunca hice mal a nadie; mas lo contrario me ha acontecido a mí. Tengo una esposa, y de ella tuve una hija, y le tengo mucho afecto, como también la naturaleza lo exige, y nunca hice prueba de otra esposa. Sucedió, pues, que hubo una boda en nuestra ciudad, y los que celebraban el convite de bodas eran muy amados por mí: vinieron, pues, y me invitaron a ella, invitando también a mi esposa y a su hija. Y como eran buenos amigos míos, no pude rehusar: la envié, pues, aunque ella no deseaba ir, y con ellas envié también a muchos siervos: así partieron, ella y su hija, adornadas con muchos ornamentos.

63 Y cuando llegó la tarde y era la hora de partir de la boda, envié lámparas y antorchas a su encuentro: y yo me quedé en la calle para atisbar cuándo llegaría ella, y verla junto con mi hija. Y estando así, oí una voz de lamentación. ¡Ay de ella!, se oía de toda boca. Y mis siervos, con sus vestidos rasgados, vinieron a mí y me contaron lo

que había sucedido. Vimos, dijeron, a un hombre y a un muchacho con él. Y el hombre puso su mano sobre tu esposa, y el muchacho sobre tu hija: y ellas huyeron de ellos: y los herimos con nuestras espadas, mas nuestras espadas cayeron a tierra. Y en la misma hora las mujeres cayeron, rechinando los dientes y golpeando sus cabezas contra la tierra; y viendo esto, vinimos a decírtelo. Y cuando oí esto de mis siervos, rasgué mis vestidos y golpeé mi rostro con mis manos, y, como enloquecido, corrí por la calle, y vine y las hallé caídas en la plaza; y las tomé y las llevé a mi casa, y después de largo tiempo despertaron y se levantaron, y se sentaron.

64 Comencé, pues, a preguntar a mi esposa: ¿Qué es lo que te ha sucedido? Y ella me dijo: ¿No sabes lo que me has hecho? Pues te rogué que no me hicieras ir a la boda, porque no estaba del todo sana de cuerpo; y mientras iba por el camino y me acercaba al acueducto por donde corre el agua, vi a un hombre negro de pie frente a mí, que me hacía señas con la cabeza, y a un muchacho semejante a él a su lado; y dije a mi hija: Mira a esos dos hombres horribles, cuyos dientes son como leche y sus labios como hollín. Y los dejamos y fuimos hacia el acueducto; y cuando se puso el sol y salimos de la boda, al pasar con los jóvenes y acercarnos al acueducto, mi hija los vio primero, y se espantó y huyó hacia mí; y tras ella los vi yo también venir contra nosotras: y los siervos que estaban con nosotras huyeron de ellos (sir.), y nos golpearon, y nos derribaron a mí y a mi hija. Y cuando ella me hubo contado estas cosas, los demonios vinieron sobre ellas de nuevo y las derribaron: y desde aquella hora no pueden salir, sino que están encerradas en un cuarto, o en un segundo (sir.: en un cuarto dentro de otro): y por causa de ellas sufro mucho, y estoy afligido: porque los demonios las derriban dondequiera que las hallan, y las despojan desnudas. Te ruego y te suplico delante de Dios que me ayudes y tengas piedad de mí, pues hace ya tres años que no se pone mesa en mi casa, y mi esposa y mi hija no se han sentado a una mesa: y sobre todo por mi desdichada hija, que no ha visto ningún bien en absoluto en este mundo.

65 Y el apóstol, oyendo estas cosas del capitán, se afligió grandemente por él, y le dijo: ¿Crees que Jesús las sanará? Y el capitán dijo: Sí. Y el apóstol dijo: Encomiéndate, pues, a Jesús, y él las sanará y les procurará socorro. Y el capitán dijo: Muéstramelo, para que le suplique y crea en él. Y el apóstol dijo: No se aparece a estos ojos corporales, mas se halla por los ojos de la mente. Entonces el capitán alzó su voz y dijo: Creo en ti, Jesús, y te suplico y te ruego, ayuda a mi poca fe que tengo en ti. Y el apóstol mandó a Jenofonte (sir. Jantipo) el diácono que reuniese a todos los hermanos; y cuando toda la multitud estuvo reunida, el apóstol se puso en medio y dijo:

66 Hijos y hermanos que habéis creído en el Señor, permaneced en esta fe, predicando a Jesús, que os fue anunciado por mí, para traeros esperanza en él; y no le abandonéis (no seáis abandonados por él), y él no os abandonará. Mientras dormís en este sueño que abrumba a los que duermen, él, que no duerme, vela sobre vosotros; y cuando navegáis y estáis en peligro y nadie puede socorreros, él, andando sobre las aguas, os sostiene y os ayuda. Porque yo me aparto ahora de vosotros, y no se sabe si volveré a veros según la carne. No seáis, pues, como el pueblo de Israel, que, perdiendo de vista a sus pastores por una hora, tropezó. Mas os dejo en mi lugar a Jenofonte el diácono; porque él también, como yo, proclama a Jesús: porque ni yo soy nada, ni él, sino solo Jesús; porque yo también soy un hombre vestido de cuerpo, un hijo de hombre como uno de vosotros; porque tampoco tengo riquezas como se hallan en algunos, las cuales también condenan a quienes las poseen, siendo del todo inútiles, y quedan atrás en la tierra, de donde también vinieron, y se llevan consigo las transgresiones y manchas de los pecados que a los hombres sobrevienen por su causa. Y escasamente se hallan ricos que den limosna: mas los misericordiosos y humildes de corazón, estos heredarán el reino de Dios: porque no es la hermosura lo que permanece con los hombres, pues los que en ella confían, cuando la vejez les sobreviene, de repente quedarán avergonzados: todas las cosas, pues, tienen su tiempo; en su sazón son amadas y aborrecidas. Sea, pues, vuestra

esperanza en Jesucristo, el Hijo de Dios, que es amado siempre, y siempre deseado: y acordaos de nosotros, como nosotros de vosotros: porque también nosotros, si no cumplimos la carga de los mandamientos, no somos dignos de ser predicadores de este nombre, y en adelante pagaremos el precio (castigo) de nuestra propia cabeza.

67 Y oró con ellos y permaneció con ellos largo tiempo en oración y súplica, y encomendándolos al Señor, dijo: Oh Señor, que gobiernas sobre toda alma que está en el cuerpo; Señor, Padre de las almas que tienen en ti su esperanza y aguardan tus misericordias: que redimes del error a los hombres que son tuyos, y libras de servidumbre y corrupción a tus súbditos que vienen a tu refugio: sé tú en el rebaño de Jenofonte, y úngelo con óleo santo, y sánalo de sus llagas, y presérvalo de los lobos rapaces. Y puso su mano sobre ellos y dijo: La paz del Señor sea sobre vosotros y nos acompañe en el camino.

Acto VIII

DE LOS ASNOS SALVAJES

68 Salió, pues, el apóstol para partir de camino: y todos le acompañaron, llorando y conjurándole que hiciese memoria de ellos en sus oraciones y no los olvidase. Subió entonces y se sentó en el carro, dejando a todos los hermanos, y el capitán vino y despertó al conductor, diciendo: Ruego y suplico que sea hallado digno de sentarme a sus pies, y seré yo su conductor en este camino, para que él también sea mi guía en aquel camino por donde pocos van.

69 Y cuando hubieron caminado como dos millas, el apóstol rogó al capitán y le hizo levantarse y sentarse junto a sí, dejando que el conductor se sentara en su propio lugar. Y mientras iban por el camino, sucedió que las bestias se cansaron por el gran calor y no podían moverse en absoluto. Y el capitán se afligió grandemente y quedó del todo abatido, y pensó correr él mismo a pie y traer otras bestias para el uso del carro; mas el apóstol dijo: No se turbe ni se espante tu corazón, sino cree en Jesucristo, a quien te he anunciado, y verás grandes maravillas. Y miró y vio una manada de asnos salvajes que pacían junto al camino, y dijo al capitán: Si has creído en Cristo Jesús, ve a esa manada de asnos salvajes y diles: Judas Tomás, el apóstol de Cristo el Dios nuevo, os dice: Venid cuatro de vosotros, de los cuales tenemos necesidad (o, de los cuales podamos servirnos).

70 Y el capitán fue con temor, porque eran muchos; y mientras iba, ellos vinieron a su encuentro; y cuando estuvieron cerca, les dijo: Judas Tomás, el apóstol del Dios nuevo, os manda: Venid cuatro de vosotros, de los cuales tengo necesidad. Y cuando los asnos salvajes lo oyeron, corrieron a una y vinieron a él, y cuando llegaron le hicieron reverencia. [El sir. tiene una larga oración: Y Judas Tomás, el apóstol de nuestro Señor, alzó su voz en alabanza y dijo: Glorioso eres tú, Dios de verdad y Señor de todas las naturalezas, porque quisiste con tu voluntad, e hiciste todas tus obras y acabaste todas tus criaturas, y las llevaste a la regla de su naturaleza, y pusiste sobre ellas todo tu temor, para que fuesen sujetas a tu mandato. Y tu voluntad recorrió el camino desde tu secreto hasta la manifestación, y cuidaba de toda alma que hiciste, y fue anunciada por boca de todos los profetas, en todas las visiones y sonidos y voces; mas Israel no obedeció, por causa de su mala inclinación. Y tú, porque eres Señor de todo, tienes cuidado de las criaturas, de modo que derramas sobre nosotros tu misericordia en aquel que vino por tu voluntad y se revistió del cuerpo, tu criatura, que quisiste y formaste según tu gloriosa sabiduría. A aquel a quien designaste en tu secreto y estableciste en tu manifestación, a él le has dado el nombre de Hijo, él que era tu voluntad, el poder de tu pensamiento; de modo que sois por varios nombres el Padre y el Hijo y el Espíritu, por causa del gobierno de tus criaturas, para el sustento de todas las naturalezas, y sois uno en gloria y poder y voluntad; y estáis divididos sin ser separados, y sois uno aunque divididos; y todo subsiste en ti y a ti está sujeto, porque todo es tuyo. Y yo confío en ti, Señor, y por tu mandato he sujetado a estas bestias mudas, para que muestres tu poder de servicio sobre nosotros y sobre ellas, porque es necesario, y para que tu nombre sea glorificado en nosotros y en las bestias que no pueden hablar.] Y el apóstol les dijo: La paz sea con vosotros. Uncíos cuatro de vosotros en lugar de estas bestias que se han detenido. Y cada uno de ellos vino y porfió por ser uncido: había entonces cuatro más fuertes que los demás, los cuales fueron uncidos. Y los demás, unos iban delante y otros seguían detrás. Y cuando hubieron caminado un poco, despidió a los pollinos, diciendo: Os digo a vosotros,

moradores del desierto, partid a vuestros pastos, porque si hubiera tenido necesidad de todos, todos habríais venido conmigo; mas ahora id a vuestro lugar donde moráis. Y ellos se fueron quietamente hasta que no fueron vistos más.

71 Y mientras el apóstol y el capitán y el conductor seguían adelante, los asnos salvajes tiraban del carro quieta y suavemente, para no perturbar al apóstol de Dios. Y cuando se acercaron a la puerta de la ciudad, se apartaron y se detuvieron ante las puertas de la casa del capitán. Y el capitán dijo: No me es posible relatar lo que ha sucedido, mas cuando vea el fin lo contaré. Toda la ciudad, pues, vino a ver a los asnos salvajes bajo el yugo; y habían oído también la noticia del apóstol, que había de venir a visitarlos. Y el apóstol preguntó al capitán: ¿Dónde está tu morada, y adónde nos llevas? Y él le dijo: Tú mismo sabes que estamos ante las puertas, y estos que por tu mandato han venido contigo lo saben mejor que yo.

72 Y habiendo dicho esto, descendió del carro. Comenzó, pues, el apóstol a decir: Jesucristo, que eres blasfemado por la ignorancia de ti en este país; Jesús, cuya fama es extraña en esta ciudad; Jesús, que recibes a todos (sir.: envías por delante) los apóstoles en todo país y en toda ciudad, y todos los tuyos que son dignos son glorificados en ti; Jesús, que tomaste forma y te hiciste como hombre, y fuiste visto de todos nosotros, para no separarnos de tu propio amor: tú, Señor, eres el que te diste a ti mismo por nosotros, y con tu sangre nos has comprado y ganado como posesión de gran precio: ¿y qué tenemos nosotros que darte, Señor, a cambio de tu vida, que diste por nosotros? porque lo que nosotros queríamos dar, tú nos lo diste: y esto es, que te supliquemos y vivamos.

73 Y cuando hubo dicho esto, se congregaron muchos de todas partes para ver al apóstol del Dios nuevo. Y de nuevo el apóstol dijo: ¿Por qué estamos ociosos? Jesús, Señor, la hora ha llegado: ¿qué quieres que se haga? Manda, pues, que se cumpla lo que es necesario hacer. Estaban, pues, la esposa del capitán y su hija gravemente abatidas por los demonios, de modo que los de la casa

pensaban que ya no se levantarían más: porque no les permitían participar de nada, sino que las derribaban sobre sus lechos, sin reconocer a nadie hasta aquel día en que el apóstol llegó allí. Y el apóstol dijo a uno de los asnos salvajes que estaban uncidos a la derecha: Entra por la puerta, y ponte allí, y llama a los demonios, y diles: Judas Tomás, el apóstol y discípulo de Jesucristo, os dice: Salid aquí fuera: porque por causa vuestra soy enviado, y de los que a vosotros pertenecen por linaje, para destruirlos y expulsaros a vuestro lugar, hasta que llegue el tiempo del fin y descendáis a vuestro propio abismo de tinieblas.

74 Y aquel asno salvaje entró, yendo con él una gran multitud, y dijo: A vosotros hablo, enemigos de Jesús, que es llamado Cristo: a vosotros hablo, que cerráis vuestros ojos para no ver la luz: a vosotros hablo, hijos de la Gehena y de la destrucción, de aquel que no cesa de hacer el mal hasta ahora, que siempre renueva sus obras y las cosas que convienen a su ser: a vosotros hablo, desvergonzadísimos, que pereceréis por vuestras propias manos. Y qué he de decir de vuestra destrucción y fin, y qué he de contar, no lo sé. Porque son muchas cosas e innumerables al oído: y mayores son vuestras obras que el tormento que os está reservado (sir.: por grandes que sean vuestros cuerpos, son demasiado pequeños para vuestros castigos). Mas a ti hablo, demonio, y a tu hijo que te sigue: porque ahora soy enviado contra vosotros. ¿Y para qué he de decir muchas palabras acerca de vuestra naturaleza y raíz, que vosotros mismos conocéis y de las que no os avergonzáis? mas Judas Tomás, el apóstol de Cristo Jesús, os dice, él que por mucho amor y afecto es enviado aquí: Delante de toda esta multitud que aquí está, salid y decidme de qué raza sois.

75 Y al instante salió la mujer con su hija, ambas como personas muertas y de aspecto deshonorado: y el apóstol, al verlas, se afligió, especialmente por la muchacha, y dice a los demonios: No permita Dios que para vosotros haya perdón ni propiciación, porque no sabéis perdonar ni tener piedad: mas en el nombre de Jesús, apartaos de ellas y poneos a su lado.

Y cuando el apóstol hubo dicho esto, las mujeres cayeron y quedaron como muertas; porque no tenían aliento ni proferían palabra: mas el demonio respondió con gran voz y dijo: ¿Has venido aquí otra vez, tú que escarneces nuestra naturaleza y linaje? ¿Has venido otra vez, tú que borras nuestros designios? y según entiendo, no consentirías que estuviésemos en la tierra en absoluto: mas esto, por ahora, no puedes lograrlo. Y el apóstol conjeturó que este demonio era el que había sido expulsado de aquella otra mujer.

76 Y el demonio dijo: Te ruego que me des licencia para partir adondequiera que tú quieras, y morar allí, y recibir mandato de ti, y no temeré al gobernante que tiene autoridad sobre mí. Porque así como tú has venido a predicar buenas nuevas, así también yo he venido a destruir; y así como, si no cumples la voluntad de aquel que te envió, él traerá castigo sobre tu cabeza, así también yo, si no hago la voluntad de aquel que me envió, antes de la sazón y del tiempo señalado, seré enviado a mi propia naturaleza; y así como tu Cristo te ayuda en lo que haces, así también mi padre me ayuda en lo que hago; y así como para ti él prepara vasos dignos de tu morada, así también para mí él busca vasos por los cuales pueda cumplir sus obras; y así como él nutre y provee a sus súbditos, así también para mí prepara castigos y tormentos, junto con aquellos que llegan a ser mis moradas (sir.: aquellos en quienes yo moro); y así como en recompensa de tu obra él te da vida eterna, así también a mí me da, como galardón de mis obras, destrucción eterna; y así como tú eres reconfortado por tu oración y tus buenas obras y tus acciones de gracias espirituales, así también yo soy reconfortado por homicidios y adulterios y sacrificios hechos con vino sobre los altares (sir.: sacrificios y libaciones de vino); y así como tú conviertes a los hombres para vida eterna, así también yo pervierto a los que me obedecen para destrucción y tormento eternos: y tú recibes lo tuyo, y yo lo mío.

77 Y cuando el demonio hubo dicho estas cosas y aún más, el apóstol dijo: Jesús os manda, a ti y a tu hijo, por mí, que no entréis más en la morada del hombre: antes salid y partid y morad del todo apartados de la morada de los hombres. Y los demonios le dijeron:

Nos has impuesto un mandato duro: mas ¿qué harás con aquellos que ahora están ocultos de ti? porque los que han hecho todas las imágenes se gozan en ellas más que en ti: y muchos de ellos, la mayor parte, las adoran, y cumplen su voluntad, sacrificándoles y trayéndoles alimento, con libaciones, y con vino y agua, y ofreciéndoles oblaciones. Y el apóstol dijo: También ellos serán ahora abolidos, con sus obras. Y de repente los demonios se desvanecieron: mas las mujeres yacían tendidas en tierra como muertas, y sin habla.

78 Y los asnos salvajes se quedaron juntos y no se apartaron unos de otros; mas aquel al que le fue dado hablar por el poder del Señor —mientras todos los hombres guardaban silencio, y miraban para ver qué harían— el asno salvaje dijo al apóstol: ¿Por qué estás ocioso, oh apóstol de Cristo el Altísimo, que espera que le pidas la mejor de las enseñanzas? ¿Por qué, pues, te demoras? (sir.: que le pidieras, y él te la daría? ¿Por qué te demoras, buen discípulo?) porque he aquí que tu maestro desea mostrar por tus manos sus obras poderosas. ¿Por qué permaneces quieto, oh heraldo del oculto? porque tu Señor quiere manifestar por ti sus cosas inefables, que reserva para los que son dignos de él, para que las oigan. ¿Por qué descansas, oh hacedor de obras poderosas en el nombre del Señor? porque tu Señor te anima y engendra en ti osadía. No temas, pues; porque él no abandonará el alma que a ti le pertenece por nacimiento. Comienza, pues, a invocarlo, y él te escuchará prontamente. ¿Por qué estás maravillado de todos sus actos y sus obras? porque estas son cosas pequeñas las que ha mostrado por tu medio. ¿Y qué dirás de sus grandes dones? porque no serás capaz de declararlos. ¿Y por qué te maravillas de sus curaciones del cuerpo, que él obra? (sir.: que llegan a su fin) sobre todo cuando conoces aquella sanidad suya que es segura y duradera, que él produce por su propia naturaleza. ¿Y por qué miras a esta vida temporal, y no piensas en la que es eterna (sir.: cuando cada día puedes pensar en lo que es eterno)?

79 Mas a vosotros, las multitudes que estáis aquí y miráis para ver a estas que fueron derribadas levantarse, os digo: creed en el

apóstol de Jesucristo: creed al maestro de la verdad, creed al que os muestra la verdad, creed en Jesús, creed en el Cristo que nació, para que el nacido viva por su vida: que también fue criado desde la infancia, para que por su virilidad (hombre) apareciese la perfección. Él enseñó a sus propios discípulos: porque él es el maestro de la verdad y hace sabios a los sabios (sir.: que fue a la escuela para que por él se conociese la sabiduría perfecta: él enseñó a su maestro, porque era el maestro de la verdad y el maestro de los sabios). Que también ofreció la ofrenda en el templo, para mostrar que toda ofrenda era santificada. Este es su apóstol, el que muestra la verdad: este es el que cumple la voluntad de aquel que le envió. Mas vendrán falsos apóstoles y profetas de iniquidad, cuyo fin será según sus obras; que predicán y ordenan huir de la impiedad, mas ellos mismos son hallados en todo tiempo en pecados; vestidos, en verdad, con vestidura de ovejas, mas por dentro, lobos rapaces. Que no se contentan con una sola esposa, sino que corrompen a muchas mujeres; que, diciendo que desprecian a los niños, destruyen a muchos niños, por lo cual pagarán la pena; que no se contentan con que se les sirva solo a ellos; que se dicen discípulos suyos, y con su boca dicen una cosa, mas en su corazón piensan otra; que encargan a otros hombres que se guarden del mal, mas ellos mismos no hacen nada bueno; que son tenidos por templados, y encargan a otros que se abstengan de la fornicación, del hurto y de la codicia, mas en todas estas cosas ellos mismos andan en secreto, enseñando a otros a no hacerlas.

80 Y cuando el asno salvaje hubo declarado todas estas cosas, todos le contemplaban. Y cuando calló, el apóstol dijo: Qué he de pensar acerca de tu hermosura, oh Jesús, y qué he de decir de ti, no lo sé, o más bien no puedo, porque no tengo poder para declararlo, oh Cristo, que estás en reposo, y solo sabio, que solo conoces lo íntimo del corazón y entiendes el pensamiento. Gloria a ti, misericordioso y tranquilo. Gloria a ti, palabra sabia. Gloria a tu compasión que nos nació. Gloria a tu misericordia que sobre nosotros se derramó. Gloria a tu grandeza que por nosotros se hizo pequeña. Gloria a tu altísima realeza que por nosotros se humilló.

Gloria a tu poder que por nosotros se debilitó. Gloria a tu divinidad que por nosotros fue vista en semejanza de hombres. Gloria a tu humanidad que por nosotros murió para hacernos vivir. Gloria a tu resurrección de entre los muertos; porque por ella viene a nuestras almas resurrección y reposo. Gloria y alabanza (buena fama) a tu ascensión a los cielos; porque por ella nos mostraste el camino de la altura, y prometiste que nos sentaríamos contigo a tu diestra y juzgaríamos contigo a las doce tribus de Israel. Tú eres la palabra celestial del Padre: tú eres la luz oculta del entendimiento, mostrador del camino de la verdad, ahuyentador de las tinieblas y borrador del error.

81 Habiendo dicho esto, el apóstol se puso de pie sobre las mujeres, diciendo: Señor mío y Dios mío, no estoy dividido de ti (o: no dudo acerca de ti), ni como incrédulo te invoco, tú que eres siempre nuestro ayudador y socorredor y el que nos levanta; que insuflas en nosotros tu propio poder y nos animas y das confianza en el amor a tus propios siervos. Te suplico que estas almas sean sanadas y se levanten y vuelvan a ser tales como eran antes de ser heridas por los demonios. Y cuando así habló, las mujeres se volvieron y se incorporaron. Y el apóstol mandó al capitán que sus siervos las tomasen y las llevasen adentro (sir.: y les diesen alimento, pues no habían comido en muchos días). Y cuando hubieron entrado, el apóstol dijo a los asnos salvajes: Seguidme. Y ellos fueron tras él hasta que los sacó fuera de la puerta. Y cuando hubieron salido, les dijo: Partid en paz a vuestros pastos. Los asnos salvajes se fueron, pues, de buen grado; y el apóstol se quedó y cuidó de ellos, para que nadie les hiciese daño, hasta que se alejaron y no fueron vistos más. Y el apóstol volvió con la multitud a la casa del capitán.

Acto IX

DE LA MUJER DE CARISIO

82 Y sucedió que cierta mujer, esposa de Carisio, que era el más cercano al rey, cuyo nombre era Migdonia, vino a ver y contemplar el nombre nuevo y el Dios nuevo que se predicaba, y al nuevo apóstol que había venido a visitar su país: y era llevada por sus propios siervos; y a causa de la gran multitud y del camino estrecho no pudieron acercarla a él. Y ella envió a su esposo para que le mandase más siervos que la sirviesen; y vinieron y se acercaron a ella, apretando a la gente y golpeándola. Y el apóstol lo vio y les dijo: ¿Por qué derribáis a los que vienen a oír la palabra, y la desean con ansia? y vosotros queréis estar cerca de mí, mas estáis lejos; como fue dicho de la multitud que vino al Señor: Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís; y dijo a las multitudes: El que tiene oídos para oír, oiga; y: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

83 Y mirando a los que la llevaban, les dijo: Esta bendición y esta amonestación [Aquí y en otros lugares hay una divergencia notable entre los textos de U y P, los manuscritos de Roma y de París: Bonnet los imprime por separado. P es, en conjunto, mucho más breve. El sir. difiere de ambos. Sigo a U, aunque está muy corrupto.] que les fue prometida es para vosotros, que ahora estáis pesadamente cargados. Vosotros sois los que lleváis cargas penosas de soportar, y sois llevados de aquí para allá por su mandato. Y

aunque sois hombres, os ponen cargas encima como sobre bestias brutas, porque los que tienen autoridad sobre vosotros piensan que no sois hombres como ellos mismos, ya seáis siervos o libres. Porque ni las posesiones aprovecharán a los ricos, ni la pobreza librará del juicio a los pobres; ni hemos recibido un mandamiento que no podamos cumplir; ni él nos ha impuesto cargas penosas de soportar que no podamos llevar; ni edificar como los hombres edifican; ni labrar piedras y preparar casas, como vuestros artesanos hacen por su propio conocimiento. Mas este mandamiento hemos recibido del Señor, que lo que no nos place cuando otro lo hace, esto no lo hagamos a ningún otro hombre.

84 Absteneos, pues, primero del adulterio, porque este es el principio de todos los males; y luego del hurto, que sedujo a Judas Iscariote y le llevó a la horca; (y de la codicia,) porque cuantos ceden a la codicia no ven lo que hacen; y de la vanagloria y de todas las obras torpes, especialmente las del cuerpo, de donde viene la condenación eterna. Porque esta es la ciudad principal de todos los males; y asimismo lleva a la tiranía a los que llevan alta la cabeza (el cuello), y los arrastra hacia el abismo, y los somete bajo sus manos, de modo que no ven lo que hacen; por lo cual las cosas que hacen les quedan ocultas.

85 Mas sed agradables a Dios en todas las cosas buenas, en mansedumbre y quietud: porque a estos perdona Dios, y les concede vida eterna y reduce la muerte a la nada. Y en la dulzura, que sigue a todas las cosas buenas, y vence a todos los enemigos y sola recibe la corona de la victoria: con dulzura (sir.), y extendiendo la mano al pobre, y supliendo la necesidad del menesteroso, y repartiendo a los que están en necesidad, especialmente a los que andan en santidad. Porque esto es escogido delante de Dios y conduce a la vida eterna: porque esto es delante de Dios la ciudad principal de todo bien: porque los que no compiten en la carrera (estadio) de Cristo no alcanzarán la santidad. Y la santidad apareció de Dios, aboliendo la fornicación, derribando al enemigo, siendo agradable a Dios: porque ella es una campeona (atleta) invencible, que tiene honor de Dios, glorificada por muchos: es embajadora de

paz, que anuncia la paz: si alguno la gana, permanece sin cuidado, agradando al Señor, esperando el tiempo de la redención: porque ella no hace nada malo, sino que da vida y reposo y gozo a todos los que la ganan. [P no tiene nada de esto, y el sir. tiene mejor sentido, mas no es muy interesante.]

86 Mas la mansedumbre ha vencido a la muerte y la ha sometido bajo su autoridad, la mansedumbre ha esclavizado al enemigo (U y P y el sir. presentan ahora el mismo texto), la mansedumbre es el yugo bueno: la mansedumbre no teme ni se opone a la multitud: la mansedumbre es paz y gozo y exaltación de reposo. Permaneced, pues, en la santidad, y recibid de mí la libertad, y estad cerca de la mansedumbre, porque en estas tres cabezas está retratado el Cristo que os anuncio. La santidad es el templo de Cristo, y el que en ella mora la obtiene por morada (sir.: y la templanza es el descanso de Dios), porque durante cuarenta días y cuarenta noches él ayunó sin gustar nada: y el que la guarda morará en ella como en un monte. Y la mansedumbre es su gloria: porque dijo a Pedro, nuestro compañero apóstol: Vuelve tu espada y métela otra vez en su vaina: porque si yo hubiera querido hacerlo, ¿no habría podido traer más de doce legiones de ángeles de mi Padre?

87 Y cuando el apóstol hubo dicho estas cosas a oídos de toda la multitud, se atropellaban y se apretaban unos a otros: y la esposa de Carisio, pariente del rey, saltó de su silla y se echó en tierra ante el apóstol, y le asió los pies, y le suplicó y dijo: Oh discípulo del Dios vivo, has venido a un país desierto, porque nosotros vivimos en el desierto, siendo semejantes a bestias brutas en nuestro proceder; mas ahora seremos salvados por tus manos; te ruego, pues, que pienses en mí, y ores por mí, para que la compasión del Dios que predicas venga sobre mí, y yo llegue a ser su morada y sea unida a él en oración y esperanza y fe, y también reciba yo el sello y llegue a ser un templo santo, y él pueda morar en mí.

88 Y el apóstol dijo: Ruego e intercedo por todos vosotros, hermanos, que creéis en el Señor, y para vosotras, hermanas, que esperáis en Cristo, que en todos vosotros habite la palabra de Dios

[y tenga en vosotros su tabernáculo]: porque no tenemos poder sobre ellos (sir.: porque a vosotros os es dado poder sobre vuestras propias almas). Y comenzó a decir a la mujer Migdonia: Levántate de la tierra y recobra tu compostura (quítate tus adornos, P; ten cuidado de ti misma, sir.). Porque este atavío que llevas puesto no te aprovechará, ni la hermosura de tu cuerpo, ni tu vestido, ni tampoco la fama de tu rango, ni la autoridad de este mundo, ni el comercio impuro con tu marido te valdrá si eres privada de la verdadera comunión: porque la apariencia (fantasía) del adorno viene a la nada, y el cuerpo envejece y se transforma, y el vestido se gasta, y la autoridad y el señorío pasan (U corrupto; P abrevia; el sir. dice: pasa acompañado de castigo, según cada uno se haya conducido en él), y la comunión de la procreación también pasa, y es como una condenación. Solo Jesús permanece siempre, y los que en él esperan. Así habló, y dijo a la mujer: Vete en paz, y el Señor te hará digna de sus propios misterios. Mas ella dijo: Temo irme, no sea que me abandones y partas a otra nación. Mas el apóstol le dijo: Aunque me vaya, no te dejaré sola, sino que Jesús, por su compasión, estará contigo. Y ella cayó y le hizo reverencia y se fue a su casa.

89 Y Carisio, el pariente del rey Misdeo, se bañó y volvió y se recostó para cenar. Y preguntó por su esposa, dónde estaba; pues ella no había salido de su propia cámara a recibirlo, como acostumbraba. Y sus criadas le dijeron: No se encuentra bien. Y él entró rápidamente en la cámara y la halló recostada en el lecho y velada: y la desveló y la besó, diciendo: ¿Por qué estás hoy afligida? Y ella dijo: No me encuentro bien. Y él le dijo: ¿Por qué, pues, no guardaste el decoro de tu condición libre (sir.: no diste el debido respeto a tu posición de mujer libre) y permaneciste en tu casa, sino que fuiste y escuchaste discursos vanos y contemplaste obras de hechicería? mas levántate y cena conmigo, porque no puedo cenar sin ti. Mas ella le dijo: Hoy lo rehúso, porque estoy grandemente atemorizada.

90 Y cuando Carisio oyó esto de Migdonia, no quiso ir a cenar, sino que mandó a sus siervos que la trajesen a cenar con él (sir.: que le trajesen alimento para que cenase en su presencia): y cuando

lo trajeron, deseó que ella cenase con él, mas ella se excusó; y como ella no quiso, cenó solo, diciéndole: Por tu causa rehusé cenar con el rey Misdeo, ¿y tú, no querías cenar conmigo? Mas ella dijo: Es porque no me encuentro bien. Se levantó, pues, Carisio, como acostumbraba, y quiso acostarse con ella, mas ella dijo: ¿No te he dicho que por hoy me negaba?

91 Al oír esto, se fue a otro lecho y durmió; y despertando del sueño dijo: Mi señora Migdonia, escucha el sueño que he visto. Me vi a mí mismo reclinado a la mesa junto al rey Misdeo, y un plato de toda clase de manjares estaba puesto ante nosotros: y vi un águila que descendía del cielo y arrebatava de delante de mí y del rey dos perdices, que puso junto a su pecho; y de nuevo vino sobre nosotros y voló en derredor por encima de nosotros; y el rey mandó que le trajesen un arco; y el águila de nuevo arrebató de delante de nosotros una paloma y una tórtola, y el rey le disparó una flecha, y la atravesó de un lado a otro y no le hizo daño; y ella, ilesa, se remontó a su propio nido. Y desperté, y estoy lleno de temor y grandemente turbado, porque yo había probado la perdiz, y ella no me dejó volver a llevármela a la boca. Y Migdonia le dijo: Tu sueño es bueno: porque tú comes perdices cada día, mas esta águila no había probado una perdiz hasta ahora.

92 Y cuando fue de mañana, Carisio se levantó y se vistió y calzó su pie derecho con el zapato izquierdo; y se detuvo, y dijo a Migdonia: ¿Qué es, pues, este asunto? ¡Mira el sueño y esta acción mía! Mas Migdonia le dijo: Tampoco esto es malo, sino que me parece muy bueno; porque de un acto desafortunado vendrá un cambio para mejor. Y se lavó las manos y fue a saludar al rey Misdeo.

93 Y asimismo Migdonia se levantó temprano y fue a saludar a Judas Tomás el apóstol, y lo halló conversando con el capitán y toda la multitud, y les estaba aconsejando y hablando de la mujer que había recibido al Señor en su alma, de quien era esposa; y el capitán dijo: Es la esposa de Carisio, el pariente del rey Misdeo. Y: Su marido es un hombre duro, y en todo lo que dice al rey le obedece:

y no consentirá que ella persevere en este propósito que ha prometido; porque muchas veces la ha alabado delante del rey, diciendo que no hay otra como ella en el amor: así que todas las cosas que le dices le son extrañas. Y el apóstol dijo: Si en verdad y ciertamente el Señor se ha levantado sobre su alma, y ella ha recibido la semilla que fue sembrada en ella, no tendrá cuidado de esta vida temporal, ni temerá la muerte, ni tampoco Carisio podrá hacerle daño alguno: porque mayor es aquel a quien ha recibido en su alma, si en verdad lo ha recibido.

94 Y Migdonia, al oír esto, dijo al apóstol: En verdad, señor mío, he recibido la semilla de tus palabras, y daré fruto conforme a esa semilla. El apóstol dice: Nuestras almas te alaban y te dan gracias, oh Señor, porque son tuyas: nuestros cuerpos te dan gracias, a los cuales has tenido por dignos de convertirse en morada de tu don celestial. Y dijo también a los que estaban presentes: Bienaventurados los santos, cuyas almas nunca los han condenado, porque los han ganado y no están divididos contra sí mismos: bienaventurados los espíritus de los puros, y los que han recibido entera la corona celestial del mundo (eón) que les fue señalado: bienaventurados los cuerpos de los santos, porque han sido hechos dignos de convertirse en templos de Dios, para que Cristo more en ellos: bienaventurados sois, porque tenéis poder para perdonar los pecados: bienaventurados sois si no perdéis lo que os fue encomendado, sino que, gozosos, al partir os lo lleváis con vosotros: bienaventurados sois los santos, porque a vosotros os es dado pedir y recibir: bienaventurados sois los mansos, porque Dios os ha tenido por dignos de llegar a ser herederos del reino celestial. Bienaventurados sois los mansos, porque sois los que habéis vencido al enemigo: bienaventurados sois los mansos, porque veréis el rostro del Señor. Bienaventurados los que tenéis hambre por causa del Señor, porque para vosotros está guardado el reposo, y vuestras almas se gozan desde ahora. Bienaventurados los que estáis quietos, (porque habéis sido tenidos por dignos) de ser libertados del pecado [y del trueque de las bestias limpias e inmundas]. Y cuando el

apóstol hubo dicho estas cosas a oídos de toda la multitud, Migdonia fue más confirmada en la fe y en la gloria y grandeza de Cristo.

95 Mas Carisio, el pariente y amigo del rey Misdeo, vino a desayunar y no halló a su esposa en casa; y preguntó a todos los que había en su casa: ¿Adónde ha ido vuestra señora? Y uno de ellos respondió y dijo: Se ha ido a ver a aquel forastero. Y cuando oyó esto de boca de su siervo, se airó contra los demás siervos porque no le habían dicho al punto lo que había sucedido: y se sentó a esperarla. Y cuando llegó la tarde y ella entró en casa, le dijo: ¿Dónde estabas? Y ella respondió y dijo: Con el médico. Y él dijo: ¿Es médico ese forastero? Y ella dijo: Sí, es médico de almas: porque la mayoría de los médicos sanan los cuerpos que se disuelven, mas él sana las almas que no perecen. Al oír esto, Carisio se irritó grandemente en su ánimo contra Migdonia a causa del apóstol, pero no le respondió nada, porque tenía temor; pues ella lo superaba tanto en riqueza como en linaje: mas él se fue a cenar, y ella se retiró a su cámara. Y dijo a los siervos: Llamadla a cenar. Mas ella no quiso venir.

96 Y cuando oyó que no quería salir de su cámara, entró y le dijo: ¿Por qué no quieres cenar conmigo, y quizá tampoco dormir conmigo como es costumbre? Sí, en cuanto a esto tengo mayor sospecha, porque he oído que ese hechicero y engañador enseña que el hombre no debe vivir con su esposa, y trastorna lo que la naturaleza requiere y la divinidad ha ordenado. Cuando Carisio dijo estas cosas, Migdonia guardó silencio. Le dice de nuevo: Señora mía y esposa Migdonia, no te dejes engañar por palabras falsas y vanas, ni por las obras de hechicería que he oído que este hombre realiza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; porque jamás se ha oído en el mundo que nadie resucitase a los muertos, y, según oigo, se dice de este hombre que resucita a los muertos. Y por no comer ni beber, no pienses que por causa de justicia no come ni bebe, sino que hace esto porque nada posee; pues ¿qué había de hacer quien ni siquiera tiene su pan de cada día? Y tiene un solo vestido porque es pobre, y en cuanto a no recibir nada de nadie (lo

hace, ciertamente, porque sabe en sí mismo que en verdad no sana a ningún hombre, sir.).

97 Y cuando Carisio así habló, Migdonia guardó silencio como una piedra, mas oraba, preguntando cuándo llegaría el día, para poder ir al apóstol de Cristo. Y él se apartó de ella y se fue a cenar con el ánimo apesadumbrado, porque pensaba dormir con ella según la costumbre. Y cuando él hubo salido, ella dobló las rodillas y oró, diciendo: Señor Dios y Maestro, Padre misericordioso, Cristo Salvador, dame fuerza para vencer el descaro de Carisio, y concédeme guardar la santidad en que te complaces, para que también yo por ella halle la vida eterna. Y habiendo orado así, se recostó en su lecho y se cubrió con un velo.

98 Mas Carisio, habiendo cenado, se llegó a ella, y ella clamó, diciendo: Ya no tienes lugar alguno junto a mí: porque mi Señor Jesús es más grande que tú, el cual está conmigo y reposa en mí. Y él se rió y dijo: Bien te burlas, diciendo esto de ese hechicero, y bien lo escarneces, a él que dice: No tenéis vida con Dios si no os purificáis. Y habiendo dicho esto, intentó dormir con ella, mas ella no lo soportó y clamó amargamente y dijo: A ti invoco, Señor Jesús, no me abandones, porque en ti he puesto mi refugio; pues cuando supe que eres tú quien busca a los que están velados por la ignorancia y salva a los que están sujetos al error... Y ahora te suplico a ti, de quien he oído la fama y he creído, ven en mi ayuda y sálvame del descaro de Carisio, para que su inmundicia no prevalezca sobre mí. Y juntó las manos con fuerza (le ató las manos, sir.) y huyó de él desnuda, y al salir arrancó la cortina de la alcoba y se envolvió en ella; y fue a su nodriza, y durmió allí con ella.

99 Mas Carisio pasó toda la noche apesadumbrado, y se golpeaba el rostro con las manos, y estaba resuelto a ir a esa misma hora y contar al rey la violencia que se le había hecho, pero consideró para sí, diciendo: Si esta gran pesadumbre que me embarga me obliga a ir ahora al rey, ¿quién me hará entrar ante él? porque sé que mi afrenta me ha derribado de mi altivez y de mi vanagloria y majestad, y me ha arrojado a esta bajeza y ha apartado de mí a mi señora

Migdonia. En verdad, si el rey mismo estuviese ante mis puertas a esta hora, no podría salir y responderle. Mas esperaré hasta el alba, y sé que todo cuanto pida al rey, me lo concederá: y le contaré la locura de este forastero, cómo tiránicamente derriba a los grandes e ilustres hasta lo profundo. Porque no es esto lo que me aflige, el estar privado de su compañía, sino que por ella me aflijo, porque su grandeza de alma ha sido humillada: siendo ella una dama honorable en quien nadie de su casa halló jamás falta (censura), ha huido desnuda, corriendo fuera de su propia alcoba, y no sé adónde ha ido; y puede ser que se haya vuelto loca por obra de ese hechicero, y en su locura haya salido a la plaza a buscarlo; porque nada le parece amable sino él y las cosas que él dice.

100 Y así hablando, comenzó a lamentarse y a decir: ¡Ay de mí, oh esposa mía, y también de ti! porque demasiado pronto he quedado privado de ti. ¡Ay de mí, mi bien más querida, porque tú superas a todo mi linaje: ni hijo ni hija he tenido de ti en quienes hallar descanso; ni siquiera has morado conmigo un año entero, y un ojo maligno te ha arrebatado de mí. Ojalá la violencia de la muerte te hubiera tomado, que aún me habría contado entre reyes y nobles: mas que yo sufra esto a manos de un forastero, y quizá sea un esclavo fugitivo, para mi mala fortuna y el dolor de mi alma desdichada! Que no haya impedimento para mí hasta que lo destruya y vengue esta noche, y que no sea yo bien acepto ante el rey Misdeo si no me venga con la cabeza de este forastero; (y también le hablaré) de Sifor el capitán, que ha sido la ocasión de todo esto. Porque por su medio apareció aquí el forastero, y se aloja en su casa: y son muchos los que entran y salen, a quienes él enseña una nueva doctrina; diciendo que ninguno puede vivir si no renuncia a todos sus bienes y se hace renunciante como él mismo: y se esfuerza por hacer a muchos partícipes con él.

101 Y mientras Carisio pensaba en estas cosas, amaneció: y después de la noche (?) se vistió con un traje humilde, se calzó, y fue abatido y apesadumbrado a saludar al rey. Y cuando el rey lo vio, dijo: ¿Por qué estás afligido, y vienes con tal atavío? y veo que tu semblante está mudado. Y Carisio dijo al rey: Tengo algo nuevo

que contarte, y una nueva desolación que Sifor ha traído a la India, a saber, cierto hebreo, un hechicero, a quien tiene sentado en su casa y que no se aparta de él: y son muchos los que entran a verlo: a quienes también enseña acerca de un Dios nuevo, y les impone leyes nuevas nunca antes oídas, diciendo: Os es imposible entrar en aquella vida eterna que os proclamo, si no os libráis de vuestras esposas, y asimismo las esposas de sus maridos. Y sucedió que también mi desdichada esposa fue a él y se hizo oyente de sus palabras, y las creyó, y en la noche me abandonó y corrió hacia el forastero. Mas envía tú a buscar tanto a Sifor como a ese hechicero que está oculto con (en) él, y visita su cabeza con castigo, no sea que perezca todo cuanto es de nuestra nación.

102 Y cuando Misdeo, su amigo, oyó esto, le dijo: No te aflijas ni te apesadumbres, porque yo mandaré por él y te vengaré, y volverás a tener a tu esposa, y a los demás que no pueden vengarse, yo los vengaré. Y el rey salió y se sentó en el tribunal, y una vez sentado, mandó llamar a Sifor el capitán. Fueron, pues, a su casa y lo hallaron sentado a la diestra del apóstol, y Migdonia a sus pies, escuchándole junto con toda la multitud. Y los que habían sido enviados del rey dijeron a Sifor: ¿Estás aquí sentado escuchando palabras vanas, cuando el rey Misdeo, en su ira, piensa destruirte a causa de ese hechicero y engañador que has traído a tu casa? Y Sifor, al oírlo, se turbó, no por la amenaza del rey contra él, sino por el apóstol, porque el rey estaba mal dispuesto hacia él. Y dijo al apóstol: Me aflijo por ti: porque ya te dije al principio que esa mujer es la esposa de Carisio, amigo y pariente del rey, y él no permitirá que ella cumpla lo que ha prometido, y todo cuanto pide al rey, él se lo concede. Mas el apóstol dijo a Sifor: No temas nada, sino cree en Jesús, que intercede por todos nosotros, pues a su refugio estamos congregados. Y Sifor, al oír esto, se ciñó el manto y fue al rey Misdeo,

103 y el apóstol preguntó a Migdonia: ¿Cuál fue la causa de que tu marido se irritara contigo y tramara esto contra nosotros? Y ella dijo: Porque no me entregué a su corrupción (perdición): pues anoche quiso someterme y sujetarme a aquella pasión a la que

sirve: y aquel a quien he encomendado mi alma me libró de sus manos; y huí de él desnuda, y dormí con mi nodriza: mas lo que a él le sucedió no lo sé, ni por qué ha tramado esto. El apóstol dice: Estas cosas no nos harán daño; mas cree tú en Jesús, y él derribará la ira de Carisio y su locura y su impulso; y él será tu compañero en el camino temible, y te guiará a su reino, y te llevará a la vida eterna, dándote aquella confianza que no pasa ni se muda.

104 Estaba, pues, Sifor delante del rey, y este le preguntó: ¿Quién es ese hechicero, y de dónde, y qué enseña, a quien tienes escondido en tu casa? Y Sifor respondió al rey: No ignoras, oh rey, qué turbación y qué pesar tuve yo, junto con mis amigos, a causa de mi esposa, a quien tú conoces y muchos otros recuerdan, y a causa de mi hija, a quien estimo más que todos mis bienes, qué tiempo y qué prueba sufrí; pues llegué a ser el hazmerreír y la maldición de todo nuestro país. Y oí la fama de este hombre y fui a él y le supliqué, y lo tomé y lo traje aquí. Y según venía por el camino vi cosas maravillosas y asombrosas: y también aquí muchos oyeron al asno salvaje, y lo referente a aquel demonio que él expulsó, y sanó a mi esposa y a mi hija, y ahora están sanas; y él no pidió recompensa alguna, sino que solo requiere fe y santidad, para que los hombres lleguen a ser partícipes con él en lo que hace: y esto enseña, adorar y temer a un solo Dios, gobernador de todas las cosas, y a Jesucristo su Hijo, para que tengan vida eterna. Y lo que come es pan y sal, y su bebida es agua desde la tarde hasta la tarde, y hace muchas oraciones; y todo cuanto pide a su Dios, él se lo concede. Y enseña que este Dios es santo y poderoso, y que Cristo vive y da vida, por lo cual también ordena a los que allí están presentes que vengan a él en santidad y pureza y amor y fe.

105 Y cuando el rey Misdeo hubo oído estas cosas de Sifor, envió a muchos soldados a casa de Sifor el capitán, a traer a Tomás el apóstol y a todos los que allí se hallasen. Y los que fueron enviados entraron y lo hallaron enseñando a mucha gente; y Migdonia estaba sentada a sus pies. Y cuando vieron la gran multitud que lo rodeaba, tuvieron miedo, y volvieron a su rey y dijeron: No nos atrevimos a decirle nada, porque había una gran multitud en torno a él, y

Migdonia, sentada a sus pies, escuchaba las cosas que él decía. Y cuando el rey Misdeo y Carisio oyeron esto, Carisio saltó de delante del rey y llevó consigo a mucha gente, y dijo: Yo lo traeré, oh rey, y a Migdonia, cuyo entendimiento él le ha arrebatado. Y fue a casa de Sifor el capitán, grandemente perturbado, y lo halló (a Tomás) enseñando: mas a Migdonia no la halló, porque se había retirado a su casa, al saber que se había dicho a su marido que ella estaba allí.

106 Y Carisio dijo al apóstol: ¡Levántate, malvado, destructor y enemigo de mi casa! pues tu hechicería no me hará daño, que yo visitaré tu hechicería sobre tu cabeza. Y cuando así dijo, el apóstol lo miró y le dijo: Tus amenazas volverán sobre ti, pues a mí no me harás daño alguno: porque mayor que tú y que tu rey y todo vuestro ejército es el Señor Jesucristo, en quien tengo puesta mi confianza. Y Carisio tomó un lienzo (turbante, sir.) de uno de sus esclavos y lo echó al cuello del apóstol, diciendo: Arrastradlo y lleváoslo; veamos si su Dios es capaz de librarlo de mis manos. Y lo arrastraron y lo llevaron ante el rey Misdeo. Y el apóstol se puso en pie ante el rey, y el rey le dijo: Dime quién eres y con qué poder haces estas cosas. Mas el apóstol guardó silencio. Y el rey mandó a sus oficiales (súbditos) que fuese azotado con ciento veintiocho (ciento cincuenta, sir.) golpes, y atado, y arrojado a la cárcel; y lo ataron y se lo llevaron. Y el rey y Carisio deliberaron cómo darle muerte, porque la multitud lo adoraba como a Dios. Y tenían en mente decir: El forastero ha injuriado al rey y es un engañador.

107 Mas el apóstol fue a la cárcel gozándose y exultando, y dijo: Te alabo, Jesús, porque no solo me hiciste digno de fe en ti, sino también de padecer mucho por tu causa. Te doy, pues, gracias, Señor, porque has tenido cuidado de mí y me has dado paciencia: te doy gracias, Señor, porque por tu causa soy llamado hechicero y encantador. Recíbeme, pues, con la bendición (sir.: déjame recibir de la bendición) de los pobres, y del descanso de los que están cansados, y de las bendiciones de aquellos a quienes los hombres odian y persiguen y ultrajan, y de quienes hablan mal. Porque he aquí que por tu causa soy odiado: he aquí que por tu causa soy apartado de la mayoría, y por tu causa me llaman lo que no soy.

108 Y mientras oraba, todos los presos lo miraban, y le suplicaban que orase por ellos: y cuando hubo orado y se hubo sentado, comenzó a pronunciar un salmo de esta manera:

[Sigue aquí el Himno del Alma: una composición sumamente notable, originalmente siríaca, y ciertamente más antigua que los Hechos, con los cuales no tiene conexión real. La tenemos en griego en un manuscrito, el Valicelano, y en una paráfrasis de Nicetas de Tesalónica, hallada y editada por Bonnet.]

1 Cuando yo era niño de pecho en el palacio de mi Padre,
2 y reposaba en la riqueza y en el regalo de los que me criaban,
3 del Oriente, nuestra patria, mis padres me aprovisionaron y me enviaron.
4 Y de la riqueza de aquellos sus tesoros juntaron una carga,
5 grande y ligera a la vez, para que yo solo pudiera llevarla.
6 Oro es la carga, de los que están arriba (o de la tierra de los eleos o gileos), y plata de los grandes tesoros (o de Gazac la grande),
7 y piedras, calcedonias de los indios, y perlas de <la tierra de> los cosanos (kushán).
8 Y me armaron de diamante <que quiebra el hierro>,
9 y me quitaron (gr.: me pusieron) el vestido enjoyado, recamado de oro, que habían hecho para mí porque me amaban,
10 y el manto de color amarillo, hecho a mi medida.
11 E hicieron un pacto conmigo, y lo inscribieron en mi entendimiento, para que no lo olvidara, y dijeron:
12 Si descendes a Egipto y traes de allí la perla única
13 que está allí <en medio del mar> ceñida por la serpiente devoradora,
14 te pondrás <de nuevo> el vestido enjoyado y aquel manto sobre el cual reposa (o que está sobre él),
15 y llegarás a ser, con tu hermano el que sigue en rango tras nosotros (gr.: el bien recordado), heredero (gr.: heraldo) en nuestro reino.

109. 16 Y salí del Oriente por un camino difícil y temible, con dos guías,

17 y era yo inexperto en recorrerlo.
18 Y pasé por las fronteras de los mosanos (Maisán), donde está el
mercado de los mercaderes de Oriente,
19 y llegué a la tierra de los babilonios <y vine hasta los muros de
Sarbug>.
20 Mas cuando entré en Egipto, los guías me dejaron, los que
habían viajado conmigo.
21 Y me encaminé por el camino más corto hacia la serpiente, y
junto a su cueva me quedé,
22 aguardando a que dormitara y se durmiese, para poder tomarle
mi perla.
23 Y como estaba solo, hice extraño mi aspecto, y parecí un extraño
para los míos.
24 Y allí vi a mi pariente, el de linaje libre, venido de Oriente,
25 un joven de gracia y belleza, hijo de príncipes (o un ungido).
26 Vino a mí y moró conmigo,
27 y lo tuve por compañero, y lo hice mi amigo y partícipe de mi
viaje (o de mi mercadería).
28 Y le encargué que se guardase de los egipcios, y de participar de
aquellas cosas inmundas (o de tratar con aquellos hombres
inmundos).
29 Y me puse su vestidura, para no parecer extraño, como uno
venido de fuera,
30 a recobrar la perla; y para que los egipcios no despertasen contra
mí a la serpiente.
31 Mas, no sé por qué ocasión, supieron que yo no era de su país.
32 Y con engaño mezclaron para mí una añagaza, y yo probé de su
comida.
33 Y ya no supe que era hijo de un rey, y me hice siervo de su rey.
34 Y olvidé también la perla por la cual mis padres me habían
enviado,
35 y a causa de la pesadez de aquella comida caí en un sueño
profundo.

110. 36 Mas cuando esto me aconteció, mis padres también lo
supieron, y se afligieron por mí,

37 y se publicó un pregón en nuestro reino, para que todos se reuniesen ante nuestras puertas.
38 Y entonces los reyes de Partia, y los que ejercían cargos, y los grandes de Oriente
39 tomaron una resolución acerca de mí, que no fuese yo dejado en Egipto,
40 y los príncipes me escribieron en estos términos (y cada noble firmó con su nombre, sir.):
41 De parte de tu Padre, el Rey de reyes, y de tu madre, que gobierna el Oriente,
42 y de tu hermano, el segundo después de nosotros; a nuestro hijo que está en Egipto, paz.
43 Levántate y despierta del sueño, y escucha las palabras de esta carta,
44 y recuerda que eres hijo de reyes; mira que has caído bajo el yugo de la servidumbre.
45 Recuerda la perla por la cual fuiste enviado a Egipto (el gr. pone esto después del 46).
46 Recuerda tu vestido recamado de oro,
47 <y el manto glorioso que debieras vestir y con que debieras adornarte.> Tu nombre está escrito en el libro de la vida,
48 y con tu hermano, [†]ta quien has recibido[†], <serás> en nuestro reino.

111. 49 <Y mi carta era una carta> y el Rey [como embajador] la selló <con su diestra>
50 a causa de los malvados, los hijos de los babilonios, y los tiranos demonios de Labirinto (Sarbug, sir.).
51 <Voló como el águila, la reina de todas las aves.
52 Voló y descendió junto a mí, y se hizo toda ella palabra.>
53 Y yo, a su voz y a su sentir, me sobresalté y desperté del sueño,
54 y la tomé y la besé <y rompí el sello> y la leí.
55 Y estaba escrito conforme a lo que estaba grabado en mi corazón.

56 Y recordé al instante que era hijo de reyes, y mi libertad anheló (buscó) volver a su condición.

57 Recordé también la perla por la cual había sido enviado a Egipto,
58 y empecé (o vine) con encantamientos contra la terrible
serpiente,
59 y la vencí (o la adormecí) invocando sobre ella el nombre de mi
Padre,
60 <y el nombre de nuestro segundo en rango, y de mi madre, la
reina de Oriente>.
61 Y arrebaté la perla y volví para llevarla a mis padres.
62 Y me despojé del vestido inmundo y lo dejé en su tierra,
63 y enderecé mi camino sin demora hacia la luz de mi patria en
Oriente.
64 Y por el camino hallé mi carta, la que me había despertado,
65 y ella, así como había tomado voz y me había levantado cuando
dormía, así también me guió con la luz que de ella procedía.
66 Porque a veces el vestido real de seda <resplandecía> ante mis
ojos,
67 <y con su voz y su guía también me animaba a apresurarme,>
68 y con amor guiándome y atrayéndome hacia adelante,
69 pasé por Labirinto (Sarbug), y dejé Babilonia a mi mano
izquierda,
70 y llegué a Mesón (Mesena; Maisán) la grande,
71 que está a la orilla del mar,
72 <y mi vestido brillante que me había quitado, y el manto con que
había estado vestido,
73 desde las alturas de Warkan (¿Hircania?), lo habían enviado allí
mis padres
74 por mano de sus tesoreros, a quienes lo habían confiado a causa
de su fidelidad>.

112. 75 Mas no recordaba yo su resplandor, porque era todavía
niño y muy joven cuando lo dejé en el palacio de mi Padre,
76 mas de pronto, [cuando] vi el vestido, se hizo semejante a mí,
como si estuviera en un espejo.
77 Y me vi a mí mismo entero en él (o me vi enteramente en mí
mismo), y me conocí y me vi a mí mismo a través de él,
78 pues estábamos divididos el uno del otro, siendo de una misma

sustancia; y de nuevo éramos uno en una sola forma.

79 Y también a los tesoreros que me trajeron el vestido

80 los vi, que eran dos, mas una sola forma había sobre ambos, un solo signo real estaba puesto sobre los dos.

81 El dinero y la riqueza tenían en sus manos, y me pagaron el precio debido,

82 y el hermoso vestido, que estaba matizado de colores brillantes,

83 con oro y piedras preciosas y perlas de hermoso color

84 estaban fijados en lo alto (o en la altura),

85 <y con piedras de diamante estaban afianzadas todas sus costuras>.

86 Y la semejanza del Rey de reyes estaba entera en toda su hechura.

87 Piedras de zafiro estaban bien engastadas en él, en lo alto (o, como la piedra de zafiro, también eran múltiples sus colores).

113. 88 Y vi además que por toda su extensión se emitían movimientos de conocimiento,

89 y estaba dispuesto a proferir palabra.

90 Y lo oí hablar <con aquellos que lo habían traído>:

91 Yo soy de aquel que es más valiente que todos los hombres, por cuya causa fui criado junto al Padre mismo.

92 Y percibí también su estatura (así el gr.; el sir.: percibí en mí mismo que mi estatura crecía conforme a su obrar).

93 Y todos sus movimientos reales reposaban sobre mí a medida que crecía hacia su impulso (y con sus movimientos reales se iba extendiendo hacia mí).

94 Y se apresuró, extendiéndose desde la mano de <quien lo traía> hacia quien había de recibirlo,

95 y a mí también el anhelo me impulsó a salir a su encuentro y a recibirlo.

96 Y extendí la mano y lo recibí, y me adorné con la hermosura de sus colores (en su mayor parte según el sir.; el gr. está corrupto),

97 y con mi vestidura real, sobresaliente en belleza, me vestí por entero.

98 Y cuando me lo hube puesto, fui elevado al lugar de la paz (o del

saludo) y del homenaje,
99 y bajé la cabeza y adoré el resplandor del Padre que me lo había
enviado,
100 porque yo había cumplido sus mandamientos, y él, asimismo, lo
que había prometido,
101 y a las puertas de su palacio, que era desde el principio, me
mezclé entre <sus nobles>,
102 y él se gozó sobre mí y me recibió consigo en su palacio,
103 y todos sus siervos lo alaban con dulces voces.
104 Y me prometió que junto con él sería yo enviado a las puertas
del rey,
105 para que con mis dones y mi perla nos presentásemos juntos
ante el rey.

[Inmediatamente después de esto, en el siríaco, sigue un Cántico de Alabanza del apóstol Tomás, compuesto de cuarenta y dos aclamaciones de alabanza y cuatro cláusulas finales (Wright, pp. 245-51). No guarda relación con los Hechos, y no es en sí mismo tan notable que sea necesario insertarlo aquí.]

114 Y Carisio se fue a casa alegre, pensando que su esposa estaría con él, y que se habría vuelto tal como era antes, como antes de que oyera la palabra divina y creyera en Jesús. Y fue, y la halló con los cabellos desgreñados y las vestiduras rasgadas, y al verla le dijo: Mi señora Migdonia, ¿por qué te tiene presa esta cruel enfermedad? ¿y por qué has hecho esto? Soy tu marido desde tu virginidad, y tanto los dioses como la ley me conceden tener dominio sobre ti; ¿qué es esta gran locura tuya, que te has vuelto escarnio de toda nuestra nación? Mas aparta ya el cuidado que te viene de ese hechicero; y yo apartaré su rostro de entre nosotros, para que no lo veas más.

115 Mas Migdonia, al oír esto, se entregó al dolor, gimiendo y lamentándose; y Carisio dijo de nuevo: ¿Tanto he ofendido, pues, a los dioses, que me han afligido con semejante enfermedad? ¿Cuál es mi gran falta, que me han arrojado a tal humillación? Te ruego, Migdonia, que no atormentes más mi alma con esta lamentable

visión de ti y tu mísero aspecto, ni aflijas mi corazón con cuidado por ti; soy Carisio, tu marido, a quien toda la nación honra y teme. ¿Qué he de hacer? No sé adónde volverme. ¿Qué he de pensar? ¿guardaré silencio y sufriré? mas ¿quién puede tener paciencia cuando le arrebatan su tesoro? ¿y quién puede soportar perder tu dulce trato? ¿y qué me queda? (sir.: tus hermosuras, que están siempre ante mí) tu fragancia está en mis narices, y tu rostro luminoso está fijo en mis ojos. Me están arrebatando el alma, y el hermoso cuerpo que me gozaba en contemplar lo están destruyendo, y aquellos ojos, los más agudos, me los están cegando, y me cortan la mano derecha: mi gozo se torna en dolor, y mi vida en muerte, y su luz se va tiñendo (?) de tinieblas. Que ninguno de vosotros, mis parientes, me mire ya más; de vosotros no me ha venido ayuda alguna, ni adoraré ya más a los dioses de Oriente, que me han envuelto en tales calamidades, ni les rezaré más ni les sacrificaré, pues estoy privado de mi esposa. ¿Y qué más he de pedirles? porque toda mi gloria se me ha quitado, aunque soy príncipe y el segundo en poder después del rey; mas Migdonia me ha tenido en nada, y me ha arrebatado todas estas cosas. (¡Ojalá alguien me cegara un ojo, y que tus ojos me mirasen como solían!, sir., que trae más cláusulas al mismo efecto.)

116 Y mientras Carisio hablaba así entre lágrimas, Migdonia permanecía sentada en silencio, mirando al suelo; y de nuevo se acercó a ella y dijo: Mi señora Migdonia, la más deseada por mí, recuerda que, de entre todas las mujeres que hay en la India, te elegí y te tomé a ti por ser la más hermosa, aunque hubiera podido unirme en matrimonio a muchas más hermosas: mas, sin embargo, miento, Migdonia, porque por los dioses que no habría sido posible hallar otra como tú en la tierra de la India; pero ¡ay de mí siempre!, pues ni siquiera me respondes una palabra: mas si quieres, insúltame, para que al menos se me conceda una palabra tuya. Mírame, pues soy más agraciado que ese hechicero: mas tú eres mi riqueza y mi honor, y todos los hombres saben que no hay nadie como yo; y tú eres mi linaje y mi parentela; y he aquí que él te aparta de mí.

117 Y cuando Carisio hubo dicho esto, Migdonia le dijo: Aquel a quien amo es mejor que tú y que tus bienes: porque tus bienes son de la tierra y a la tierra vuelven; mas aquel a quien amo es del cielo, y me llevará consigo al cielo. Tu riqueza pasará, y tu hermosura se desvanecerá, y tus vestidos, y tus muchas obras; y tú quedarás solo, desnudo, con tus transgresiones. No traigas a mi memoria tus hechos (para conmigo), porque ruego al Señor que te olvide, de modo que no recuerde ya más aquellos antiguos placeres ni la costumbre del cuerpo; los cuales pasarán como una sombra, mas solo Jesús permanece para siempre, y las almas que en él esperan. El mismo Jesús me librá de las obras vergonzosas que hice contigo. Y cuando Carisio oyó esto, se dio la vuelta para dormir, turbado (deshecho) en el alma, diciéndole: Considéralo tú misma esta noche entera: y si quieres estar conmigo tal como eras antes, y no ver más a ese hechicero, haré todo conforme a tu voluntad, y si apartas de él tu afecto, yo lo sacaré de la cárcel y lo dejaré ir y marcharse a otro país, y no te molestaré más, porque sé que tienes en mucho al forastero. Y no contigo primero ha sucedido esto, pues a muchas otras mujeres también ha engañado junto contigo; y ellas han despertado sobrias y han vuelto en sí: no tengas, pues, en nada mis palabras, ni hagas de mí un oprobio entre los indios.

118 Y habiendo hablado así, Carisio se durmió: mas ella tomó diez denarios (veinte zuze, sir.), y fue secretamente a dárselos a los carceleros para poder entrar donde el apóstol. Mas en el camino salió Judas Tomás a su encuentro, y ella lo vio y tuvo miedo, porque pensó que era uno de los magistrados: pues una gran luz iba delante de él. Y se dijo a sí misma mientras huía: ¡Te he perdido, oh alma mía desdichada! porque no volverás a ver a Judas, el apóstol de <Jesús>, el <Dios> viviente, y aún no has recibido el sello santo. Y huyó y corrió a un lugar angosto y allí se escondió, diciendo: Preferiría ser muerta (apresada) por los más pobres, a quienes es posible persuadir, antes que caer en manos de este poderoso magistrado, que desdeñará los dones.

Acto X

EN QUE MIGDONIA RECIBE EL BAUTISMO

119 Y mientras Migdonia pensaba así consigo misma, llegó Judas y se puso sobre ella, y ella lo vio y tuvo miedo, y cayó y quedó sin vida de terror. Mas él se puso junto a ella y la tomó de la mano y le dijo: No temas, Migdonia: Jesús no te abandonará, ni tampoco el Señor, a quien has encomendado tu alma, te dejará de mirar. Su compasivo reposo no te desamparará: el que es bueno no te desamparará, por causa de su bondad, ni el que es benigno, por causa de su benignidad. Levántate, pues, de la tierra, tú que te has vuelto por entero superior a ella: mira la luz, porque el Señor no deja que los que lo aman anden en tinieblas: mira a aquel que camina con sus siervos, que él es para ellos defensor en los peligros. Y Migdonia se levantó y lo miró y dijo: ¿Adónde fuiste, señor mío? ¿y quién es el que te sacó de la cárcel para contemplar el sol? Judas Tomás le dice: Mi Señor Jesús es más poderoso que todos los poderes y todos los reyes y magistrados.

120 Y dijo Migdonia: Dame el sello de Jesucristo, y así (déjame) reciba el don de tus manos antes de que partas de esta vida. Y lo tomó consigo y entró en el patio y despertó a su nodriza, diciéndole: Narcia (gr. Marcia), madre y nodriza mía, todo el servicio y el consuelo que me has dado desde mi niñez hasta mi edad presente son vanos, y por ellos te debo un agradecimiento que es temporal; hazme ahora también un favor, para que recibas para siempre una

recompensa de aquel que da los grandes dones. Y Narcia respondió y dijo: ¿Qué quieres, hija mía Migdonia, y qué se ha de hacer para tu contento? pues los honores que antes me prometiste, el forastero no te ha dejado cumplirlos, y me has hecho oprobio entre toda la nación. ¿Y ahora qué es esto nuevo que me mandas? Y dice Migdonia: Hazte partícipe conmigo de la vida eterna, para que de ti reciba yo perfecta nutrición: toma pan y tráemelo, y vino mezclado con agua, y ten compasión de mi libertad (ten piedad de mí, mujer libre, sir.). Y la nodriza dijo: Te traeré muchos panes, y para beber, frascos de vino, y cumpliré tu deseo. Mas ella dice a la nodriza: Frascos no deseo, ni los muchos panes: sino solamente esto, tráeme vino mezclado con agua y un solo pan, y aceite.

121 Y cuando Narcia hubo traído estas cosas, Migdonia se puso ante el apóstol con la cabeza descubierta; y él tomó el aceite y lo derramó sobre su cabeza, diciendo: Tú, óleo santo que nos fue dado para santificación, misterio secreto por el cual nos fue mostrada la cruz, tú eres el enderezador de los miembros torcidos, tú eres el que ablanda las cosas duras (obras), tú eres el que muestra los tesoros ocultos, tú eres el retoño de la bondad; venga tu poder, sea establecido sobre tu sierva Migdonia, y sánala por esta libertad. Y cuando el aceite fue derramado sobre ella, mandó a la nodriza que la desnudara y le ciñese un lienzo de lino; y había allí una fuente de agua, a la cual subió el apóstol, y bautizó a Migdonia en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y cuando fue bautizada y vestida, partió el pan y tomó una copa de agua y la hizo partícipe del cuerpo de Cristo y de la copa del Hijo de Dios, y dijo: Has recibido tu sello, alcanza para ti la vida eterna. Y al instante se oyó desde lo alto una voz que decía: Sí, amén. Y cuando Narcia oyó aquella voz, se asombró, y suplicó al apóstol que también ella recibiese el sello; y el apóstol se lo dio, y dijo: Que el cuidado del Señor esté sobre ti como sobre los demás.

122 Y habiendo hecho estas cosas, el apóstol volvió a la cárcel, y halló las puertas abiertas y a los guardias todavía dormidos. Y Tomás dijo: ¿Quién es semejante a ti, oh Dios? que no niegas tu amoroso afecto y cuidado a nadie que sea semejante a ti, el misericordioso,

que has librado a tus criaturas del mal. Vida que ha sometido a la muerte, reposo que ha puesto fin a la fatiga. Gloria al unigénito del Padre. Gloria al compasivo que fue enviado desde su corazón. Y cuando hubo dicho esto, los guardias despertaron y vieron todas las puertas abiertas, y a los presos <dormidos, sir.>, y dijeron entre sí: ¿No cerramos nosotros las puertas? ¿y cómo están ahora abiertas, y los presos dentro?

123 Mas al alba, Carisio fue donde Migdonia <y su nodriza, sir.>, y las halló orando y diciendo: Oh Dios nuevo, que por medio del forastero has venido hasta nosotros, Dios oculto de los habitantes de la India (sir.: oculto para ellos); Dios que has mostrado tu gloria por tu apóstol Tomás, Dios cuya fama hemos oído y en quien hemos creído; Dios, a quien hemos venido para ser salvados; Dios, que por amor al hombre y por compasión descendiste hasta nuestra pequeñez; Dios que nos buscaste cuando no te conocíamos; Dios que moras en las alturas y a quien no se ocultan los abismos: aparta de nosotros la locura de Carisio. Y Carisio, al oír esto, dijo a Migdonia: Con razón me llamas malvado y loco e inmundo, pues si no hubiera soportado tu desobediencia y te hubiese dado libertad, no habrías invocado a Dios contra mí ni hecho mención de mi nombre delante de Dios. Mas créeme, Migdonia, que en ese hechicero no hay provecho alguno, y lo que promete hacer no puede cumplirlo: mas yo cumpliré delante de ti todo lo que prometo, para que creas, y sobrellevés mis palabras, y seas para mí como eras antes.

124 Y se le acercó y le rogó de nuevo, diciendo: Si te dejas persuadir por mí, no tendré ya más pesar; recuerda aquel día en que me viste por primera vez; di la verdad: ¿era yo más hermoso para ti en aquel tiempo, o lo es Jesús ahora? Y Migdonia dijo: Aquel tiempo requería lo suyo, y este también lo suyo; aquel era el tiempo del principio, mas este el del fin; aquel era el tiempo de la vida temporal, este el de la eterna; aquel, de un placer que pasa, mas este, de un placer que permanece para siempre; aquel, de día y de noche, este, de día sin noche. Viste aquel matrimonio, que era pasajero, mundano y singular, mas este matrimonio dura para

siempre; aquel era sociedad de corrupción, mas este, de vida eterna; aquellos padrinos (y damas) eran hombres y mujeres del tiempo, mas estos permanecen hasta el fin. Aquel matrimonio sobre la tierra levanta un rocío pasajero del amor de los hombres (sir.: aquella unión se fundó sobre la tierra, donde hay una opresión incesante; esta se funda sobre el puente de fuego, sobre el cual se derrama la gracia: ambos textos, corruptos); aquella cámara nupcial vuelve a derribarse, mas esta permanece siempre; aquel lecho estaba cubierto de colchas (que envejecen), mas este, de amor y de fe. Tú eres un esposo que pasa y se disuelve (se muda), mas Jesús es un esposo verdadero, que permanece para siempre, inmortal; aquella dote era de dinero y de vestidos que envejecen, mas esta es de palabras vivas que jamás pasan.

125 Y cuando Carisio hubo oído estas cosas, fue al rey y se lo contó todo: y el rey mandó que trajesen a Judas, para juzgarlo y darle muerte. Mas Carisio dijo: Ten paciencia un poco, oh rey, y primero persuade a este hombre, atemorizándolo, para que él persuada a Migdonia a ser para mí como antes. Y Misdeo envió y trajo al apóstol de Cristo, y todos los presos se afligieron porque el apóstol se apartaba de ellos, pues lo añoraban, diciendo: Hasta el consuelo que teníamos nos han quitado.

126 Y Misdeo dijo a Judas: ¿Por qué enseñas esta nueva doctrina, que tanto los dioses como los hombres aborrecen, y que no tiene provecho alguno? Y Judas dijo: ¿Qué mal enseño yo? Y Misdeo dijo: Enseñas, diciendo que los hombres <no pueden vivir bien si no viven castamente> para con el Dios que predicas. Judas dice: Verdad dices, oh rey: así enseño. Pues dime, ¿no te enojas con tus soldados si te sirven con vestiduras sucias? si tú, pues, siendo rey de la tierra y que a la tierra has de volver, exiges a tus súbditos que sean decorosos en su proceder, ¿os enojáis y decís que enseño mal cuando digo que los que sirven a mi Rey deben ser decorosos y puros y estar libres de toda pena y cuidado de hijos y de riquezas inútiles y de vana turbación? Pues en verdad tú quieres que tus súbditos sigan tu conducta y tus costumbres, y los castigas si desprecian tus mandatos: ¿cuánto más deben los que creen en él

servir a mi Dios con mucha reverencia y pureza y seguridad, y estar libres de todos los placeres del cuerpo, del adulterio y de la prodigalidad y del hurto y de la embriaguez y de la gula y de las obras torpes?

127 Y Misdeo, al oír esto, dijo: He aquí que te dejo ir: ve, pues, y persuade a Migdonia, la esposa de Carisio, de que no desee apartarse de él. Judas le dice: No tardes, si algo tienes que hacer: pues en cuanto a ella, si ha recibido rectamente lo que ha aprendido, ni el hierro, ni el fuego, ni nada más fuerte que estos bastará para dañar o arrancar a aquel que está retenido en su alma. Misdeo dice a Judas: Algunos venenos disuelven a otros venenos, y la triaca cura las mordeduras de la víbora; y tú, si quieres, puedes dar un remedio para estos males, y hacer paz y concordia entre esta pareja: pues obrando así te librarás a ti mismo, ya que aún no estás harto de la vida; y has de saber que si no la persuades, te arrebataré de esta vida, que es deseable para todos los hombres. Y Judas dijo: Esta vida ha sido dada como préstamo, y este tiempo es uno que cambia, mas aquella vida de la que yo enseño es incorruptible; y la hermosura y la juventud que se ven cesarán en poco tiempo de ser. El rey le dice: Te he aconsejado lo mejor, mas tú sabes lo que a ti te conviene.

128 Y cuando el apóstol salió de delante del rey, Carisio se acercó a él y le suplicó, diciendo: Te ruego, oh hombre: no he pecado nunca contra ti ni contra ningún otro, ni contra los dioses; ¿por qué has suscitado contra mí esta gran calamidad? ¿y por qué causa has traído tal perturbación sobre mi casa? ¿y qué provecho sacas de ello? mas si piensas ganar algo, dime cuál es la ganancia, y yo te la procuraré sin esfuerzo alguno. ¿Con qué fin me enloqueces, y te arrojas a la destrucción? porque si no la persuades, tanto te haré perecer a ti como, al fin, me quitaré yo mismo la vida. Mas si, como tú dices, después de nuestra partida de aquí hay vida y muerte, y también condenación y victoria y un lugar de juicio, entonces yo también iré allá para ser juzgado contigo: y si ese Dios que predicas es justo y otorga el castigo con justicia, sé que ganaré mi causa contra ti; pues tú me has agraviado, sin haber sufrido tú agravio

alguno de mis manos: pues, en verdad, incluso aquí soy capaz de vengarme de ti y traer sobre ti todo lo que me has hecho. Por tanto, déjate persuadir, y ven conmigo a casa, y persuade a Migdonia de estar conmigo como al principio, antes de que te viese a ti. Y Judas le dice: Créeme, hijo mío, que si los hombres amasen a Dios tanto como se aman unos a otros, le pedirían todas las cosas y las recibirían, y nadie les haría violencia (nada habría que no les obedeciese, sir.).

129 Y mientras Tomás decía esto, llegaron a casa de Carisio y hallaron a Migdonia sentada, y a Narcia de pie junto a ella, con la mano sosteniendo su mejilla; y ella decía: Que se me corte, oh madre, lo que resta de los días de mi vida, y que todas las horas se hagan como una sola hora, y que yo parta de esta vida, para ir cuanto antes y contemplar a aquel hermoso, de quien he oído la fama, aquel viviente y dador de vida a los que en él creen, donde no hay día ni noche, ni luz ni tinieblas, ni bien ni mal, ni pobre ni rico, ni varón ni hembra, ni libre ni siervo, ni soberbio que sojuzgue al humilde. Y mientras ella hablaba, el apóstol se puso junto a ella, y al instante ella se levantó y le hizo reverencia. Entonces Carisio le dijo: ¿Ves cómo te teme y te honra, y que todo cuanto le mandes lo hará de buen grado?

130 Y así hablando, Judas dice a Migdonia: Hija mía Migdonia, obedece lo que dice tu hermano Carisio. Y Migdonia dice: Si no fuiste capaz <de nombrar> el hecho con la palabra, ¿me obligarás a soportar el acto? pues he oído de ti que esta vida no tiene provecho, y que este alivio es por un tiempo, y que estas posesiones son transitorias. Y también dijiste que quien renuncia a esta vida recibirá la vida eterna, y que quien aborrece la luz del día y de la noche contemplará una luz que no es alcanzada, y que quien desprecia este dinero hallará otro dinero eterno. Mas ahora, porque tienes miedo... ¿Quién, habiendo hecho algo y siendo alabado por la obra, la deshace y la derriba al instante desde los cimientos? ¿quién cava una fuente de agua en tierra sedienta y al instante la rellena? ¿quién halla un tesoro y no lo usa? Y Carisio oyó esto y dijo: No os imitaré, ni me apresuraré a destruirlos; ni aunque así lo hiciera, te pondría

cadena (mas a ti te ataré, sir.); y no te permitiré hablar con ese hechicero; y si me obedeces, bien, mas si no, ya sé lo que he de hacer.

131 Y Judas salió de casa de Carisio y se fue a casa de Sifor, y se alojó allí con él. Y Sifor dijo: Prepararé para Judas una sala (triclinio) donde pueda enseñar (sir.: Sifor dijo a Judas: Prepárate un aposento, etc.). Y así lo hizo; y Sifor dijo: Yo, y mi esposa, y mi hija, viviremos desde ahora en santidad, y en castidad, y en un solo afecto. Te ruego que recibamos de ti el sello, y lleguemos a ser adoradores del Dios verdadero y contados entre sus ovejas y corderos. Y Judas dijo: Temo decir lo que pienso; mas algo sé, y lo que sé no me es posible expresarlo.

132 Y comenzó a decir acerca del bautismo: Este bautismo es remisión de pecados (los manuscritos griegos U y P tienen textos divergentes, ambos oscuros): este vuelve a hacer brotar la luz que se derrama en torno a nosotros: este da nuevo nacimiento al hombre nuevo (este es el restaurador de los entendimientos, sir.): este mezcla el espíritu (con el cuerpo), levanta de forma triple a un hombre nuevo y <lo hace> partícipe de la remisión de los pecados. Gloria a ti, oculto, que te comunicas en el bautismo. Gloria a ti, poder invisible que está en el bautismo. Gloria a ti, renovación, por la cual son renovados los que son bautizados y con afecto se aferran a ti. Y habiendo dicho esto, derramó aceite sobre sus cabezas y dijo: Gloria a ti, amor de la compasión (de las entrañas). Gloria a ti, nombre de Cristo. Gloria a ti, poder establecido en Cristo. Y mandó traer una vasija, y los bautizó en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

133 Y cuando fueron bautizados y vestidos, puso pan sobre la mesa y lo bendijo, y dijo: Pan de vida, el cual quien come permanece incorruptible: Pan que llena de su bendición a las almas hambrientas: tú eres aquel que se digna recibir un don, para que llegues a ser para nosotros remisión de pecados, y para que quienes te comen lleguen a ser inmortales: invocamos sobre ti el nombre de la madre, del inefable misterio de las potestades y autoridades

ocultas (¿invocamos el nombre del inefable misterio, que está oculto de todos, etc.): invocamos sobre ti el nombre de [tu] Jesús. Y dijo: Vengan los poderes de la bendición, y sean establecidos en este pan, para que todas las almas que participen de él sean lavadas de sus pecados. Y lo partió y dio a Sifor y a su esposa y a su hija.

Acto XI

DE LA ESPOSA DE MISDEO

134 Y el rey Misdeo, después de haber dejado ir a Judas, cenó y se fue a casa, y contó a su esposa lo que le había sucedido a Carisio su pariente, diciendo: Mira lo que le ha acontecido a ese hombre desdichado; y tú misma sabes, hermana mía Tercia, que el hombre no tiene nada mejor que su propia esposa, en quien descansa; mas sucedió que la esposa de él fue donde aquel hechicero de quien has oído que ha venido a la tierra de los indios, y cayó en sus hechizos y está separada de su propio marido; y él no sabe qué hacer. Y cuando yo hubiera querido destruir al malhechor, él no lo quiso. Mas ve tú y aconséjale que se incline hacia su marido, y abandone las vanas palabras del hechicero.

135 Y tan pronto como se levantó, Tercia fue a casa de Carisio, <pariente> de su marido, y halló a Migdonia tendida en tierra, humillada; y había ceniza y cilicio extendidos bajo ella, y oraba pidiendo que el Señor le perdonase sus antiguos pecados y que pronto partiese de esta vida. Y Tercia le dijo: Migdonia, mi querida hermana y compañera, ¿qué es esta necedad (sir. esta necedad)? ¿qué mal es este que te ha sobrevenido? y ¿por qué haces obras de locos? Conócete a ti misma y vuelve a tu propio camino, acércate a tus muchos parientes, y ten compasión de tu verdadero marido Carisio, y no hagas cosas impropias de una mujer libre. Migdonia le dijo: Oh Tercia, tú no has oído aún al predicador de la vida: aún no

ha tocado tus oídos, ni has gustado todavía la medicina de la vida, ni te has librado del luto corruptible. Tú estás en la vida del tiempo, y no conoces la vida y la salvación eternas, ni percibes la comunión incorruptible. Estás vestida de ropas que envejecen, y no deseas las que son eternas; y te enorgulleces de esta hermosura que se desvanece, y no piensas en la fealdad de tu alma; y eres rica en multitud de siervos (y no has librado tu propia alma de la servidumbre, sir.), y te vanaglorias de la gloria que viene de muchos, mas no te redimes de la condenación de la muerte.

136 Y cuando Tercia oyó esto de labios de Migdonia, dijo: Te ruego, hermana, que me lleves a ver a ese forastero que enseña estas grandes cosas, para que yo también vaya y le oiga, y sea enseñada a adorar al Dios que él predica, y llegue a ser partícipe de sus oraciones, y comparta todo lo que me has contado. Y Migdonia le dijo: Está en casa de Sifor el capitán; porque él se ha hecho ocasión de vida para todos los que se están salvando en la India. Y al oír esto, Tercia fue aprisa a casa de Sifor, para ver al nuevo apóstol que había llegado allí. Y cuando entró, Judas le dijo: ¿Qué has venido a ver? a un hombre forastero y pobre y despreciable y menesteroso, que no tiene riquezas ni hacienda; mas una cosa poseo que ni reyes ni gobernantes pueden quitarme, que ni perece ni cesa, que es Jesús, el Salvador de todo el género humano, el Hijo del Dios vivo, que ha dado vida a todos los que creen en él y se refugian en él y son conocidos por ser del número de sus siervos (ovejas, sir.). A quien dijo Tercia: ¿Podré yo llegar a ser partícipe de esta vida que tú prometes que recibirán todos los que se reúnan en la asamblea de Dios? Y el apóstol dijo: El tesoro del rey santo está abierto de par en par, y los que dignamente participan de los bienes que hay en él, reposan, y reposando, reinan: mas primero, ningún hombre viene a él si es inmundo y vil: porque él conoce nuestros corazones más íntimos y las profundidades de nuestro pensamiento, y a nadie es posible escapar de él. Tú, pues, si en verdad crees en él, serás hecha digna de sus misterios; y él te engrandecerá y te enriquecerá, y te hará heredera de su reino.

137 Y Tercia, habiendo oído esto, volvió a casa gozosa, y halló a su marido esperándola, que aún no había cenado; y cuando Misdeo la vio, dijo: ¿Cómo es que hoy tu entrada es más hermosa? y ¿por qué has venido a pie, lo cual no conviene a mujeres libres como tú? Y Tercia le dijo: Te debo las mayores gracias por haberme enviado a Migdonia; porque fui y oí hablar de una vida nueva, y vi al nuevo apóstol del Dios que da vida a los que creen en él y cumplen sus mandamientos; debo, pues, recompensarte yo misma por este favor y amonestación con buen consejo; porque tú serás un gran rey en el cielo si me obedeces y temes al Dios que predica el forastero, y te guardas santo para el Dios vivo. Porque este reino pasa, y tu consuelo se convertirá en aflicción: mas ve tú a ese hombre, y créele, y vivirás hasta el fin. Y cuando Misdeo oyó estas cosas de su mujer, se golpeó el rostro con las manos y rasgó sus vestidos, y dijo: Que el alma de Carisio no halle reposo, porque me ha herido en el alma; y que no tenga esperanza, porque me ha quitado la mía. Y salió muy irritado.

138 Y halló a Carisio, su amigo, en la plaza, y le dijo: ¿Por qué me has arrojado al infierno para ser otro compañero tuyo? ¿por qué me has vaciado y defraudado sin ganar nada? ¿por qué me has dañado a mí sin sacar provecho tú mismo? ¿por qué me has dado muerte sin vivir tú mismo? ¿por qué me has agraviado sin obtener tú mismo justicia? ¿por qué no me dejaste destruir a aquel hechicero antes de que corrompiese mi casa con su maldad? Y se aferraba a Carisio (le reprochaba, sir.). Y Carisio dijo: ¿Por qué? ¿qué te ha sucedido? Misdeo dijo: Ha hechizado a Tercia. Y fueron ambos a casa de Sifor el capitán, y hallaron a Judas sentado, enseñando. Y todos los que allí estaban se levantaron ante el rey, mas él no se levantó. Y Misdeo se dio cuenta de que era él, y asió el asiento y lo volcó, y tomó el asiento con ambas manos y le golpeó la cabeza de modo que le hirió, y lo entregó a sus soldados, diciendo: Llevadlo, y arrastradlo con violencia y no con mansedumbre, para que su vergüenza sea manifiesta a todos los hombres. Y lo arrastraron y lo llevaron al lugar donde Misdeo juzgaba, y allí quedó, sujeto por los soldados de Misdeo.

Acto XII

DE VAZANES, HIJO DE MISDEO

139 Y Vazanes (Iuzanes, P; Vizán, sir.), hijo de Misdeo, se acercó a los soldados y dijo: Dádmelo, para que hable con él hasta que venga el rey. Y se lo entregaron, y lo llevó a donde el rey daba sentencia. Y Vazanes dijo: ¿No sabes que yo soy hijo del rey Misdeo, y que tengo poder para decir al rey lo que quiera, y él te dejará vivir? dime, pues, quién es tu Dios, y qué poder reclamas y en qué te glorías; porque si es algún poder o arte de magia, dímelo y enséñamelo, y yo te dejaré ir. Judas le dijo: Tú eres hijo de Misdeo el rey, que es rey por un tiempo, mas yo soy siervo de Jesucristo, el rey eterno; y tú tienes poder para decir a tu padre que salve a quien quieras en la vida temporal en la que los hombres no permanecen, la cual tú y tu padre concedéis, mas yo suplico a mi Señor e intercedo por los hombres, y él les da una vida nueva que es del todo duradera. Y tú te jactas de posesiones y siervos y vestidos y lujo y cámaras impuras, mas yo me jacto de pobreza y filosofía y humildad y ayuno y oración y de la comunión del Espíritu Santo y de mis hermanos que son dignos de Dios: y me jacto de la vida eterna. Y tú confías en (te has refugiado en) un hombre semejante a ti mismo, y que no puede salvar su propia alma del juicio y de la muerte, mas yo me apoyo en el Dios vivo, en el salvador de reyes y príncipes, que es el juez de todos los hombres. Y vosotros hoy quizá sois, y mañana ya no sois, mas yo me he refugiado en aquel que permanece para

siempre y conoce todas nuestras estaciones y tiempos. Y si quieres llegar a ser siervo de este Dios, pronto podrás serlo; mas muestra que serás siervo digno de él por estas señales: primero por la santidad (pureza), que es la cabeza de todos los bienes, y luego por la comunión con este Dios que yo predico, y por la filosofía y la sencillez y el amor y la fe en él, y la unidad de alimento puro (sencillez de vida pura, sir.).

140 Y el joven fue persuadido por el Señor, y buscaba ocasión de dejar escapar a Judas; mas mientras pensaba en ello, llegó el rey, y los soldados tomaron a Judas y lo sacaron. Y Vazanes salió con él y se puso a su lado. Y cuando el rey se hubo sentado, mandó que trajesen a Judas, con las manos atadas a la espalda; y fue traído al centro y allí quedó de pie. Y el rey dijo: Dime quién eres y con qué poder haces estas cosas. Y Judas le dijo: Soy un hombre como tú, y por el poder de Jesucristo hago estas cosas. Y Misdeo dijo: Dime la verdad antes de que te destruya. Y Judas dijo: No tienes poder alguno contra mí, como supones, y no me harás daño en absoluto. Y el rey se enfureció por estas palabras, y mandó calentar planchas de hierro y ponerlo sobre ellas descalzo; y mientras los soldados le quitaban las sandalias, él dijo: La sabiduría de Dios es mejor que la sabiduría de los hombres. Tú, Señor y Rey (toma tú consejo contra ellos, sir.), y que tu bondad resista su ira. Y trajeron las planchas, que eran como fuego, y pusieron al apóstol sobre ellas, y al instante brotó agua abundante de la tierra, de modo que las planchas quedaron sumergidas en ella, y los que lo sujetaban lo soltaron y se retiraron.

141 Y el rey, viendo la abundancia de agua, dijo a Judas: Pide a tu Dios que me libre de esta muerte, para que yo no perezca en la inundación. Y el apóstol oró y dijo: Tú que ataste este elemento (naturaleza) y lo reuniste en un solo lugar y lo enviaste a diversas tierras; que trajiste el desorden al orden, que concedes obras poderosas y grandes maravillas por manos de Judas, tu siervo; que tienes misericordia de mi alma, para que yo reciba siempre tu resplandor; que das salario a los que han trabajado; tú, salvador de mi alma, que la restauras a su propia naturaleza, para que no tenga

comuni3n con las cosas da1inas; que has sido siempre ocasi3n de vida: refrena t3 este elemento, para que no se alce a destruir; porque hay algunos aqu3 presentes que creer3n en ti y vivir3n. Y cuando hubo orado, el agua fue absorbida poco a poco, y el lugar qued3 seco. Y cuando Misdeo lo vio, mand3 que lo llevasen a la c3rcel: Hasta que considere c3mo ha de ser tratado.

142 Y mientras Judas era llevado a la c3rcel, todos lo segu3an, y Vazanes, el hijo del rey, caminaba a su derecha, y Sifor a su izquierda. Y entr3 en la c3rcel y se sent3, y Vazanes y Sifor, y persuadi3 a su mujer y a su hija de que se sentasen, pues tambi3n ellas hab3an venido a o3r la palabra de vida. Porque sab3an que Misdeo lo matar3a a causa del exceso de su ira. Y Judas comenz3 a decir: Oh libertador de mi alma de la servidumbre de los muchos, porque me entregué para ser vendido; he aqu3 que me alegro y exulto, sabiendo que se han cumplido los tiempos para que yo entre y reciba. He aqu3 que quedo libre de los cuidados que hay en la tierra; he aqu3 que cumplo mi esperanza y recibo la verdad; he aqu3 que quedo libre de tristeza y me visto solo de gozo; he aqu3 que quedo despreocupado y sin pesar y habito en reposo; he aqu3 que quedo libre de la servidumbre y soy llamado a la libertad; he aqu3 que he servido tiempos y estaciones, y soy alzado por encima de tiempos y estaciones; he aqu3 que recibo mi salario de mi recompensador, que da sin cuenta (sin n3mero), porque su riqueza basta para el don; he aqu3 que me visto de mi vestidura, y no volver3 a quit3rmela; he aqu3 que duermo y despierto, y no volver3 a dormirme; he aqu3 que muero y vivo de nuevo, y no volver3 a gustar la muerte; he aqu3 que se alegran y me esperan, para que venga y est3 con sus parientes y sea puesto como flor en su corona; he aqu3 que reino en el reino en que puse mi esperanza, desde ahora mismo; he aqu3 que los rebeldes caen ante m3, porque he escapado de ellos; he aqu3 que a m3 ha venido la paz, a la cual todos son reunidos.

143 Y mientras el ap3stol hablaba as3, todos los que all3 estaban escuchaban, suponiendo que en aquella hora partir3a de esta vida. Y de nuevo dijo: Creed en el m3dico de todas las <enfermedades>,

tanto visibles como invisibles, y en el salvador de las almas que necesitan ayuda de él. Este es el <hijo> libre de nacimiento de los reyes, este el médico de sus criaturas; este es el que fue afrentado por sus propios siervos; este es el Padre de la altura y el Señor de la naturaleza y el Juez (¿Padre de la naturaleza y Señor de la altura y juez supremo, sir?): vino del más grande, el unigénito hijo de la profundidad; y fue llamado hijo de (se manifestó por medio de, sir.) María la virgen, y fue tenido por hijo de José el carpintero: aquel cuya pequeñez (contemplamos) con los ojos de nuestro cuerpo, mas cuya grandeza recibimos por la fe, y la vimos en sus obras; cuyo cuerpo humano tocamos también con nuestras manos, y cuyo aspecto vimos transfigurado (cambiado) con nuestros ojos, mas su semblante celestial en el monte no pudimos verlo: aquel que hizo tropezar a los gobernantes e hizo violencia a la muerte: aquel, la verdad que no miente, que al fin pagó el tributo por sí mismo y por sus discípulos: a quien el príncipe, al contemplarlo, temió, y las potestades que estaban con él se turbaron; y el príncipe dio testimonio (le preguntó, sir.) quién era y de dónde, y no conoció la verdad, porque él es ajeno a la verdad: aquel que, teniendo autoridad sobre el mundo, y los placeres que hay en él, y las posesiones y el bienestar, <rechazó> todas estas cosas, y aparta a sus súbditos, para que no las usen.

144 Y habiendo cumplido estas palabras, se levantó y oró así: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu nombre: venga tu reino: hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: y perdónanos nuestras deudas, así como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del maligno.

Señor mío y Dios mío, esperanza y confianza y maestro, tú me enseñaste a orar así: he aquí que oro esta oración y cumplo tu mandamiento: sé tú conmigo hasta el fin; tú eres quien desde mi niñez sembró en mí la vida y me guardó de la corrupción; tú eres quien me trajo a la pobreza de este mundo, y me exhortó a las verdaderas riquezas; tú eres quien me dio a conocer a mí mismo y

me mostró que soy tuyo; y me he guardado puro de mujer, para que lo que tú exiges no se hallase en mancha.

[En las palabras «Señor mío y Dios mío» comienza el texto doble, representado por un lado por el manuscrito U y por otro por el manuscrito de París P, y otros tres (en parte cuatro). Estos insertan la oración después del capítulo 167. Su texto, creo yo, puede ser el griego original. Lo sigo aquí, repitiendo el primer párrafo.]

(144) Señor mío y Dios mío, esperanza mía y confianza mía y maestro mío, que implantaste en mí el valor, tú me enseñaste a orar así; he aquí que oro tu oración y llevo tu voluntad a cumplimiento: sé tú conmigo hasta el fin. Tú eres quien desde mi juventud me diste paciencia en la tentación, y me diste vida y me preservaste de la corrupción; tú eres quien me trajo a la pobreza de este mundo y me llenó de las verdaderas riquezas; tú eres quien me mostró que era tuyo: por lo cual nunca me uní a esposa, para que el templo digno de ti no se hallase en mancha.

145 Mi boca no basta para alabarte, ni soy capaz de concebir el cuidado y la providencia (solicitud) que de ti ha habido para conmigo. Porque deseé ganar riquezas, mas tú, por una visión, me mostraste que están llenas de pérdida y daño para los que las ganan, y yo creí tu revelación, y permanecí en la pobreza del mundo hasta que tú, la verdadera riqueza, me fuiste revelado, tú que me llenaste, a mí y a los demás que eran dignos de ti, de tus propias riquezas, y libraste a los tuyos del cuidado y de la ansiedad. He cumplido, pues, tus mandamientos, oh Señor, y he llevado a cabo tu voluntad, y me he hecho pobre y menesteroso y forastero y siervo y tenido en nada y prisionero y hambriento y sediento y desnudo y descalzo, y he trabajado por tu causa, para que mi confianza no perezcase y mi esperanza que está en ti no se confundiese, y mi mucho trabajo no fuese en vano, y mi cansancio no se contase por nada: no perezcan mis oraciones ni mis continuos ayunos, ni mi gran celo hacia ti; no se cambie mi semilla de trigo por cizaña de tu tierra, no la lleve el enemigo y mezcle con ella su propia cizaña;

porque tu tierra en verdad no recibe su cizaña, ni pueden en verdad guardarse en tus casas.

146 He plantado tu viña en la tierra, ha hundido sus raíces en la profundidad y su crecimiento se extiende hacia lo alto, y sus frutos se despliegan sobre la tierra, y los que son dignos de ti se alegran con ellos, a quienes también tú has ganado. El dinero que de mí tienes lo deposité sobre la mesa (banco); esto, cuando lo requieras, devuélvemelo con usura, como prometiste. Con tu única mina he negociado y he hecho diez, tú me has añadido más de lo que tenía, como pactaste. He perdonado a mi deudor la mina, no la reclames tú de mis manos. Fui invitado a la cena y acudí: y rehusé la tierra y la yunta de bueyes y la esposa, para no ser rechazado por causa de ellas; fui invitado a la boda, y me vestí de ropas blancas, para ser digno de ella y no ser atado de pies y manos y echado a las tinieblas de fuera. Mi lámpara, con su luz brillante, aguarda al señor que viene de las bodas, para recibirlo, y que yo no vea (¿que él no vea?) que se apaga porque el aceite se ha acabado. Mis ojos, oh Cristo, miran hacia ti, y mi corazón se regocija de gozo porque he cumplido tu voluntad y perfeccionado tus mandamientos; para ser semejante a aquel siervo vigilante y cuidadoso que en su celo no deja de velar (otros mss.: no he dormitado ociosamente en guardar tus mandamientos: en el primer sueño y a medianoche y al canto del gallo, para que mis ojos te contemplan, etc.). Toda la noche he trabajado para guardar mi casa de los ladrones, para que no sea forzada.

147 He ceñido mis lomos con la verdad y he atado mis sandalias a mis pies, para no verlas nunca abiertas; he puesto mis manos al arado uncido y no me he vuelto atrás, para que mis surcos no vayan torcidos. El campo de labranza ha blanqueado y la siega ha llegado, para que yo reciba mi salario. Mi vestido, que envejece, lo he gastado, y el trabajo que me ha traído al reposo lo he cumplido. He guardado la primera vela y la segunda y la tercera, para contemplar tu rostro y adorar tu santo resplandor. He arrancado lo peor (he derribado mis graneros, sir.) y lo he dejado desolado sobre la tierra, para llenarme de tus tesoros (los mss. griegos añaden: he vendido

todos mis bienes, para ganarte a ti, la perla). El manantial húmedo que había en mí lo he secado, para vivir y reposar junto a tu manantial inagotable (alt. y sir.: reposar junto a tu manantial vivo). Al cautivo que me confiaste lo he dado muerte, para que el que en mí es librado no caiga de su confianza. Lo que era interior lo he hecho exterior, y lo exterior <interior>, y toda tu plenitud se ha cumplido en mí. No he vuelto a las cosas que quedan atrás, sino que he avanzado hacia las cosas que están delante, para no llegar a ser un oprobio. Al muerto he vivificado, y al viviente he vencido, y lo que faltaba he colmado (el sir. de Wright, no el más antiguo, inserta negaciones, «no vivificado», etc.), para recibir la corona de la victoria, y para que el poder de Cristo se cumpla en mí. He recibido oprobio sobre la tierra, mas dame tú la recompensa y el galardón en los cielos. (U omite prácticamente todo este capítulo.)

148 Que no me perciban las potestades ni los oficiales, y que no tengan pensamiento alguno acerca de mí; que los publicanos y los exactores no ejerzan su oficio sobre mí; que los débiles y los malos no clamen contra mí, que soy valiente y humilde, y cuando sea llevado hacia arriba que no se levanten a estar ante mí, por tu poder, oh Jesús, que me rodea como una corona: porque huyen y se esconden, no pueden mirarte: mas caen de repente sobre los que les están sujetos, y la porción de los hijos del maligno clama por sí misma y los convence; y no se les oculta, pues su naturaleza se da a conocer: los hijos del maligno son apartados. Concédeme, pues, Señor, que pase en quietud y gozo y paz, y que pase adelante y me presente ante el juez; y que el diablo (o calumniador) no me mire; que sus ojos sean cegados por tu luz, que hiciste habitar en mí; cierra tú su boca (ponle bozal): porque nada ha hallado contra mí.

[Volvemos a U.]

149 Y dijo de nuevo a los que estaban junto a él: <Creed, hijos míos, en el Dios que yo proclamo; creed en Jesucristo, a quien predico; creed en el dador de vida y ayudador de sus siervos, sir.> creed en el Salvador de los que han trabajado en su servicio: porque mi alma ya florece, porque mi tiempo está cerca de recibirlo;

porque, siendo él hermoso, siempre me atrae a hablar de su hermosura, lo que es, aunque no soy capaz ni me basta para decirla dignamente: tú que eres la luz (el alimento, sir.) de mi pobreza y el suplidor de mis carencias y el nutridor de mi necesidad: sé tú conmigo hasta que venga y te reciba para siempre.

Acto XIII

EN QUE VAZANES RECIBE EL BAUTISMO CON LOS DEMÁS

150 Y el joven Vazanes suplicó al apóstol, diciendo: Te ruego, oh hombre, apóstol de Dios, que me dejes ir, y persuadiré al carcelero de que te permita venir conmigo a casa, para que por ti reciba yo el sello, y llegue a ser tu ministro y guardián de los mandamientos del Dios que predicas. Porque en verdad, antiguamente yo andaba en las cosas que tú enseñas, hasta que mi padre me obligó y me unió a una esposa llamada Mnesara; pues estoy en mi vigésimo primer año, y llevo ya siete años casado, y antes de unirme en matrimonio no conocí a otra mujer; por lo cual también fui tenido por inútil por mi padre, ni he tenido jamás hijo ni hija de esta esposa, y también mi propia esposa ha vivido conmigo en castidad todo este tiempo, y hoy, si ella hubiera estado sana y te hubiera escuchado, sé bien que tanto yo habría hallado reposo como ella habría recibido la vida eterna; mas está en peligro y afligida por gran enfermedad; persuadiré, pues, al guardián de que prometa venir conmigo, pues vivo solo: y tú sanarás también a esa desdichada. Y Judas, el apóstol del Altísimo, al oír esto, dijo a Vazanes: Si crees, verás las maravillas de Dios, y cómo salva a sus siervos.

151 Y mientras hablaban así juntos, Tercia y Migdonia y Narcia estaban a la puerta de la cárcel, y dieron al carcelero trescientas

sesenta y tres estáteras de plata y entraron a ver a Judas; y hallaron a Vazanes y a Sifor y a su mujer y a su hija, y a todos los presos sentados y oyendo la palabra. Y cuando estuvieron junto a él, les dijo: ¿Quién os ha permitido venir a nosotros? y ¿quién os abrió la puerta sellada para que salierais? Tercia le dijo: ¿No nos abriste tú mismo la puerta y nos dijiste que entrásemos en la cárcel para que tomásemos a nuestros hermanos que estaban allí, y que entonces el Señor mostraría su gloria en nosotros? Y cuando nos acercamos a la puerta, no sé cómo, te apartaste de nosotras y te ocultaste, y llegaste aquí antes que nosotras, donde también oímos el ruido de la puerta, cuando nos cerraste fuera. Dimos, pues, dinero a los guardianes y entramos; y he aquí que estamos aquí rogándote que te persuadamos y te dejemos escapar hasta que cese la ira del rey contra ti. A quien Judas dijo: Decidnos primero cómo fuisteis encerradas.

152 Y ella le dijo: Tú estabas con nosotras, y nunca nos dejaste ni una hora, ¿y preguntas cómo fuimos encerradas? mas si deseas oírlo, oye. El rey Misdeo me mandó llamar y me dijo: Aún no ha prevalecido sobre ti ese hechicero, pues, según oigo, hechiza a los hombres con aceite y agua y pan, y aún no te ha hechizado a ti; mas obedéceme, pues si no, te encerraré y te consumiré, y a él lo destruiré; porque sé que si aún no te ha dado aceite y agua y pan, no ha logrado tener poder sobre ti. Y yo le dije: Sobre mi cuerpo tienes autoridad, y haz de él lo que quieras; mas mi alma no dejaré que perezca contigo. Y al oír esto me encerró en una cámara (bajo su salón de banquetes, sir.): y Carisio trajo a Migdonia y la encerró conmigo: y tú nos sacaste y nos trajiste hasta aquí; mas danos ya el sello pronto, para que se corte la esperanza de Misdeo, que así aconseja.

153 Y cuando el apóstol oyó esto, dijo: Gloria a ti, oh Jesús de muchas formas, gloria a ti, que apareces bajo la apariencia de nuestra pobre condición humana: gloria a ti, que nos animas y nos fortaleces y nos das gracia y nos consuelas y estás junto a nosotros en todos los peligros, y fortaleces nuestra debilidad. Y mientras así hablaba, llegó el carcelero y dijo: Apagad las lámparas, no sea que

alguien os acuse ante el rey. Y entonces apagaron las lámparas y se dispusieron a dormir; mas el apóstol habló al Señor: Es ya la hora, oh Jesús, de que te apresures; porque he aquí que los hijos de las tinieblas se sientan (nos hacen sentar, sir.) en sus propias tinieblas; ilumínanos tú, pues, con la luz de tu naturaleza. Y de repente toda la cárcel quedó clara como el día: y mientras todos los que estaban en la cárcel dormían un sueño profundo, solo los que habían creído en el Señor permanecían despiertos.

154 Judas dijo entonces a Vazanes: Ve tú delante y prepara lo que sea necesario para nosotros. Vazanes dijo entonces: ¿Y quién me abrirá las puertas de la cárcel? pues los carceleros las han cerrado y se han dormido. Y Judas dijo: Cree en Jesús, y hallarás las puertas abiertas. Y cuando salió y se apartó de ellos, todos los demás lo siguieron. Y como Vazanes se había adelantado, Mnesara, su esposa, salió a su encuentro, viniendo hacia la cárcel. Y ella lo reconoció y dijo: Hermano mío Vazanes, ¿eres tú? y él dijo: Sí; ¿y eres tú Mnesara? y ella dijo: Sí. Vazanes le dijo: ¿Adónde caminas, sobre todo a una hora tan intempestiva? y ¿cómo has podido levantarte? Y ella dijo: Este joven puso su mano sobre mí y me levantó, y en un sueño vi que debía ir adonde está sentado el forastero, y quedar completamente sana. Vazanes le dijo: ¿Qué joven va contigo? Y ella dijo: ¿No ves a aquel que está a mi mano derecha, guiándome de la mano?

155 Y mientras hablaban así juntos, Judas, con Sifor y su mujer y su hija y Tercia y Migdonia y Narcia, llegaron a casa de Vazanes. Y Mnesara, la esposa de Vazanes, al verlo, le hizo reverencia y dijo: ¿Has venido tú, que nos salvaste de la grave enfermedad? tú eres aquel a quien vi de noche entregándome a este joven para llevarme a la cárcel. Mas tu bondad no permitió que me cansara, sino que tú mismo has venido a mí. Y diciendo esto, se volvió y ya no vio al joven; y no hallándolo, dijo al apóstol: No soy capaz de caminar sola: pues el joven que me diste no está aquí. Y Judas dijo: Jesús te guiará desde ahora. Y después de esto corrió hacia él. Y cuando entraron en casa de Vazanes, hijo del rey Misdeo, aunque era

todavía de noche, resplandeció una gran luz y se derramó en torno a ellos.

156 Y entonces Judas comenzó a orar y a hablar así: Oh compañero y defensor (aliado) y esperanza de los débiles y confianza de los pobres: refugio y posada de los cansados: voz que vino de lo alto (sueño, gr.): consolador que moras en medio: puerto y abrigo de los que atraviesan las regiones de los gobernantes: médico que sanas sin paga: que entre los hombres fuiste crucificado por muchos: que descendiste al infierno con gran poder: cuya vista los príncipes de la muerte no soportaron; y tú subiste con gran gloria, y reuniendo a todos los que a ti se acogieron preparaste un camino, y en tus huellas caminaron todos los que redimiste; y los trajiste a tu propio redil y los uniste con tus ovejas: hijo de misericordia, el hijo que por amor del hombre nos fue enviado desde el país perfecto (patria) que está en lo alto, el Señor de todas las posesiones (posesiones inmaculadas, sir.): que sirves a tus siervos para que vivan: que llenas la creación con tus propias riquezas: el pobre, que estuviste necesitado y ayunaste cuarenta días: que sacias a las almas sedientas con tus propios bienes; sé tú con Vazanes, hijo de Misdeo, y con Tercia y Mnesara, y reúnelas en tu redil y mézclalas con tu número; sé para ellas guía en la tierra del error: sé para ellas médico en la tierra de la enfermedad: sé para ellas reposo en la tierra de los cansados: santifícalas en tierra contaminada: sé su médico, tanto de cuerpos como de almas: hazlas templos santos de ti, y haz que tu espíritu santo more en ellas.

157 Habiendo orado así sobre ellos, el apóstol dijo a Migdonia: Desviste a tus hermanas. Y ella les quitó las ropas y las ciñó con cíngulos y las llevó: mas Vazanes se había adelantado primero, y ellas venían tras él; y el apóstol tomó aceite en una copa de plata y habló así sobre él: Fruto más hermoso que todos los demás frutos, con el cual ningún otro puede compararse en absoluto: enteramente misericordioso: ferviente con la fuerza de la palabra: poder del árbol que, puesto sobre los hombres, vence a sus adversarios: coronador de los vencedores: ayuda (símbolo) y gozo de los enfermos: que anunciaste a los hombres su salvación, que muestras luz a los que

están en tinieblas; cuya hoja es amarga, mas en tu fruto dulcísimo eres hermoso; que eres áspero a la vista mas suave al gusto; que pareces débil, mas en la grandeza de tu fuerza eres capaz de sostener el poder que todo lo contempla. Habiendo dicho esto [sigue una palabra corrupta]: Jesús: que venga su poder victorioso y se establezca en este aceite, tal como se estableció en el árbol (madero) que era de su misma estirpe, aun aquel su poder de entonces, cuya palabra no pudieron soportar los que te crucificaron: que venga también el don por el cual, soplando sobre sus (tus) enemigos, los hiciste retroceder y caer de bruces, y que repose sobre este aceite, sobre el cual invocamos tu santo nombre. Y habiendo dicho esto, lo derramó primero sobre la cabeza de Vazanes y luego sobre las cabezas de las mujeres, diciendo: En tu nombre, oh Jesucristo, sea esto para estas almas para remisión de pecados y para hacer retroceder al adversario y para salvación de sus almas. Y mandó a Migdonia que las ungiera, mas él mismo ungió a Vazanes. Y habiéndolos ungido, los llevó al agua en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

158 Y cuando hubieron subido, tomó pan y una copa, y los bendijo, y dijo: Tu santo cuerpo, que fue crucificado por nosotros, comemos; y tu sangre, que fue derramada por nosotros para salvación, bebemos; sea, pues, tu cuerpo para nosotros salvación, y tu sangre para remisión de pecados. Y por la hiel que bebiste por nosotros, sea apartada de nosotros la hiel del diablo: y por el vinagre que bebiste por nosotros, sea fortalecida nuestra debilidad: y por el escupitajo que recibiste por nosotros, recibamos nosotros el rocío de tu bondad: y por (o a causa de) la caña con que te golpearon por nosotros, recibamos nosotros la casa perfecta: y ya que recibiste una corona de espinas por nuestra causa, pongámonos nosotros, que te hemos amado, una corona que no se marchita; y por el lienzo con que fuiste envuelto, seamos también nosotros ceñidos con tu poder, que no es vencido; y por el sepulcro nuevo y la sepultura, recibamos nosotros la renovación del alma y del cuerpo: y porque tú resucitaste y reviviste, resucitemos y vivamos y estemos ante ti en juicio justo. Y partió y dio la eucaristía a Vazanes

y a Tercia y a Mnesara y a la mujer y la hija de Sifor, y dijo: Sea esta eucaristía para vosotros salvación y gozo y salud de vuestras almas. Y ellos dijeron: Amén. Y se oyó una voz que decía: Amén: no temáis, mas solamente creed.

[EL MARTIRIO]

Aquí volvemos al texto de P y sus compañeros.

159 Y después de estas cosas Judas partió para ser encarcelado.

Y Tercia, con Migdonia y Narcia, también fueron para ser encarceladas. Y el apóstol Tomás les dijo —estando presente la multitud de los que habían creído—: Hijas y hermanas y consiervas que habéis creído en mi Señor y Dios, ministras de mi Jesús, escuchadme hoy: porque os entrego mi palabra, y no volveré a hablaros más en esta carne ni en este mundo; porque subo a mi Señor y Dios Jesucristo, a aquel que me vendió, a aquel Señor que se humilló hasta llegar a mí, el pequeño, y me elevó a la grandeza eterna, que me concedió llegar a ser su siervo en verdad y firmeza: a él parto, sabiendo que el tiempo se ha cumplido, y que el día señalado se ha acercado para que yo vaya y reciba mi recompensa de mi Señor y Dios: porque mi recompensador es justo, que me conoce, cómo debo recibir mi galardón; porque él no es mezquino ni envidioso, sino rico en sus dones; no es amigo de artimañas (o de escatimar) al dar, porque confía en sus posesiones, que no pueden faltar.

160 Yo no soy Jesús, mas soy su siervo: no soy Cristo, mas soy su ministro: no soy el Hijo de Dios, mas ruego llegar a ser digno de Dios. Perseverad en la fe de Cristo: perseverad en la esperanza del Hijo de Dios: no desfallezcáis en la aflicción, ni os dividáis en el ánimo si me veis escarnecido o encerrado en la cárcel; porque yo cumplo su voluntad. Pues si yo hubiera querido no morir, sé que en Cristo soy capaz de ello: mas esto que se llama muerte no es muerte, sino una liberación del cuerpo; por lo cual recibo con gozo esta liberación del cuerpo, para partir y ver a aquel que es hermoso y lleno de misericordia, a aquel que ha de ser amado: porque he

soportado mucho trabajo en su servicio, y he trabajado por su gracia, que ha venido sobre mí, la cual no se aparta de mí. No dejéis, pues, que Satanás entre en vosotros a hurtadillas y arrebate vuestros pensamientos: no haya en vosotros lugar para él: porque poderoso es aquel a quien habéis recibido. Aguardad la venida de Cristo, porque él vendrá y os recibirá, y este es aquel a quien veréis cuando venga.

161 Cuando el apóstol hubo terminado estas palabras, entraron en la casa, y el apóstol Tomás dijo: Salvador, que sufriste muchas cosas por nosotros, que estas puertas queden como estaban, y que se pongan sellos sobre ellas. Y los dejó y fue a ser encarcelado: y ellos lloraban y estaban afligidos, porque sabían que Misdeo lo mataría (sin saber que M. lo dejaría en libertad, P.).

162 Y el apóstol halló a los guardianes disputando y diciendo: ¿En qué hemos pecado contra este hechicero? porque por su arte mágica ha abierto las puertas, y habría dejado escapar a todos los presos: mas vayamos y lo denunciemos al rey, y contémosle acerca de su mujer y de su hijo. Y mientras disputaban así, Tomás guardó silencio. Se levantaron, pues, temprano, y fueron al rey y le dijeron: Señor y rey nuestro, llévate tú a ese hechicero y haz que se le encierre en otro lugar, porque no somos capaces de guardarlo; pues si tu buena fortuna no hubiera guardado la cárcel, todos los condenados habrían escapado, pues ya es esta la segunda vez que hemos hallado las puertas abiertas: y también tu esposa, oh rey, y tu hijo y los demás no se apartan de él. Y el rey, al oír esto, fue, y halló intactos los sellos que había puesto en las puertas; y examinó también las puertas, y dijo a los guardianes: ¿Por qué mentís? pues los sellos están intactos. ¿Cómo decís que Tercia y Migdonia vinieron a él a la cárcel? Y los guardianes dijeron: Te hemos dicho la verdad.

163 Y Misdeo fue a la cárcel y tomó asiento, y mandó llamar al apóstol Tomás, y lo desnudó (y lo ciñó con un cinto) y lo puso delante de sí, y le dijo: ¿Eres siervo o libre? Tomás dijo: Soy siervo de uno solo, sobre quien tú no tienes autoridad. Y Misdeo le dijo: ¿Cómo huiste y viniste a este país? Y Tomás dijo: Fui vendido aquí

por mi señor, para que yo salvase a muchos, y por tus manos partiese de este mundo. Y Misdeo dijo: ¿Quién es tu señor? ¿y cuál es su nombre? ¿y de qué país es? Y Tomás dijo: Mi Señor es tu señor, y es Señor del cielo y de la tierra. Y Misdeo dijo: ¿Cuál es su nombre? Tomás dijo: No puedes oír su verdadero nombre en este momento: mas el nombre que le fue dado es Jesucristo. Y Misdeo le dijo: No me he apresurado a destruirte, sino que he tenido larga paciencia contigo: mas tú has añadido a tus malas obras, y tus hechicerías se han divulgado y se han oído por todo el país: mas esto hago para que tus hechicerías partan contigo, y nuestra tierra quede limpia de ellas. Tomás le dijo: Estas hechicerías partirán conmigo cuando yo salga de aquí, y sabe esto: que jamás abandonaré a los que están aquí.

164 Cuando el apóstol hubo dicho estas cosas, Misdeo consideró cómo debía darle muerte; porque tenía miedo a causa de la mucha gente que le estaba sujeta, pues también muchos de los nobles y de los que estaban en autoridad habían creído en él. Lo tomó, pues, y salió fuera de la ciudad; y también fueron con él soldados armados. Y el pueblo suponía que el rey deseaba aprender algo de él, y se detuvieron y prestaron atención. Y cuando hubieron andado una milla, lo entregó a cuatro soldados y a un oficial, y les mandó que lo llevasen al monte y allí lo atravesasen con lanzas y le diesen muerte, y volviesen de nuevo a la ciudad. Y habiendo dicho esto a los soldados, él mismo también regresó a la ciudad.

165 Mas los hombres corrieron tras Tomás, deseando librarlo de la muerte. Y dos soldados iban a la derecha del apóstol y dos a su izquierda, portando lanzas, y el oficial lo sostenía de la mano y lo sustentaba. Y el apóstol Tomás dijo: ¡Oh los misterios ocultos que hasta nuestra partida se cumplen en nosotros! ¡Oh riquezas de su gloria, que no permite que seamos tragados en esta pasión del cuerpo! Cuatro son los que me derriban, porque de cuatro estoy hecho; y uno es el que me atrae, porque de uno soy, y a él voy. Y esto ahora comprendo, que mi Señor y Dios Jesucristo, siendo de uno, fue traspasado por uno, mas yo, que soy de cuatro, soy traspasado por cuatro.

166 Y habiendo subido al monte, al lugar donde había de ser muerto, dijo a los que lo sujetaban, y a los demás: Hermanos, escuchadme ahora, por última vez; porque he llegado a mi partida fuera del cuerpo. No dejéis, pues, que los ojos de vuestro corazón se ceguen, ni que vuestros oídos se ensordezcan. Creed en el Dios que predico, y no seáis guías de vosotros mismos en la dureza de vuestro corazón, sino andad en toda vuestra libertad, y en la gloria que mira a los hombres, y en la vida que mira a Dios.

167 Y dijo a Vazanes: Tú, hijo (al hijo, P) del rey terrenal Misdeo, y ministro (al ministro) de nuestro Señor Jesucristo: da a los siervos de Misdeo su precio, para que me permitan ir a orar. Y Vazanes persuadió a los soldados de que lo dejaran orar. Y el bendito Tomás fue a orar, y se arrodilló, y se levantó y extendió sus manos hacia el cielo, y habló así:

[Aquí P y los demás dan —con razón— la oración de los capítulos 144-148. U y sus compañeros dan lo siguiente: Se volvió a su oración; y fue esta: Señor mío y Dios mío, y esperanza y redentor y guía y conductor en todos los países, sé tú con todos los que te sirven, y guíame hoy al venir a ti. Que nadie tome mi alma, que te he confiado a ti: que no me vean los publicanos, y que los exactores no me acusen falsamente (no se comporten como delatores conmigo). Que la serpiente no me vea, y que los hijos del dragón no siseen contra mí. He aquí, Señor, que he cumplido tu obra y perfeccionado tu mandamiento. Me he hecho siervo; por eso hoy recibo la libertad. Concédeme, pues, esto y perfecciónalo tú en mí: y esto digo, no porque dude, sino para que lo oigan aquellos para quienes es necesario oírlo.]

168 Y cuando hubo orado así, dijo a los soldados: Venid aquí y cumplid los mandamientos de aquel que os envió. Y los cuatro se acercaron y lo atravesaron con sus lanzas, y él cayó y murió.

Y todos los hermanos lloraron; y trajeron hermosos ropajes y mucho y fino lino, y lo sepultaron en un sepulcro real donde habían sido puestos los antiguos (primeros) reyes.

169 Mas Sifor y Vazanes no quisieron bajar a la ciudad, sino que permanecieron sentados junto a él todo el día. Y el apóstol Tomás se les apareció y dijo: ¿Por qué os sentáis aquí y veláis junto a mí? Yo no estoy aquí, sino que he subido y he recibido todo lo que me fue prometido. Mas levantaos y bajad de aquí; porque dentro de poco tiempo también vosotros seréis reunidos conmigo.

Mas Misdeo y Carisio se llevaron a Migdonia y a Tercia y las afligieron duramente: mas ellas no consintieron en su voluntad. Y el apóstol se les apareció y dijo: No os engañéis: Jesús, el santo, el viviente, pronto os enviará ayuda. Y Misdeo y Carisio, cuando percibieron que Migdonia y Tercia no les obedecían, las dejaron vivir según su propio deseo.

Y los hermanos se congregaron y se gozaron en la gracia del Espíritu Santo: y el apóstol Tomás, cuando partió del mundo, hizo a Sifor presbítero y a Vazanes diácono, cuando subió al monte a morir. Y el Señor obró con ellos, y muchos fueron añadidos a la fe.

170 Y aconteció, después de mucho tiempo, que uno de los hijos del rey Misdeo fue herido por un demonio, y nadie podía curarlo, porque el demonio era en extremo fiero. Y el rey Misdeo pensó y dijo: Iré y abriré el sepulcro, y tomaré un hueso del apóstol de Dios y lo colgaré sobre mi hijo, y sanará. Mas mientras Misdeo pensaba en esto, el apóstol Tomás se le apareció y le dijo: No creíste en un hombre vivo, ¿y creerás en un muerto? mas no temas, porque mi Señor Jesucristo tiene compasión de ti y se apiada de ti por su bondad.

Y fue y abrió el sepulcro, mas no halló allí al apóstol, porque uno de los hermanos lo había robado y llevado a Mesopotamia; mas del lugar donde habían yacido los huesos del apóstol, Misdeo tomó polvo y lo puso al cuello de su hijo, diciendo: Creo en ti, Jesucristo, ahora que se ha apartado de mí aquel que atormenta a los hombres y se les opone para que no te vean. Y cuando lo hubo colgado sobre su hijo, el muchacho quedó sano.

Así también el rey Misdeo fue reunido entre los hermanos, e inclinó su cabeza bajo las manos de Sifor el sacerdote; y Sifor dijo a los hermanos: Orad por el rey Misdeo, para que alcance misericordia de Jesucristo, y para que él no vuelva a recordarle el mal. Todos ellos, pues, de común acuerdo y gozosos, hicieron oración por él; y el Señor, que ama a los hombres, el Rey de reyes y Señor de señores, concedió también a Misdeo tener esperanza en él; y fue reunido con la multitud de los que habían creído en Cristo, glorificando al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, cuyo es el poder y la adoración, ahora y por siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

[U (y sir.) termina: Los hechos de Judas Tomás el apóstol están completos, los cuales hizo en la India, cumpliendo el mandato de aquel que lo envió. A quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.]

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB